



*El asunto*

DANVERS

---

**ELSA TABLAC**

# Contenido

[Créditos](#)

[El asunto Danvers](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[EPÍLOGO](#)

[Sobre la autora](#)

[Newsletter](#)

[Otros títulos](#)

## **EL ASUNTO DANVERS**

Primera edición: Septiembre 2020

Copyright © Elsa Tablac, 2020

Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos, sin la autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra, póngase en contacto con la autora.

# **El asunto Danvers**

Elsa Tablac

## CAPÍTULO 1

Mientras contemplaba el tibio anochecer sobre la City de Londres desde el piso veintiséis de la Torre NatWest, Julian Danvers notó una presencia a su espalda. No le hizo falta contemplar el reflejo en la ventana para saber que se trataba de Susan Laymon, su eficaz secretaria. Parpadeó antes de dar la espalda a la ventana, regresando bruscamente a la realidad. ¿Cuántos minutos llevaba ensimismado, contemplando el ajeteo de la ciudad desde el pasillo acristalado?

—Julian, son casi las nueve de la noche. Creo que me marchó ya... Si no necesitas nada más, quiero decir —dijo Susan, con la voz algo entrecortada, fruto de un reciente catarro.

Contempló su maquillaje y su cabello rubio ceniza recogido en lo alto de la coronilla, impecables desde las nueve de la mañana.

—Por supuesto, Susan. Siento mucho que el día se haya alargado. ¿Sabes si ya está aquí mi cena?

La secretaria lo observó atónita. Hacía un buen rato que había llegado la comida, encargada a través de una app a Solomon's, uno de los restaurantes favoritos de Julian. Echó un vistazo a su mesa. Ni siquiera se había molestado en sacarla de la bolsa de papel. O tal vez no la había oído cuando le avisó de que la cena ya estaba sobre la mesa de su despacho.

Julian contempló el mínimo gesto de decepción en su boca y el sutil juego de miradas. Entendió a la velocidad de la luz todo lo que estaba pasando por la mente de su secretaria. No le gustaba nada que se quedase en las oficinas de Danvers Holdings hasta tan tarde, pero llevaba un par de días consumido por todo aquel asunto del problemático informe para McKinney. Y, en un plano más personal, por la imperiosa necesidad de deshacer de una vez por todas su compromiso con Athena Richardson, su prometida. No podía alargarlo ni un día más. La fecha de aquella boda que nunca tendría lugar se acercaba peligrosamente.

La secretaria, ya con el bolso sobre el hombro y el abrigo en la mano, se encaminó de nuevo hacia su mesa, dispuesta a organizar su cena, pero Julian se adelantó rápidamente.

—No, no te preocupes, Susan. Márchate ya a casa. Yo mismo me ocupo de calentarlo todo en el microondas, faltaría más. Ya te he entretenido demasiado por hoy —le dijo, acompañando la orden con una de las sonrisas a las que recurría para salirse siempre con la suya.

Ella torció el gesto en señal de agradecimiento, pero el cansancio era más que obvio en cada uno de sus movimientos. En su meteórico ascenso como consultor económico siempre había sentido debilidad por las secretarías mayores y experimentadas. Sonrió mientras la veía abandonar la oficina, apagando las luces a su paso y dejándolo en una incierta penumbra. Hacía unos años que Susan había pasado la cincuentena. Técnicamente podría ser su madre —él estaba a punto de cumplir treinta y tres— y sin embargo, después de tres años a su lado, seguía encontrándola atractiva. Pero nunca cruzaría ese límite con ella, a pesar de que a veces su intuición le decía que ella lo miraba de una forma demasiado intensa.

Julian metió los recipientes de cartón de Solomon's en el microondas y esperó a que su cena estuviese de nuevo caliente. Se rio de su ocurrencia con respecto a Susan. Jamás se le habría pasado por la cabeza tener un lío con una de sus maternas secretarías. Para regocijo de su prometida, Athena, siempre había preferido trabajar con mujeres mucho mayores que él. Su primera asistente, Rachel, apenas se había quedado a su lado seis o siete meses. En cambio con

Susan, o con su antecesora, la nórdica Kristiane —ya jubilada— no tendría esos problemas. No sentían ese hambre por escalar profesionalmente, esa voracidad profesional que las obligaba a saltar de un empleo a otro. En su caso, necesitaba a alguien a quien pudiese confiar prácticamente todas sus intimidades.

Athena.

Suspiró, y de repente el dolor de cabeza que había estado atenazándolo durante toda la tarde se manifestó en forma de severo pinchazo en su sien derecha.

Supuestamente todo estaba casi a punto para la boda, pero las cosas habían ido demasiado de prisa entre ellos y ahora sentía la imperiosa necesidad de echar el freno. Se sentía un cerdo por ello, y a cada día que pasaba esa sensación iba en aumento. No solo por el hecho de abandonarla casi a las puertas del altar, sino porque era del todo consciente de que estaba retrasándolo.

La decisión estaba prácticamente tomada desde hacía un mes, y aún no había reunido el valor necesario para decírselo. Para decirle que lo suyo no tenía futuro. Que no estaba preparado para el matrimonio. Aún no. Que sentía que se habían apresurado demasiado, porque apenas hacía dos años que se conocían, y uno que habían empezado a salir formalmente. Que lo de casarse había salido de su boca en un eufórico momento durante sus últimas vacaciones en Ibiza, bajo los efectos del alcohol.

Cualquier excusa serviría. O todas a la vez. Cualquier excusa, excepto la real: que no estaba enamorado de ella. Que no la quería como ella a él. Y que en los últimos meses había algo de su comportamiento que no le encajaba.

Obviamente, eso era lo único que era incapaz de confesar.

El “ding” del microondas lo expulsó de su ensoñación. Sacó los dos recipientes de cartón del microondas y se dirigió de nuevo a su mesa. Realmente no sabía por qué no se había marchado a su recién estrenado apartamento en Newington, o incluso a cenar en Solomon’s, en lugar de dar cuenta de aquella triste cena en una oficina gélida y fantasmal. Pero, en el fondo, sabía muy bien el motivo: era miércoles, y los miércoles Athena acudía a su apartamento para pasar la noche con él.

En realidad, sería el momento perfecto para enviar la cena directamente a casa, sentarse a tener esa conversación serena y romper con ella, pero se autoconvenció con una burda excusa: había tenido un día duro en la oficina. Necesitaba una copa antes de regresar a casa. O más bien, tenía que trabajar un rato más en el informe McKinney antes de permitirse el lujo de dormir. Notó cómo se le cerraba el estómago. Allí estaba Julian Danvers, inmóvil, en su enorme mesa de cristal sin saber muy bien qué hacer. Finalmente, agitó el ratón y activó la pantalla de su gigantesco ordenador Mac.

Buscó la aplicación de Facetime y llamó a Athena. Su novia contestó enseguida, como siempre. Allí estaba, esperándolo en su apartamento, cada vez más integrada en su papel de ama de casa del siglo veintiuno. Se aseguró de que la cámara del ordenador recogiera sin posibilidad de duda el lugar en el que se encontraba, su oficina en la torre NatWest.

Ella arrugó la nariz al verlo rodeado de comida y de papeles.

—Ya... ya sé lo que me vas a decir...

—Lo siento mucho, cariño. Aún me queda un buen rato en la oficina. McKinney me matará si no tiene sus previsiones para el próximo año al final de esta semana.

—¿No te espero despierta, entonces?

—Es mejor que descanses... Intentaré no hacer ruido cuando llegue.

Athena esbozó una triste sonrisa.

—Más bien me gustaría todo lo contrario. Que me despertases cuando llegues.

Sabía muy bien por qué Athena lo decía. Ya eran tres miércoles seguidos los que había llegado tarde a casa por “quedarse trabajando hasta bien entrada la noche”. Y se había dormido en el enorme sofá del salón, con la excusa de no despertarla. Pero Athena no era idiota. A veces, si veía que podía salir beneficiada, se hacía la tonta, pero no lo era en absoluto. Sabía que algún tipo de conversación sería se cernía sobre ellos. De hecho, hacía días que no le consultaba nada respecto a los preparativos de la boda. Ella también esquivaba el tema, intentando ganar tiempo.

Julian suspiró. La cena, o lo que quedaba de ella, se estaba enfriando de nuevo. La cuestión era que ya no tenía hambre. Insistió, y con ello zanjó la conversación:

—Intentaré no despertarte cuando llegue a casa. Buenas noches, Athena.

No esperó a que ella contestara. Cerró la aplicación y su despacho quedó de nuevo en la penumbra, tan solo iluminado por la carísima lámpara de Tom Dixon que tenía junto al ordenador, la única pieza de diseño que albergaba la majestuosa oficina acristalada con vistas al Támesis.

No podía dejar pasar ni un día más. Mañana desayunaría con su prometida y le diría lo que probablemente ya sospechaba: que la boda quedaba cancelada.

Julian revolvió con cierta desgana los deliciosos tallarines Parsley de Solomon's, uno de sus platos favoritos. El mismo que aquella noche era incapaz de terminarse. Lo del informe para McKinney era totalmente cierto, y a pesar de que durante el fin de semana pasado había avanzado bastante, sabía muy bien que “Kinney”, como ya se permitía llamar a uno de sus mejores clientes, ni siquiera recordaba la fecha que habían fijado. Si lo llamaba el lunes siguiente para decirle que tenía los datos listos para sus próximas inversiones le contestaría balbuceante que OK; que todo bien, que se lo enviase con un mensajero y que ya le echaría un vistazo. Kinney tenía un problema evidente con el alcohol, y eso, por increíble que parezca, tiene sus ventajas a la hora de estirar las fechas de entrega.

Miró el reloj en la esquina de la pantalla. Eran ya más de las diez. El momento ideal para bajar al pub. ¿Cuál era la última vez que había ido a tomar una pinta él solo? Ni se acordaba. Las pocas veces que bebía era por alguno de los compromisos sociales de Athena, que era relaciones públicas y organizaba eventos en los principales museos de Londres, o porque había quedado con Tommie, Richard, o alguno de sus amigos. Pero cada vez estaban todos más ocupados y les costaba una barbaridad encontrar un hueco para verse. Ese era el alto precio del éxito.

Cogió el teléfono y buscó el último chat que había mantenido con Tommie. Entre Ricky y Tommie, este último era el que más probabilidades tenía de lograr que se despegara del sofá a esas horas de la noche. Tecléo un mensaje a toda prisa:

*Salgo a tomar una pinta a Cannon Street.*

*Sigo con lo de McKinney, pero creo que me merezco un descanso.*

*¿Te espero en el Fox and Forest? ¿Qué me dices?*

Había propuesto aquel pub prácticamente al azar. No lo conocía. Simplemente había abierto el navegador en el ordenador y había hecho una rápida búsqueda en la edición digital de Time Out: pubs en Cannon Street. Prefería no ir a ningún lugar que ya conociese. No quería encontrarse con ningún conocido y sabía muy bien los bares que frecuentaban la gente de NatWest. Quería dar un paseo hasta Bank y, más tarde, marcharse caminando hasta su casa en Newington. Era un agradable paseo por el puente de Southwark. Estaría en casa, en el sur de Londres, en unos cuarenta y cinco minutos. Y no pretendía volver a la oficina esa noche, ni tampoco ir a dormir a

una hora en la que Athena pudiese aún estar despierta, así que todo apuntaba a que la velada sería larga.

Salió por la puerta giratoria del edificio NatWest media hora después. Se había quitado lo que él denominaba el “uniforme de banquero”, y se había puesto unos vaqueros negros y una cazadora de piel. Siempre tenía ropa de recambio en la oficina. Julian Danvers no era ningún banquero, faltaría más, pero era lo que todos asumían de la gente que llevaba traje y corbata en la City. Y él odiaba quitarse la corbata y moverse por la vida real con aquel uniforme. Para eso prefería vestirse “como una persona normal”, algo que a Athena, por cierto, no le hacía demasiada gracia. Ella se moría por un buen traje de la mejor sastrería de la ciudad.

La neblina londinense lo envolvió en cuanto pisó la calle. Había memorizado exactamente dónde estaba el Fox and Forest. Los pubs de la City se llenaban a eso de las ocho, y pasadas las diez la gran mayoría quedaban semivacíos. Los hombres con traje debían regresar a casa para representar su papel de solícitos padres de familia. Él, sin embargo, había renunciado a eso desde esa misma noche. Y a partir de la mañana del jueves sería un hombre totalmente libre y soltero.

Libre para centrarse en Danvers Holdings. Para viajar a Ibiza con sus amigos. Para acostarse con cuantas mujeres quisiera, sin comprometerse con ninguna. Esos eran sus planes secretos y perfectos, sí.

En sus planes, lógicamente, no estaba conocer a Holly.

Todo puede cambiar en una inofensiva noche de miércoles. Puedes conocer a una mujer que te arrase. Y ella puede ser testigo de algo que cambiará tu vida.



## CAPÍTULO 2

Holly Montgomery apoyó la cadera en la nevera donde guardaban las cervezas por primera vez en toda la noche. Estaba agotada, y eso que aún faltaban tres horas para echar el cierre. Un grupo grande de “pingüinos” acaba de salir por la puerta, arremolinándose en la entrada del Fox and Forest y formando un gran escándalo. Clive, el encargado, salió enseguida a la calle para espantarlos.

—¡Malditos pingüinos! —refunfuñó, regresando de nuevo al interior del pub. Sus veladas amenazas habían caído en saco roto ya que no se movieron ni un metro de la puerta. Tendrían que esperar a que se marchasen por sí solos.

Todos los personajes que trabajaban en la City, banqueros, economistas, eran susceptibles de ser catalogados como “pingüinos” por parte de Holly y el resto de camareras del Foxy. Ocasionalmente los veía como personas, pero en su mayoría los catalogaba como ese tipo de gente con la que no se tomaría ni un café. Holly agradeció el respiro y aprovechó para hincarle el diente a una de las mini hamburguesas que Clive les había traído hacía ya un rato.

En realidad aquella noche no le tocaba trabajar en el Fox and Forest, pero estaba cubriendo a Samantha, una de sus compañeras, que se había puesto enferma. Ella era la primera a la que había llamado Clive a la hora de buscar una sustituta de emergencia. Siempre era la primera. Porque, había que reconocerlo, era la mejor. La camarera más rápida, la más eficiente, aquella por la que los clientes siempre preguntaban las noches en las que libraba.

Porque aclarémoslo: Holly era fotógrafa. A sus veintiocho años tenía todo tan claro que daba miedo. Había pasado los últimos cinco años de su vida estudiando fotografía. Al acabar la carrera de derecho, por pura presión familiar, había empezado a trabajar en un bufete de abogados de la City casi de forma instantánea. Solo le bastó un mes para darse cuenta del error que estaba cometiendo. De lo profundamente infeliz que le hacía aquel trabajo. Se dio cuenta, también, de que en ningún momento había disfrutado estudiando derecho. Que lo suyo era las imágenes. La fotografía. Podía pasarse horas y horas en las tiendas de arte, pasando las páginas de los grandes fotógrafos de nuestro tiempo. Nan Goldin, Sebastiao Salgado... Dejar un trabajo seguro y saltar al vacío de esa manera era algo con lo que hacía tiempo que soñaba.

Entonces cumplió los veintiséis y una tarde en la que alguien le plantó tres cajas de informes sobre la mesa sin mediar palabra decidió que había llegado el momento. Tenía algún dinero ahorrado y equipo suficiente para empezar a hacer fotos. Llevaba unos años yendo a clase de fotografía mientras sus compañeros de trabajo se empleaban a fondo en el gimnasio a la salida de la oficina. Solo dos de sus amigas sabían que aquello iba más allá de un simple hobby.

Así que lo hizo. Se lanzó a la piscina. Al día siguiente, antes de arrepentirse y sobre todo antes de contárselo a nadie cuya opinión pudiera hacerla tambalear, se despidió de un trabajo que odiaba. A los dos meses, empezó a trabajar como camarera en el Fox and Forest en las tardes del fin de semana, mientras se ponía las pilas con su portfolio fotográfico. Pronto esos dos días se convirtieron en cuatro. Y muy pronto, sin darse cuenta, habían pasado casi tres años detrás de la barra. Y la cuestión era... que le encantaba.

Le había costado una eternidad que sus padres aceptaran su nueva vida —de hecho su padre le

había dejado de hablar durante un tiempo—. Al fin y al cabo habían sido ellos los que habían costado su carrera de derecho.

Ser camarera en un pub en Londres significa trabajar en un lugar en el que, generalmente, la gente está de buen humor. Generalmente. Pero Holly no había dejado de lado la fotografía, no. Nada de eso...

Ese es otro tema al que volveremos a su debido tiempo, porque, de repente, el universo se había congelado durante unos instantes, coincidiendo con el momento exacto en que Julian Danvers entró por la puerta giratoria del Fox and Forest.

Sarah, una de las camareras que compartía turno con ella esa noche, se abalanzó sobre la barra, dispuesta a atender al guapísimo recién llegado. Era rubio, tenía los ojos azules y esa sonrisa ladeada que en cuanto ves ya sabes que te va a traer problemas y que no deberías... En definitiva, Julian llamaba la atención por varios motivos. El primero, el evidente: era demasiado guapo como para pasar desapercibido. El segundo: no llevaba traje y corbata, por tanto no encajaba con el perfil de cliente del Foxy (es decir, todas las diabólicas almas financieras de la City) y eso nos llevaba al tercer punto. Nunca le habían visto y eso era algo irresistible y muy muy exótico, porque a pesar de ser una calle de Londres con bastante ajetreo, no era en absoluto turística.

Clive chasqueó los dedos en el aire para que Sarah volviera de inmediato a su sitio. Aquella era, indiscutiblemente, la zona de la barra de Holly, y no le gustaba nada que se juntasen a chismorrear y que dejaran desatendida alguna ínfima parte de la superficie del bar. A ambas les encantaba sacar de quicio a Clive, pero aquel día no estaba del mejor humor.

Sarah remoloneó durante unos segundos antes de acercarse a Holly y susurrarle al oído: *menuda suerte, cabrona. Siempre van a tu lado.*

Era una suerte, sí. El guapo-no-pingüino recién llegado se dirigió sin dudarle ni un segundo al lado izquierdo de la barra, flanqueado por Holly. Ella sabía, no obstante, que su presencia tenía con toda probabilidad poco que ver en el sitio de la barra que escogiese. Simplemente su lado estaba más cerca de los ventanales y si aquel macizo había quedado con alguna chica en la barra del Foxy, era más que probable que quisiera ver su llegada. Mientras buscaba la ballesta para limpiar la barra, echó un vistazo disimulado a su reloj.

Eran las diez y media pasadas de la noche. No solo era bastante tarde para una cita de Tinder o algo similar, sino que el hecho de que él no llegase a una hora “en punto” le hacía pensar que tal vez viniese...solo. Que no hubiese quedado con nadie.

Holly se sintió intimidada por su mirada penetrante, que ya la estaba interpelando. Se sintió también legitimada para sonreírle. ¿No es eso lo que hacen las buenas camareras, aunque ella no trabajase por propinas?

Se acercó a él, y de repente sintió cómo cierta timidez la atenazaba. Qué extraño. Ella no era tímida, en absoluto. Tal vez algo introvertida pero ¿tímida? No. Jamás.

—Buenas noches. ¿Qué vas a tomar?

Él tardó unos segundos más de la cuenta en contestar, teniendo en cuenta que sabía muy bien lo que le apetecía. Se recreó durante unos instantes en la sensual boca de Holly Montgomery. Aún no conocía su nombre, pero no estaba dispuesto a perder mucho tiempo en averiguarlo.

—Una pinta de cerveza, por favor.

Holly asintió, y se dio la vuelta rápidamente para alcanzar un vaso, y para que él no percibiese lo colorada que se había puesto de repente. Algo dentro de ella se había encendido y había elevado su temperatura, cosa que la inquietaba, porque había sucedido en décimas de segundo.

Cogió el vaso y lo puso bajo el surtidor de cerveza más cercano mientras reconocía extrañada la serpiente nerviosa que recorría su estómago.

Plantó la cerveza sobre uno de los elegantes posavasos con el logo del Fox and Forest.

—Gracias —murmuró él. De repente había fijado los ojos en la pantalla de su móvil, con un gesto contrariado.

—¿Malas noticias? —preguntó Holly. En ese instante sentía la adrenalina ante la respuesta incierta, algo que jamás le había pasado con ninguno de los clientes habituales del pub.

Él levantó la vista y recuperó al momento la sonrisa ladeada.

—Parece que la gente no está por la labor de disfrutar de una cerveza improvisada en una noche de martes...

—¿Te han dado plantón?

—Nah. Esta noche me había quedado trabajando hasta tarde y pensé que era una buena idea proponerle a un amigo al que hace tiempo que no veo que se tomase algo conmigo. Pero me ha contestado ahora. Está liado. Todos estamos liados...

—¿Trabajas en la City?

—Sí. En la NatWest.

Eso desconcertó a Holly. Aquel chico con pintas de motero no parecía uno de ellos. Ni de lejos.

—Oh...¿finanzas, entonces?

Él se rio, al tiempo que asentía.

—Soy consultor, tengo mi propia empresa. Pareces decepcionada.

—Bueno, no pareces un... —se cortó antes de pronunciar la palabra en clave, “pingüino”. Y pese a todo, no, no estaba decepcionada —. Quiero decir, todos los financieros de la City que pasan por aquí vienen uniformados.

Él se rio otra vez. Le encantaba cuando una conversación con una mujer a la que no conocía de nada se convertía en un reto.

—¿Juzgándome por mi atuendo, señorita...?

—Holly.

—No estaba preguntando tu nombre, al menos aún no. Era solo una pausa dramática.

Ella se quedó a cuadros. ¿Podía además de guapo y medianamente listo, ser un borde rematado?

—Pareces demasiado joven como para caer en esos clichés anticuados —repuso él—. Lo del traje, quiero decir.

No estaba segura de si le estaba tomando el pelo, si estaba tan aburrido que la había convertido en su entretenimiento de aquella noche porque no podía tomarse su cerveza en soledad. Si no fuera porque Clive estaba ocioso, sentado en una de las mesas del fondo y observando el panorama, Holly se hubiese acercado a Sarah para chismorrear un rato. Por desgracia en aquellos momentos tampoco había otros clientes cerca de ella para ocupar su atención y sus manos. Dio dos pasos atrás y se apoyó en una de las neveras, lanzando una mirada panorámica por el bar. El guapo impertinente volvió a interpedarla.

—Holly.

Observó su cerveza. Ni de lejos se la había terminado.

—¿Sí?

—Yo soy Julian. Julian Danvers. Y para tu información... sí, suelo llevar traje con corbata. Pero prefiero cambiarme si salgo a tomar algo a un pub.

Ella arqueó una ceja.

—No he preguntado tu nombre.

Él sonrió.

—Lo siento si he sonado borde antes.

Tarde, Julian Danvers. Holly no estaba dispuesta a dejar pasar la oportunidad de tomarse su revancha.

—¿Eres de esos que se presenta con su nombre y apellido? ¿Es para que te busque en Google? Claramente estaban entrando en las pantanosas aguas del flirteo.

—No. Es solo una vieja costumbre familiar. Pero a lo mejor, si decides investigar un poco, encontrarías datos interesantes.

Holly se sacó el móvil del bolsillo trasero de los vaqueros y desbloqueó la pantalla. Tenían terminantemente prohibido jugar con sus teléfonos si había clientes, pero le daba igual. Dios, para haber tantas normas y prohibiciones tenía que reconocer que se lo pasaba en grande trabajando en aquel antro.

—Veamos —dijo, aplicándose en la búsqueda—. Julian Danvers.

—¡Eh! ¿Ni siquiera vas a esperar a llegar a casa? ¿Vas a buscarme en Internet delante de mis narices?

Levantó la vista de la pantalla. Estaba empezando a divertirse.

—Por supuesto. Así te ahorras tener que seguir hablando de ti.

Echó un vistazo en silencio a todas las referencias que encontró. Julian Danvers no solo tenía su propia página de Wikipedia, sino que podía contar hasta seis o siete páginas con información útil sobre su persona y sus negocios. No tenía tiempo para bucear en todo aquello, pero en aquel preciso instante en el que él apoyaba los codos en la barra y su cara burlona y perfecta en las manos, Holly echó un rápido vistazo a sus dedos en busca de, por supuesto, algún anillo de casado.

Él, como si le leyese la mente, agitó los dedos delante de ella.

No estaba casado, de acuerdo, pero una de las referencias más relevantes que Google le lanzó a la cara fue la noticia del inminente matrimonio entre Julian Danvers y la conocida relaciones públicas Athena Richardson.

## CAPÍTULO 3

Holly le pidió a Sarah que la sustituyese unos minutos en la barra. Necesitaba ir al baño y refrescarse un poco, y sobre todo refrescar sus ideas. Especialmente la que le rondaba desde hacía unos minutos: se estaba estableciendo una química demasiado potente con uno de los clientes del Foxy y, para colmo, uno que estaba a punto de casarse con otra chica.

Julian observó cómo la camarera que le había gustado se perdía en los baños del local y, acto seguido, ante la perpleja mirada de su compañera, se levantó y la siguió, no sin antes pedir una segunda pinta de cerveza. Le encantaba regresar del baño y encontrarse el vaso lleno.

El lavabo del Fox and Forest era, como el resto del local, un reflejo de la opulencia del ambiente que permeaba de la City, y de la gran cantidad de acuerdos económicos que se cerraban allí a todas horas entre los hombres de negocios, esos que solían implicar muchos ceros. Los baños de hombres y mujeres estaban unidos por una gran sala común forrada de elegante madera oscura, donde una serie de espejos y lámparas que pendían del techo separaban ambos mundos.

Holly se humedeció el rostro en uno de los lavamanos, aún sabiendo que arruinaría el poco maquillaje que llevaba. Contempló su rostro cansado y sus mejillas enrojecidas. Tenía el pelo recogido en un moño desordenado del que se escapaban como anguilas sus mechones de pelo castaño claro. Los ojos claros y los labios gruesos y sensuales hacían de ella una considerable belleza, a pesar del poco esfuerzo que ponía en su aspecto físico. No le hacía falta. Aquella noche, como muchas otras, con unos simples vaqueros, una camiseta de tirantes blanca que sugería su generoso busto y unas zapatillas Converse, atraía las miradas de todos los que entraban en el Fox and Forest. Es decir, como cada noche.

Clive nunca lo reconocería abiertamente, y ella misma lo negaría si alguien lo insinuara, pero Holly Montgomery era uno de los grandes motivos por los que el Foxy se había convertido en un sitio tan popular en la City en los últimos tiempos.

En aquel instante observó atónita cómo Julian Danvers entraba en el baño y se colocaba al otro lado de los espejos, en el lado “masculino” del espacio, por así decirlo. Aún así, podía ver sus manos enjabonándose, y él sabía perfectamente que ella estaba allí, justo al otro lado del espejo de dos caras.

—Lo del Google ha sido una idiotez por mi parte —le dijo.

—Ha sido idea mía —repuso Holly.

—Bueno, yo la he jaleado —se agachó y la observó por debajo del espejo colgante—. ¿Te importa si doy la vuelta y hablamos un segundo?

Ella no pudo hacer otra cosa que asentir. No sabía cuantas líneas rojas estaba cruzando, porque se suponía que no debía estar ahí con él en ese momento, pero tal vez un par. Solo esperaba que Clive no entrase en el baño en aquel preciso instante.

Sin la barra entre ellos, los dos a la misma altura, Julian Danvers era si cabe más impresionante. Medía un metro ochenta y cinco aproximadamente y seguro que buscaba amplios huecos en su apretada agenda para curtirse en el gimnasio. Se acercó a ella más de lo debido. Si cualquier otro de los habituales del Foxy la hubiese seguido hasta el baño e insistido en hablar allí mismo con ella habría puesto el grito en el cielo. Pero con Julian Danvers no se atrevía. En

absoluto. Metió sus manos en los bolsillos traseros del pantalón para controlarlas, para no hacer lo que de verdad le apetecía, atraerlo hacia ella y besarlo.

Holly bajó la mirada al suelo, porque era consciente de que él estaba pensando exactamente lo mismo. ¿Por qué la había seguido, si no? El cuerpo tenso de él parecía estar acercándose cada vez más, hasta que se dio cuenta de que sus sutiles movimientos eran reales. Él no estaba solo encarando una conversación a solas, estaba también acercando la boca a la suya.

—Holly. La sorpresa de la noche...

—¿De qué querías hablar?

—Quería, más bien, preguntarte algo...

Lo miró, interrogante, esperando que brotara algo relevante de aquella boca perfecta e hiper masculina.

—¿A qué hora terminas hoy? —le espetó Danvers.

Directo.

—¿Por?

—Imagino que si trabajas aquí de noche tal vez tienes las mañanas libres. ¿Querías desayunar conmigo mañana por la mañana?

Muy directo.

¿Qué estaba proponiendo exactamente? ¿Café y *croissants* en Shelley's? ¿O se refería más bien a desayunar juntos después de una intensa noche de acción bajo las sábanas? La temperatura dentro de su cuerpo y también alrededor de él subió un par de grados, estaba convencida. Aquel baño gigantesco estaba exquisitamente decorado, pero no habían acertado mucho con el tema de la climatización.

—¿Es que tú no trabajas por las mañanas?

Julian sonrió.

—Bueno. Soy el jefe. Puedo hacer más o menos lo que quiera.

—Ya. ¿Y dónde querías ir a desayunar?

Él se acercó unos milímetros más. Holly desvió la mirada por encima de su hombro, esperando que Clive apareciese por la puerta del baño en cualquier momento y le cayese la bronca del siglo. La cuestión era que el tiempo allí, con Julian Danvers, parecía haberse congelado, cuando la realidad era que todo sucedió en menos de cinco minutos.

De repente fue consciente de la situación. Vivía con dos chicas en Hackney, en un piso al que se había mudado hacía unos meses, después de cometer el error de enrollarse con su antiguo compañero de piso. No solía llevar hombres allí. Aún no tenía demasiada confianza con ellas, y en todo caso no era alguien que soliese acostarse con el primero que se lo proponía. Su mente iba a mil por hora y el corazón le latía casi en la garganta.

—¿Vives cerca? —preguntó él.

—Más o menos. En Hackney. ¿Y tú?

—Newington.

Holly arqueó las cejas. Era una de las zonas más *cool* de Londres, y también de las más exclusivas en el sur, nada que ver con la vieja gloria al sur Dalston, donde ella vivía. Athena Richardson volvió a su pensamiento. ¿Vivirían juntos? ¿En qué estaba pensando? Tal vez si cedía a su innegable deseo, que no era otro que pasar una noche apasionada con aquel hombre, lo de su prometida sería una realidad incontestable que alejaría en todo momento la idea que de allí pudiera surgir...algo más. En realidad no era tan mal plan. Podría, incluso, tener alguna que otra ventaja.

El rostro de él se ensombreció por momentos, como si fuera a decirle algo importante. Se

acercó unos centímetros más.

—Holly, yo...

Solo un segundo. Fue un ínfimo segundo el que sus labios se tocaron, cuando la puerta del baño se abrió y entró un grupo de tres hombres (¿no decían que solo las mujeres van juntas al baño?) riendo por algo que al parecer encontraban muy gracioso, pero que hizo que Julian y la camarera se separasen al instante.

—He de volver al bar —murmuró Holly.

—Claro, voy enseguida —dijo él, sonriendo de nuevo.

Le hubiese gustado ser ella la que se quedase en el baño, porque necesitaba volver a refrescarse el rostro y porque era obvio que su ropa interior se había humedecido, pero ante eso no podía hacer nada. Salió de allí y se dirigió a su lugar tras la barra del Fox and Forest, donde se encontró con la mirada juguetona de Sarah. Él salió al cabo de tres minutos y se concentró en su segunda cerveza y en una de las pantallas que exhibían partidos de fútbol en bucle.

Cuando Julian extendió un billete de 20 libras sobre la barra, Holly se acercó para cobrarle las dos cervezas. Al devolverle el cambio, murmuró:

—A las doce.

Él asintió.

—Vale. Estaré esperándote fuera.

Apenas faltaba media hora para terminar su turno en el Foxy esa noche y no podía creer lo que acababa de suceder. ¿Iba a irse con él a casa? No, lo dudaba mucho. No era porque no le apeteciese, pero su imaginario romántico, si es que aquello tenía algún tipo de sentido en ese caso, siempre le dictaba que esperase un poco. Pero y si, por una vez, ¿se dejaba llevar sin dar más vueltas a las cosas?

¿Y si Danvers solo quería charlar un rato, o tomar algo? ¿O desayunar? Abrió la boca, a punto de contarle a Sarah lo que había sucedido con el apuesto cliente, pero la cerró enseguida. Conocía muy bien a su compañera y se echaría enseguida las manos a la cabeza. Y por otra parte, no le apetecía ponérselo tan fácil a Julian Danvers. No.

Su nombre, por supuesto, no le había pasado desapercibido.

Se acordaba perfectamente de ella. Hacía unos cuatro meses que Holly había tenido un encontronazo con Athena Richardson, la prometida de Julian. Había sido en un cóctel organizado por ella en la Tate Modern, uno de sus museos favoritos en la ciudad y donde, por fin, había logrado un encargo fotográfico. Holly se había presentado allí con su cámara, dispuesta a fotografiar la exposición de una joven pintora, que ocupaba por primera vez una de las salas anexas. Athena había organizado un catering y se había ocupado de invitar a todo el mundo. También de contratar a un fotógrafo para que hiciese fotos del evento.

El chico en cuestión, Ronnie, era un viejo amigo de Holly. Habían participado juntos en alguna que otra quedada fotográfica de Internet y, para su sorpresa, resultó que iban al mismo gimnasio, así que con el tiempo mantuvieron el contacto. Un contacto prístino e inmaculado ya que hasta donde ella sabía, Ronnie era gay. Nunca se tienen suficientes amigos gays, para lo bueno y para lo malo.

El tema era que cuando Ronnie se enteró de que Holly se había lanzado sin paracaídas desde el rascacielos donde trabajaba de abogada novata para abrirse paso en el mundo de la fotografía, enseguida contó con ella para pasarle algún que otro encargo, o compromisos a los que él no pudiese acudir.

Aquel día, Ronnie no pudo acudir al evento que organizaba Athena en la Tate, así que se lo pasó a ella. Y no fue precisamente una tarde de trabajo fluida. Athena era caprichosa y algo maleducada con quien consideraba que no estaba a su nivel, es decir, el noventa por ciento de los mortales. No había sido especialmente simpática con ella y torció un poco el gesto al verla aparecer allí en lugar de Ronnie. Digamos que a ella la dejó trabajar en paz, pero con los pobres camareros del catering fue insufrible.

Y no hay cosa que más moleste a Holly que se trate mal a un camarero en su presencia.

¿Qué habría visto Julian Danvers en Athena, además de esa belleza perfecta y vacía?



## CAPÍTULO 4

Julian Danvers esperaba a la chica del Fox and Forest a la hora exacta que ella le había dicho: las doce en punto de la noche. Hundió las manos en su cazadora negra y su vista se perdió al fondo de Cannon Street, donde la bruma londinense empezaba a arreciar. Eso lo puso de un repentino buen humor. A veces pensaba que la niebla ya no estaba tan presente en la ciudad. Al menos no tan a menudo como cuando era un niño.

Observó cómo los últimos clientes del pub eran invitados a salir por el encargado. Después este se acercaba a la caja, contaba los billetes y le daba unos cuantos a Holly, que esperaba a su lado mientras se abrochaba el abrigo. *Vaya*, pensó Julian, *eso no ha sido muy discreto*. Si aquel fajo era su salario de aquella noche, tal vez no sería muy apropiado por su parte permitir que aquella chica tuviese que irse sola a casa con una suma de dinero en efectivo.

Mientras Holly se despedía de sus compañeros, Julian se preguntó qué pretendía en realidad, esperándola a aquellas horas a la salida del trabajo. ¿Es que no podía esperar ni una semana a que Athena sacase sus pertenencias del apartamento? El mismo que había ido colonizando poco a poco, casi sin darse cuenta, porque no vivían juntos, pero no conforme con haber ido dejando allí su ropa y sus enseres personales, había notado incluso ligeros cambios en la decoración.

Sacudió el rostro, como si con ese gesto su prometida fuera a desprenderse de su pensamiento. *Debería regresar a la NatWest*, pensó. *Acabar el maldito informe de una vez. Y no estar ligando con una camarera de Cannon Street a medianoche*.

Pero qué camarera. Era explosiva, una auténtica belleza. No podía creer que le hubiese hecho caso, que hubiese accedido a verse un rato con él a la salida del pub. Y si de algo se fiaba Julian Danvers era de su intuición. Algo le decía que aquella chica era especial, que pese a todo no iba a ponerle las cosas fáciles. Y no había nada que le gustase más que un nuevo reto, un proyecto.

Lo de Athena, en fin... Ya lo solucionaría al día siguiente, por la noche. Iría a su casa a una hora decente y rompería con ella. O tal vez el fin de semana, si el día se le complicaba.

Holly se acercó a él despacio pero sonriente, con los brazos entrecruzados sobre el abdomen, intentando aclimatarse rápidamente a la fría noche de Londres.

—¿Damos un paseo? —le preguntó él.

—Sí. Podemos caminar un poco en dirección al río. La verdad es que no sé si encontraremos algo abierto a estas horas. Casi todos los pubs de Cannon cierran a las doce entre semana.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

Él soltó una risita y ella le dio un codazo cómplice.

—¿Qué pasa, Danvers?! Suéltalo ya.

—Es que, sin querer, he visto como tu jefe te pagaba... ¡En efectivo! La verdad es que estoy un poco escandalizado. O eso, o en realidad eres su camello.

Holly soltó una carcajada.

—Clive no es mi jefe. Bueno, él piensa que sí, pero solo se ocupa de organizar los turnos y de

que nadie se ponga pesado. Y en cuanto al dinero...es algo puntual. Hoy no me tocaba trabajar, agente. Solo estoy cubriendo a una compañera que se puso enferma. Así que ese dinero es un extra que, sí, da la casualidad de que he recibido en efectivo.

—¿Es mucho?

—¡Ahora la que está escandalizada soy yo! ¿De verdad quieres saber cuánto cobro por aguantar a tipos como tú?

—¡No lo digo por eso!

—¿Entonces?

—Bueno, no sé si es muy seguro que vuelvas sola a casa con ciertas cantidades de dinero en efectivo encima.

Holly se detuvo en el cruce de Cannon con King William, y allí esperaron a que el semáforo les diera paso. Casi habían llegado al punto en que sus caminos se bifurcaban, si es que cada uno se marchaba a su propia casa. Esa era, en todo caso, la intención de Holly.

—Ya veo —contestó—. Entonces se trata tan solo tu lado de caballero andante. Pero no te preocupes: pensaba tal vez en coger un taxi.

Esto no era del todo cierto, pero pensó que él se sentiría un poco más satisfecho.

Julian mantuvo la vista fija en el semáforo, que empezaba a parpadear, lo cual era una lástima, porque los semáforos en rojo suelen ser el elemento perfecto para lanzarse a por un beso. Observó el perfil de Holly, y la sonrisa que se había instalado en su rostro. Parecía una chica tan relajada y despreocupada. Le encantaba su energía. Y qué decir de su cuerpo, y su boca, parecían estar creados por dioses.

Mientras caminaban hacia London Bridge casi por inercia, Julian se debatía en una encrucijada personal: ¿debía ceder a sus instintos y besarla, o bien despedirse educadamente y hacer lo correcto, que era tener aquella dichosa conversación con Athena? Lo decidiría en el siguiente semáforo.

—¿Hacia dónde estamos yendo? —preguntó Holly, quien de repente había tomado conciencia del espacio por el que vagaban sin rumbo.

—Hace una noche bastante agradable —dijo él—. Tal vez podríamos caminar hasta Pottersfield Park.

—Eso es un buen paseo.

Creyó ver una luz verde en su sonrisa. Julian se acercó a sus labios de forma inesperada. Justo en ese momento, Holly dio un pequeño paso atrás.

—Uhhh. Espera.

Él se detuvo en seco.

—Lo sé todo, ¿sabes? Sé que estás a punto de casarte.

Habían caminado por el puente de Londres en dirección sur. Bajo sus pies y el asfalto, el Támesis se precipitaba agitado. ¿Cómo demonios lo sabía?

—Google, ¿recuerdas?

—Claro, soy un idiota. De todas formas, las noticias en las webs de cotilleo no están demasiado actualizadas, ¿sabes? La boda está cancelada.

Tragó saliva. Técnicamente era cierto, ¿no? El único detalle era que Athena aún no lo sabía.

—¿Lo habéis dejado? Quiero decir, ¿estás libre?

—No voy a casarme, Holly. Estoy libre, claro.

—¿Sabes qué? Conozco a tu novia. O tu prometida. O ex, lo que quiera que sea.

Él levantó la ceja y tragó saliva.

—¿Conoces a Athena? ¿De qué?

—Bueno, supongo que ella conoce a mucha gente...

—Sí, sí, claro. Por su trabajo.

Julian se detuvo al final del puente, y apoyó los codos sobre el muro de piedra. Al fondo, la Torre de Londres iluminada ejercía un extraño magnetismo sobre los pocos transeúntes que pasaban por aquella zona. Miró su reloj. No tenía ningún sentido que caminaran hacia Newington si no iba a poder invitar a Holly a subir a casa. Además, no estaba tan seguro de querer que aquello fuese tan rápido.

Se incorporó de nuevo y empezó a caminar por donde habían venido, para sorpresa de Holly.

—¿Regresamos a Cannon? —preguntó ella.

Julian asintió.

—Se está haciendo tarde.

Holly sintió por un momento que había metido la pata sacando el tema de Athena, pero ¡qué demonios! ¿Acaso era su culpa? Aún así sentía la imperiosa necesidad de explicarse un poco.

—Soy fotógrafa —le dijo—. Coincidí con ella en la inauguración de una expo en la Tate Modern, hace un tiempo. Recordaba su nombre y lo asocié con las entradas que vi en Internet hace un rato, en el Foxy.

Julian la miró.

—¿Coincidiste? ¿O te contrató ella?

—No. No. Uno de mis compañeros fotógrafos, Ronnie...no pudo ir. Le tocaba a él, pero me pasó el encargo a última hora.

—Ya veo.

—Siento haber sacado el tema. No tenía la menor idea de que lo hubieseis dejado, obvio. Soy un poco bocazas.

—Bueno, podrías haberlo supuesto cuando te he propuesto dar un paseo, ¿no?

La camarera del Fox and Forest se rio, y por momentos fue como si la luna llena de aquella noche rebotase en las aguas del Támesis y alcanzara de lleno el rostro de Holly. *Cállate ya, Julian*, pensó. Ella era fantástica, pero no podía ser. No hasta que hubiese solucionado el asunto de Athena. Y tal vez, aún así, no era lo más apropiado para él volver a enredarse hasta el cuello con otra mujer. Porque aquella chica, Holly, jamás podría quedarse en un simple rollo de una noche. Imposible. E ir más allá, en aquel momento, sería simplemente como caerse por un precipicio. Tal vez solo se habían conocido en el momento equivocado.

Regresaron de nuevo a la orilla norte del Támesis, mientras Julian miraba a izquierda y derecha, como si buscase a alguien.

—¿Qué pasa? —preguntó Holly.

—Busco un taxi. Para ti. Quiero asegurarme de que te metes en uno y que no empiezas a vagar sola en dirección a Hackney.

Ella se quedó en silencio unos instantes. Sin duda, había metido la pata hasta el fondo sacando el tema de la ex. ¿Es que no podía estar calladita? Era increíble cómo había cambiado la energía entre ellos en solo unos segundos, y de paso, el curso de la noche. Ahora sí que era un hecho que se iría sola a casa, y mucho antes de lo que hubiese esperado.

Un taxi se detuvo ante ellos. Él le abrió la puerta trasera. Holly se acercó, sin poder desprenderse de aquella sensación de derrota.

—Imagino que lo del desayuno ya no es una opción. Siento si he dicho algo que te haya molestado.

Él le sonrió.

—Tendremos que dejar lo del desayuno para un poco más adelante. Y no, no has dicho nada inadecuado. Es solo que tenías razón, aunque sea el jefe, mañana a primera hora he de estar al pie del cañón.

El taxista observaba la escena a través del espejo retrovisor, y justo cuando Holly levantaba de nuevo la vista para mirar a Julian Danvers por última vez en su vida, se encontró con sus labios. La besó despacio, provocando que algo nuevo y excitante naciera en el fondo de su organismo.

—Buenas noches, Holly Montgomery. Ha sido un placer.

Lo miró extrañada.

—En ningún momento te he dicho mi apellido.

Julian se encogió de hombros.

—Yo también sé usar Google. Además...

Ella se subió al taxi, y él cerró la puerta mientras buscaba las palabras perfectas para terminar aquella extraña conversación.

—¿Qué?

—Los apellidos son útiles...especialmente cuando necesitas localizar a alguien.

—Sabes dónde trabajo, Julian Danvers.

—Sí. Tú también.

Las yemas de sus dedos se rozaron por última vez y el taxi arrancó hasta detenerse en el siguiente semáforo. Julian ya se alejaba de espaldas a ella, así que cuando el taxista le preguntó hacia dónde se dirigía, Holly le contestó:

—¿Sabe qué? El hombre que me acompañaba tenía muy claro que debía subirme a este taxi, pero creo que prefiero caminar un poco. ¿Le importaría dejarme en el próximo semáforo?

El taxista la miró perplejo a través del retrovisor.

—¿Quiere que la deje ahí delante? ¿Está segura?

—Segurísima.

Ignoró la tímida propuesta del taxista respecto a lo desangelado de la calle a aquellas horas, y este tampoco aceptó el billete de diez libras que le extendía. Realmente no habían avanzado ni cincuenta metros.

Así que Holly se vio de nuevo en la calle, en Old Broad Street. Empezó a caminar hasta el sur de Hackney, donde compartía piso. No le había querido desmontar a Julian Danvers su escena galante del taxi, pero lo cierto era que le encantaba ponerse los cascos y caminar hasta casa a la salida del trabajo. Era un paseo de unos cuarenta y cinco minutos, y aunque alguna de sus amigas arrugaba la nariz cada vez que les decía que disfrutaba volviendo sola a casa de noche, era algo que no pensaba dejar de hacer mientras pudiera.

Y menos mal que aquella noche también siguió al pie de la letra todas y cada una de sus instintivas rutinas, porque muy cerca de allí, en el cruce de Old Broad con Wormwood vio algo que cambiaría drásticamente el curso de los acontecimientos, y si por un momento había pensado que lo de Julian Danvers se iba a quedar en una anécdota olvidable, aquello provocaría que se volviesen a encontrar.

Era un coche negro, elegante. No entendía mucho de vehículos, pero diría que era un Mercedes carísimo. Se detuvo junto a ella, esperando a que un semáforo le diera luz verde.

En el asiento trasero del lujoso coche, junto a la ventanilla de la derecha y mirando hacia el infinito de forma melancólica, estaba la mismísima Athena Richardson. Su mirada se cruzó con la de Holly durante unos segundos. *Qué maldita casualidad*, pensó. No hacía ni una hora que se

había despedido de su novio, o su ex novio, o lo que quiera que fuese, y allí estaba la lánguida Athena, de excursión nocturna.

A pesar de que la miró un momento, estaba casi segura de que no la había reconocido. Aquella mujer probablemente conocía a decenas de personas nuevas cada semana, en cada uno de los eventos que organizaba. ¿Cómo iba a acordarse de una fotografía suplente con la que no había tenido ningún *feeling* en particular?

Holly reaccionó, y en un movimiento muy poco sutil, se retiró los auriculares, como si ese gesto fuese a amplificar su percepción. Se agachó un poco para tratar de ver al conductor, aprovechando que los asientos delanteros ya tapaban a Athena.

Obviamente, no era Danvers. Solo consiguió ver la mitad inferior de la cara del conductor, donde brillaba un diente de oro en un rostro igualmente joven, alguien vestido con traje y corbata. Pero con toda seguridad no era Julian. Debía agacharse aún más para ver al conductor, a través de la parte superior del parabrisas. Justo la zona que cubría la cara estaba tintada.

En aquel momento, el coche arrancó con un gesto demasiado brusco para lo solitaria que estaba la calle y la hora que era. Holly se detuvo de nuevo, petrificada, dejando que el coche se adelantara y volviendo a cruzarse con la derrotada mirada de Athena Richardson.

## CAPÍTULO 5

Los primeros rayos de sol despertaron a Julian, cinco minutos antes de que sonara la alarma del móvil, que había programado a las siete y media en punto, como todas las mañanas. Notó la tela húmeda bajo sus labios. Había vuelto a quedarse dormido en el enorme sofá del salón. A propósito, por supuesto. Sintió un destello de culpa al reconocer para sus adentros que en aquella ocasión ni siquiera había ido a comprobar que Athena dormía en su dormitorio.

Se desperezó y se levantó de un salto. Puso en marcha la cafetera y, acto seguido se metió en la ducha del primer piso. Justo en ese momento pensó en la camarera del Foxy y debajo de la lluvia que caía del grifo de diseño decidió que tenía que volver a ver a aquella chica sí o sí. ¿Por qué había sido tan ridículo de no pedirle su número? Maldita sea, tal vez ella creyó que no estaba del todo interesado.

Era una vieja costumbre kamikaze que había conservado desde la época de la universidad. Jamás pedía el número a la chica que le interesaba. Se convencía a sí mismo de que, si la cosa estaba destinada a funcionar, acabarían reencontrándose y si no era así él estaría dispuesto a llevar a cabo una búsqueda intensiva. Y siempre lo conseguía. Costase lo que costase y aunque solo tuviera tres o cuatro datos de la susodicha. Así había sido siempre. Con todas. Incluso con Athena.

Athena. No podía pasar ni un día más sin hablar con ella, y no iba a permitirse dejarlo para el fin de semana. Lo de ir a tomar algo la noche anterior y volver a Newington de madrugada había sido del todo intencionado. No es bueno dar malas noticias justo antes de dormir. Si tienes que dar una mala noticia, mejor hazlo a plena luz del día. La oscuridad se haría mucho más intensa para Athena si le hubiese dicho la noche anterior que, como ya podía imaginar desde hacía semanas, lo suyo se había terminado.

Salió de la ducha y alcanzó una toalla. Estaba en el baño del piso inferior del carísimo dúplex que había comprado hacía tan solo medio año. Había estado buscando una zona tranquila y residencial de Londres pero no había querido irse al norte. Chelsea, Kensington...le parecían aburridas, a pesar de que era donde vivían la mayor parte de sus amigos, y también la familia de su hasta ahora prometida.

Tenía que ir a su dormitorio para vestirse, así que se envolvió en la toalla de cintura para abajo y subió las escaleras despacio, temiendo despertar a Athena, aunque no le quedaba ninguna otra opción, puesto que allí estaba el vestidor. Respiró hondo y abrió la puerta. Ella siempre la cerraba, no soportaba escuchar ruidos que pudiesen despertarla porque tenía el sueño demasiado ligero.

*Va, pensó Julian. Ha llegado el momento. Hazlo de una vez. Has de dejar espacio en tu vida para que lleguen cosas nuevas.*

Abrió la puerta con decisión y entró en silencio. Antes de asomarse al dormitorio pensó que tenía que vestirse enseguida. No iba a dejarla en bolas, tapado solo por una toalla.

—Buenos días, Athena. ¿Podrías bajar a tomar un café conmigo...?

Se quedó petrificado. La cama estaba vacía. Estaba deshecha, ella había dormido allí aquella noche, sin duda. Se dirigió hacia el baño anexo al dormitorio, pero allí tampoco estaba. Aquello le sumió en un molesto desconcierto, porque la conocía a la perfección. Jamás se levantaba antes que él y nunca hubiese salido a la calle sin despertarlo —y sin soltarle una severa bronca por haber dormido en el sofá, algo que en los últimos dos meses cada vez hacía con más frecuencia—.

El sonido de la cafetera lo expulsó de aquella repentina parálisis. Bajó rápidamente por la escalera y echó un vistazo al gran salón del apartamento de dos pisos. ¿Había algo allí distinto, que le llamase la atención? Contempló la cómoda que había junto a la entrada, el lugar donde Athena siempre dejaba su copia de las llaves, sus gafas de sol y el bolso. Estaba vacío. Allí no había nada. Era como si sus deseos se hubiesen hecho realidad sin que hubiese tenido que mover un dedo, sin tener que afrontar una conversación tan incómoda.

Sirvió el café en su taza favorita y subió de nuevo las escaleras para vestirse rápidamente. Se puso un traje azul oscuro y una corbata negra y estrecha, y bajó de nuevo para tomarse el café y revisar, como siempre hacía, la versión digital del Financial Times.

Sentado en uno de los taburetes de roble negro que rodeaban la mesa alta de la cocina, echó mano de su teléfono móvil. Estaba francamente intrigado, y aunque se sentía tentado de correr un tupido velo al respecto y seguir con su día como si allí no pasara nada, su conciencia no le dejaría en paz hasta que averiguase el paradero de Athena.

En el móvil no tenía ningún mensaje suyo. *Esto es rarísimo*. La llamó, a pesar de que jamás se llamaban si no era absolutamente necesario. Athena prefería los mensajes de Whatsapp o, como mucho, las notas de audio. Pero saltó el buzón de voz. Tampoco tuvo mejor suerte por Whatsapp:

*Hey. Me he despertado y no estabas en casa. ¿Todo bien?*

Hey.

¿En qué momento la comunicación entre ellos había empezado a deteriorarse? Ni siquiera lo recordaba. De todas formas, el mensaje se quedó en suspensión en el mar de datos virtual: no se entregó en su dispositivo.

Se encogió de hombros. ¿Qué iba a hacer al respecto? Era cierto que Athena no solía desaparecer de esa manera, pero ¿qué más podía hacer en aquel instante? Nada más. Cuando llegase a su oficina, en la NatWest, intentaría localizarla de nuevo, y si no daba con ella, probaría con el móvil de su asistente en la agencia de comunicación. No tenía el número de su oficina porque Athena apenas solía pisarla, pero podría probar...

*Dios, ojalá no le haya pasado nada*, pensó. Apenas había bebido dos cervezas la noche anterior en el Fox and Forest, y sin embargo todo lo sucedido, el paseo posterior con aquella chica, flotaba en su cabeza como si fuera una nebulosa. Se mortificó durante dos segundos al pensar que si a Athena le había sucedido algo, o si se había marchado de forma repentina por algún motivo y no lograba localizarla, su plan de regresar al Foxy el viernes por la noche para ver a Holly se iría al traste.

*Joder, Danvers. Córtate un pelo*. Sintió un escalofrío. Dio un sorbo al café y notó cómo enseguida lo reconfortaba. Por supuesto. Por supuesto que deseaba que todo estuviese bien con Athena y que pudiesen hablar pronto. La perspectiva de no volverla a ver, de repente, le pareció horrorosa. Aquellos tres años de noviazgo, no podía ser de otra manera, debían acabar con una conversación seria entre adultos, cuanto menos.

Miró el reloj. ¿Sería más apropiado trabajar desde casa ese día, por si ella regresaba? Era muy poco probable. Athena siempre estaba ocupada. ¿Por qué no había ido a ver si estaba

dormida cuando llegó? No estaba borracho, no se cayó redondo en el sofá del salón. Pero sí sabía muy bien lo que había cruzado su mente cuando encendió el canal de noticias internacionales de la BBC a eso de la una de la madrugada. *Con el volumen bajo, para que ella no se despertara y viniese a verme.*

¿Y si ya no estaba allí cuando él llegó a casa? ¿Y si no había salido a primera hora de la mañana? Apenas eran las diez de la noche cuando habían hablado por videollamada durante la noche anterior, en la hora de la cena. Y ella había recalcado que lo esperaría durmiendo. ¿Qué la habría hecho cambiar de idea?

Con un gesto circunspecto, Julian se acercó al fregadero, abrió el grifo y enjuagó su taza favorita de Star Wars. Después, casi de forma mecánica, se dirigió a la puerta. Lo mejor era ir a la oficina. Si se quedaba allí corría el peligro de darle demasiadas vueltas a algo que con toda probabilidad se solucionaría en un par de horas.

Se colocó el abrigo y salió a la calle. Últimamente solía ir a la oficina en Uber, pero esa mañana decidió coger el metro hasta Liverpool Street. De esta manera caminaba un poco más y, tal y como pintaba aquel día, era muy probable que estuviese anclado a la mesa de su despacho hasta que acabase el informe para McKinney.

Ya en el metro, llamó a su secretaria.

—Buenos días, Susan. ¿Por casualidad estás ya en la oficina?

—Hola, Julian. Sí, he llegado hace unos diez minutos. ¿Ha surgido algo? —. Era obvio que trataba de no sonar alarmada, pero era la primera vez que la llamaba a su móvil antes de llegar.

—No, no te preocupes. Solo llamaba para saber si, por casualidad, tenía algún mensaje de mi prometida.

Se arrepintió al instante de referirse a ella de esa manera. Mi prometida. No. Athena. Era Athena. Además, Susan la conocía perfectamente, las había presentado y habían charlado en más de una ocasión cuando había pasado por su oficina de la NatWest para almorzar juntos.

—Mmmm, no. Déjame que eche un vistazo.

Visualizó a Susan revisando el mar de post-its que siempre rodeaba la pantalla de su ordenador. Parecía algo caótica y sin embargo, era muy difícil que se le escapase algo.

—No hay nada. Pero estaré al tanto esta mañana por supuesto.

—Perfecto.

—¿Va todo bien, Julian? Te noto preocupado.

—Hablamos en cuanto llegue. Estoy en el metro y apenas te oigo. Estaré en la oficina en unos quince minutos.

Se guardó el móvil en el bolsillo del abrigo y trató de fijar la vista en un diario deportivo que alguien había abandonado en el vagón. Leyó tres veces la misma línea sobre el último escándalo del Manchester City. A Julian no le interesaba especialmente el fútbol, pero intentaba mantenerse informado para que, al menos, los nombres le sonasen cuando alguno de sus amigos o de sus clientes los dejaban caer en la conversación. Pero esa mañana era imposible.

Seguía pensando en la inquietante desaparición de Athena.

Y en Holly. En el excitante beso que le había casi robado junto al taxi. Y en cómo deseaba repetirlo en cuanto fuese posible.



## CAPÍTULO 6

Julian Danvers, a pesar de su aspecto de millonario arrogante, era un tipo agradecido. Con el paso de los años había aprendido que la gratitud con respecto a la gente que le rodeaba y a todo lo que había conseguido a nivel personal y profesional era algo esencial para que todo en su vida continuase progresando de la manera que él quería.

Y últimamente, la presencia de su secretaria Susan, era lo que más le facilitaba la existencia. Ya había decidido de forma unilateral subirle el sueldo en los próximos meses, a pesar de que ella no le había hecho ninguna petición al respecto. Se notaba que le gustaba su trabajo y que estaba cómoda trabajando con él. Y eso era algo difícil de encontrar en una secretaria de dirección. *Tú y yo juntos al fin del mundo*, le decía de vez en cuando. Y Susan se reía.

En cuanto lo vio llegar, más agitado que de costumbre, lo siguió hasta su despacho y se encerró con él. Julian se quitó el abrigo, lo lanzó sobre el perchero y encendió el ordenador. Tenía que lidiar con demasiadas cosas aquella mañana y quería asegurarse de que lo interrumpirían lo menos posible.

—Tenemos una mañana complicada, Sue. Hoy debo darle un buen empujón a lo de McKinney. Y creo recordar que Roy Owen, de Smart Hotels, iba a pasar a verme esta mañana. Pero no voy a poder atenderlo. Me iría genial si le haces un buen placaje antes de que se cuele en mi despacho.

Susan se había sentado en la silla al otro lado del escritorio y tomaba notas concienzudamente, como todas las mañanas. Lo llamaban “el parte de guerra”.

—Roy Owen. De acuerdo, le diré que estás ocupado. Pero, no me consta que tuviese cita...— dijo, pasando las páginas de su libreta, preocupada ante la perspectiva de que se le hubiese escapado algún detalle.

—Oh, no. No. No te preocupes. Es un tipo de la planta 2. Es amigo de Tommie, uno de mis colegas. Nos hemos cruzado un par de veces en el vestíbulo, y habíamos quedado en hablar sobre una de sus inversiones. Pero no tiene mi teléfono. Si lo ves, simplemente dile que ya lo buscaré en cuanto pueda.

—Nadie tiene tu teléfono, Julian —contestó Susan, soltando una risita nerviosa.

—Ya sabes que he de seguir cultivando este halo de misterio.

—¿Algo más?

La miró detenidamente. ¿Podía confiar en ella? Por supuesto que sí.

—Respecto a mi llamada de antes...

Susan arqueó las cejas, más atenta que nunca.

—¿Sí?

—... Lo de que tengo una mañana complicada no aplica a Athena. Si mi novia llama, o pasa por aquí, aunque es poco probable, por favor, avísame enseguida y hazla pasar a mi despacho. Tenemos una conversación importante pendiente.

Lo miró con cara de circunstancias. La intuición de su experimentada secretaria andaba, como siempre, muy bien encaminada.

—¿Ha pasado algo, Julian? No quiero inmiscuirme en tus asuntos personales, pero si puedo

ayudarte con cualquier cosa con respecto a Athena... Si habéis tenido alguna discusión o necesitas comprarle algún detalle ya sabes que yo estaría encantada...

—Lo sé, lo sé. No es nada de eso.

Lo que apuntaba Susan era totalmente cierto. Su secretaria solo había tenido que verla en un par de ocasiones para saber exactamente qué tipo de cosas hacían feliz a su prometida. Había encargado a Susan que comprase regalos para Athena en varias ocasiones y siempre había acertado de pleno.

—...Es que no sé nada de ella desde anoche, eso es todo. Ayer me quedé a trabajar aquí hasta tarde, como te conté. Hicimos una llamada a eso de las diez, mientras cenaba. Estaba en mi apartamento, se iba a quedar a dormir allí.

—Sí. Lo recuerdo. Fue una noche larga, ¿no?

Midió sus palabras. No estaba seguro de que quisiera contarle que había salido a tomar una cerveza para “airearse” y que no había regresado a la NatWest a terminar el informe. Y mucho menos el flirteo con la camarera del Fox and Forest justo a la hora en que su novia debería estar durmiendo en su propia cama.

—No. No lo fue, de hecho. Llegó un momento en que ni siquiera distinguía los números en las hojas de cálculo. Así que decidí irme a casa dando un paseo y parar a tomar una copa por el camino.

¿Por qué sentía que se estaba justificando? No necesitaba dar ninguna explicación, y sin embargo desde que había salido de casa aquella mañana no podía desprenderse de un creciente sentimiento de culpabilidad.

—¿Athena no durmió en casa? —preguntó Susan.

—No lo sé...No estoy cien por cien seguro, la verdad. Me quedé dormido en el sofá cuando llegué, a eso de la una.

—¿Pero ella estaba durmiendo?

Observó a su secretaria. Realmente no hacía falta darle muchos detalles, ella estaba entendiendo sin necesidad de ser muy explícito.

—No lo sé. Es decir, cuando hablé con ella, a la hora de la cena, estaba ya instalada en el piso de arriba.

—Entiendo que no pasaste a verla antes de quedarte dormido...

—No. Puse la tele. La BBC. Y creo que no aguanté despierto ni cinco minutos.

—Y por la mañana ella no estaba.

—Así es...

—Creo que no deberías preocuparte. Tal vez tenía algo que hacer hoy temprano y no quiso despertarte.

—Sue, lo nuestro...Nuestra relación, quiero decir, no va bien. En absoluto.

—Ya, eso es evidente.

—Tengo una conversación seria pendiente con ella. No quiero robarte más tiempo y he de ponerme a trabajar enseguida. Te lo cuento para que estés alerta, simplemente. A media mañana intentaré localizarla de nuevo, y espero tener suerte.

Susan asintió y se levantó, dispuesta a atender los asuntos habituales de la oficina. Julian la observó marcharse. Si hubiese sido por ella, habría sido un poco más incisiva con sus preguntas. Le encantaba guardarse información. Pero la secretaria se contuvo.

En cuanto a Athena esperaba que todo se quedase en una anécdota sin importancia. Sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta, donde solía dejarlo siempre que tenía por delante una sesión de trabajo que requería toda su concentración y lo dejó sobre la mesa, no sin antes echarle un último

vistazo. Ninguna notificación. Sin noticias de ella.

La mañana transcurrió sin novedades hasta casi la hora del almuerzo. A eso de las doce, Julian recibió una llamada interna de su secretaria. Había trabajado en lo de McKinney durante varias horas y por suerte había avanzado bastante, porque a partir de esa llamada, lógicamente, el día sería mucho menos productivo, ya que fue incapaz de concentrarse. Susan tenía a alguien al teléfono que quería hablar con él.

Era Rachel Loomey, la becaria que Athena tenía bajo su cargo durante todo el año. Y lo que quería contarle era si cabe más preocupante. Susan le pasó la llamada, aunque sin duda ya estaba al tanto del contenido.

—¿Julian?

—Sí, soy yo. Dime.

—Soy Rachel, trabajo con Athena...

—Sí, sí. Te recuerdo. ¿Qué tal todo, Rachel?

Le preguntaba por mera formalidad y esperaba que la chica en cuestión fuese al grano, como así fue.

—Uhhmm...todo bien. Siento molestarte, pero este es el número que Athena me dio para emergencias.

Su corazón se aceleró.

—¿Le ha pasado algo?

—No, no. Quiero decir, no lo sé. Athena no ha venido a trabajar esta mañana y supuse que tú tendrías noticias.

—¿No ha ido a trabajar? ¿Dónde estás?

—Ahora mismo, en la oficina. He anulado la reunión que teníamos pendiente hoy en el Victoria and Albert Museum. Al principio pensé que había entendido todo mal, y que tal vez Athena pretendía que nos encontrásemos directamente allí, pero he llamado a nuestro cliente y tampoco tiene noticias suyas. La verdad es que estoy un poco preocupada. Ella no suele dejarme tirada...

Intentó pensar rápido. ¿Qué podía decirle? ¿Que él tampoco sabía nada de ella desde la noche anterior? Se quedó en silencio, un silencio que Rachel trató de aplacar enseguida.

—No sabía a quién llamar...

—No, no. Tranquila, has hecho bien. No sé nada de Athena desde anoche. Hablé con ella a la hora de la cena por videollamada.

—Pero me dijo que anoche dormía en tu casa.

—Sí, lo sé, lo sé. Pero cuando me he despertado no estaba en casa.

—Es extraño. Anoche, cuando regresaste a casa, ¿notaste algo raro?

Julian se mordió el labio. ¿Qué podía decirle? Si Athena no aparecía pronto, todo el mundo acabaría enterándose de que su relación estaba acabada antes que ella misma.

—Escucha, Rachel. Déjame tu teléfono móvil. Voy a hablar con su madre. Tal vez ha ido a verla, o ha surgido algo urgente. La localizaré y le pediré que te avise enseguida.

Intentó aparentar calma mientras tomaba nota de los números que le cantaba la chica, pero la situación no era normal. En absoluto. Aquello no era propio de Athena. Tenía defectos, por supuesto. Era caprichosa y algo borde, pero era absolutamente seria con su trabajo. Nunca jamás dejaría colgado a uno de sus clientes, y mucho menos a alguien del Victoria and Albert. Estaba empezando a preocuparse en serio.

Colgó el teléfono y se encontró con la mirada de Susan, que acababa de entrar en su despacho.

—¿No la localizan?

Julian negó con la cabeza.

—Voy a llamar a su madre.

—De acuerdo. Si necesitas cualquier cosa, aquí estoy.

Susan se retiró, dejándolo solo ante algo muy desagradable. Podría decirse que la señora Richardson estaba tan enamorada de él como su hija. Lo consideraba el yerno perfecto. Lo adoraba y estaba entusiasmada con el compromiso que él estaba a punto de romper. Creía que su hija vivía un cuento de hadas, una relación idílica con uno de los nuevos millonarios más guapos, discretos y con más talento de la City.

Aquella llamada fue problemática. Como ya esperaba, Cynthia Richardson no tenía ni idea del paradero de su hija. De hecho, le reveló que hacía varios días que no hablaban. Los Richardson vivían en el campo, en un enorme *cottage* cerca de Chelmsford, en el condado de Essex y Athena no los visitaba tan a menudo como antes. De hecho Julian le había propuesto ir en varias ocasiones, y ella había descartado el plan.

—Hemos de llamar a la policía, Julian —le dijo, haciéndose énfasis en el plural—. No es propio de Athena, después de tantos años...

—Lo sé, Cynthia. Pero antes de que se genere un escándalo, prefiero hacer una ronda de llamadas a todos sus contactos. Si Athena se ha ausentado por unos días....no quería que esto llegase a la prensa y se malinterprete. Ni tu hija tampoco, estoy seguro.

Escuchó la respiración acompasada de la mujer al otro lado del teléfono.

—Búscala, Julian. Por favor. Espero tu llamada. No voy a decirle nada a mi marido aún. Esperaré a esta noche. Pero confío en que Athena aparecerá antes de que anochezca. Hacía mucho tiempo que no se esfumaba, ¿sabes? Años.

—¿Qué quieres decir?

—¿Nunca te lo ha contado? Cuando era una adolescente desaparecía muy de vez en cuando. Una vez se ausentó durante seis días. Tenía solo dieciséis años. La policía la buscó y la encontró en Brighton.

—¿Se marchó voluntariamente? La verdad es que no. No sabía esto.

—Fue una chiquillada. Solo pretendía llamar la atención. Estuvo castigada el resto del verano. De todas formas, no tiene ningún sentido que a estas alturas haga algo así.

Le prometió que la mantendría informada y colgó el teléfono. Cynthia no sonaba todo lo preocupada que cabría esperar, seguramente debido a esas experiencias angustiantes del pasado que tal vez ahora eran pura anestesia. Julian revisó su agenda en el móvil y se dio de bruces con la realidad: no tenía el número de ninguno de los amigos de su prometida. Hizo un nuevo intento con el móvil de Athena. Apagado. A la tercera llamada, observó la hora en la esquina derecha de la pantalla de su ordenador. Tal vez había llegado el momento de aceptar que no llegaba a tiempo a entregar a McKinney su informe de riesgos económicos, y que tendría que atrasarlo unos días. Odiaba aquello. Odiaba que sus altibajos emocionales y, ahora la desaparición de Athena, afectaran a su trabajo.

Y como ejemplo de su progresivo desbarajuste, un detalle: mientras marcaba el número de Scotland Yard para denunciar la desaparición de su novia, recreó en su mente cada uno de los segundos que duró su apasionado beso con la camarera del Fox and Forest. Parecía que habían pasado meses desde entonces, cuando en realidad solo habían sido unas pocas horas.

## CAPÍTULO 7

Holly Montgomery se sobresaltó al escuchar el nombre de Julian Danvers en las noticias locales de las ocho de la mañana. Aquel día era lunes, y no tenía ningún buen motivo para madrugar. Así empezaban siempre sus semanas. Ese era su día completamente libre.

Por la noche no tendría que ir al Foxy —era su día de cierre—, y tampoco tenía ninguna práctica de foto ni ningún encargo pendiente en el que trabajar. Nadie en su sano juicio organizaba eventos que ella tuviese que inmortalizar con su cámara un lunes en Londres. Por tanto, solía levantarse sin despertador, dejando que fuese su cuerpo el que venciese el cansancio acumulado de la semana y haciendo lo que le viniera en gana.

Ese día una de sus compañeras de piso, Asha, estaba también en casa. No había ido a trabajar, aquejada de una leve migraña. Estaba postrada en uno de los desvencijados sofás del salón.

—¡Sube el volumen de la tele! —le espetó Holly, en cuanto vio el perfecto rostro de Julian saliendo del edificio NatWest en una imagen de archivo, que al parecer pertenecía al viernes anterior.

La locutora del noticiero dio algunos detalles sobre la investigación que se estaba llevando acerca de la desaparición de Athena Richardson, una conocida relaciones públicas de Londres que trabajaba habitualmente organizando eventos en los principales museos de la ciudad.

*“...Hasta el momento no hay ningún indicio o pista concluyente sobre la desaparición de Athena Richardson, hija del magnate de la comunicación Samuel Richardson, a quienes sus familiares y su pareja, el joven financiero Julian Danvers, echan en falta desde el pasado miércoles. No obstante, se ha decretado secreto de sumario mientras los oficiales encargados del caso se ocupan de la investigación...”*

La pieza informativa apenas duró un minuto, ya que enseguida pasaron a otro tema.

—No me lo puedo creer —murmuró Holly—. Ha desaparecido. Trabajé con ella hace unos meses.

—¿En serio? —preguntó Asha.

—Pero lo más fuerte es que yo la vi. ¡La vi en un coche, la noche antes de desaparecer!

—¿Estás segura? ¿Dónde?

—Cerca de la City. Yo había salido de trabajar y volvía a casa dando un paseo después de.... —se interrumpió bruscamente. Tampoco tenía tanta confianza con Asha como para contarle que se había liado con el novio de la desaparecida esa misma noche y que, de hecho, de no ser por la existencia de la propia Asha en su piso de Hackney con mucho gusto lo habría invitado a pasar la noche con ella.

—¿Después de qué...?

—De acabar mi turno en el Foxy.

—Deberías hablar con la poli si estás segura de que era ella.

—No sé si puedo aportarles muchos detalles. Fueron solo unos segundos, iba en el asiento trasero y un tipo con un diente de oro iba conduciendo. Aunque no le vi la cara del todo... pero

estoy convencida de que era ella.

—El novio está tremendo —dijo Asha, cambiando de tema—, si me permites la frivolidad.

—Bueno, de hecho, es su ex novio.

—¿Cómo sabes eso?

—A él también lo conozco.

—Eres una caja de sorpresas, Montgomery. Cada vez me gusta más no ir a trabajar y acompañarte en tu mañana libre.

—¿Crees en serio que debería hablar con la policía?

—Sí, claro. Es lo típico...son detalles a los que no solemos darles importancia pero de los que ellos extraen mucha información. Por ejemplo, si puedes decirles el sitio y hora exactos donde viste el coche, buscarán en las cámaras de seguridad de la zona y tal vez pueden ubicar la matrícula. Porque tú no la apuntaste, ¿no?

Holly se rio.

—Pues no. De todas formas, esto va a sonar fatal... pero no se si quiero que aparezca.

Se sintió mal solo con bromear al respecto. Hasta que había visto la foto de ella en la tele y a Julian saliendo de su oficina con gafas de sol y cara de malas pulgas (aunque tan guapo como la noche en que lo conoció en el pub), había tenido la esperanza de volverlo a ver. Por alguna razón, estaba casi convencida de que él regresaría al Foxy a tomar algo, y podrían retomar la conversación donde la dejaron junto a aquel taxi. Pero no fue así. Había pasado casi una semana desde esa noche, y ahora entendía por qué él no había vuelto a dar señales de vida.

—Esa noche él vino al pub. Se quedó charlando conmigo hasta la hora del cierre —dijo, como si pensara en voz alta.

—¿Quién? —preguntó Asha—. ¿Julian Danvers?

Asintió.

—Me dijo que Athena era su ex. Que la boda no iba a tener lugar. Pero me dio la sensación... de que no estaba diciéndome toda la verdad. Que tal vez aún no había hablado con ella. Que quería dejarla pero aún no se lo había dicho.

—Interesante. Tal vez ella se enteró por otra vía y ha puesto tierra de por medio.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—Ni idea. Para ganar tiempo, o para llamar su atención. El comportamiento humano es complejo.

No pudo evitar soltar la gran bomba a continuación. Cada vez se encontraba más cómoda charlando con Asha. Tal vez podrían convertirse en amigas, más allá de ser una compañera de piso accidental.

—Él me esperó a la salida, me acompañó hasta un taxi y me besó.

Asha se rio.

—¿Qué dices! Me tomas el pelo, ¿no?

—No, claro que no. Tuvimos un...momento. No sé, Asha. Salta a la vista que es un tío muy guapo. Se me abalanzó por sorpresa y no estaba dispuesta a resistirme. Me habló de desayunar juntos algún día. Ahora entiendo dos cosas: que lo dijo de manera literal, aunque fue más un deseo momentáneo que una propuesta real. Y también que la desaparición de su novia, o de su ex, o lo que quiera que sea, me ha arruinado la cita.

Asha la miró, perpleja. No tenía ningún motivo real para pensar que aquello era una fabulación.

—¿Te gusta?

—¿Quién?

—¡Él! Es obvio que te gustó. Te encantó, diría yo. Deberías haberte visto la cara cuando ha aparecido en la tele.

—Sí, claro que me gustó. Tú lo has visto, ¿no?

—Ya, ya. Que es un tío extremadamente guapo salta a la vista. Pero me refiero a que te gustó en serio. Que si retoma lo del desayuno, o la cena o lo que sea, le dirías que sí.

—Bueno, con la situación que tiene en casa no sé si es el mejor momento... Creo que lo mejor es que se quede todo en manos del destino.

Asha chasqueó la lengua, en señal de desaprobación.

—¿Por qué no se lo dices a él? Que viste a su novia en un coche...

No podía negar que ya se le había pasado por la cabeza. Que no solo era una excusa para reconectar con él, sino que era su obligación dar parte de lo que había visto. Holly echó mano de su Mac portátil y abrió el navegador, tecleando a toda velocidad el nombre de Athena Richardson y a continuación el apartado de “Noticias” de Google.

—El tema es que no estoy segura de que sea tan relevante. Según han dicho, desapareció el miércoles pasado. Y yo la vi el martes por la noche.

—Bueno, el día en que se dio por desaparecida es el día en que su familia o su novio la echó de menos y puso la denuncia. Es decir, que podría ser perfectamente el día siguiente. El miércoles.

—Dios, Asha. ¿Cómo sabes tanto de procedimientos policiales?

—Hubo una época en que me obsesioné con C.S.I.

—¿Las Vegas?

—Las Vegas y Miami.

Suspiró. No sabía muy bien qué hacer. Todo era super extraño y podría incluso decirse que tenía un punto inquietante y desagradable. Lo primero era concentrarse y tratar de recordar todos los detalles del momento en que se cruzó con el Mercedes negro. Tomar nota de todo. Cerró de nuevo el portátil y se levantó con una taza de café en la mano y el ordenador bajo el brazo, en dirección a su dormitorio. La cháchara de Asha, a pesar de su dolor de cabeza, la distraería; y necesitaba pensar con claridad.

Holly hizo la cama a toda velocidad y se sentó en ella, con la espalda apoyada en la pared y el ordenador sobre las rodillas. Quería investigar un poco más antes de tomar una decisión. Lo de contarle lo que había visto directamente a Julian era una opción, pero no sabía si era lo correcto. Lo más adecuado, bajo su juicio, era ponerlo en conocimiento de la policía directamente. Por otra parte, si más tarde él se enteraba de que había ido a la comisaría en lugar de acudir directamente a él para algo que le afectaba de manera directa, podría sentarle mal.

Pero qué demonios. No le debía nada, ¿no? Él ni siquiera le había dado su número, ni le había pedido el suyo, algo que Holly, a aquellas alturas y con la distancia de los días ya asentada, consideraba prácticamente una ofensa.

¡Maldito Danvers! ¿Por qué la había besado? ¿Por qué se había montado aquella escenita galante del taxi para acto seguido desaparecer de su vida? Ahora no se lo podía sacar de la cabeza, y todo aquel intrigante asunto de su ex se lo ponía un poco más complicado justo cuando pensaba que estaba a punto de olvidarlo definitivamente y que nunca volvería a tener noticias suyas.

Holly se tumbó en la cama y cerró los ojos. Trató de proyectar la película de la noche del martes en su mente, localizar algún detalle que se le hubiese pasado por alto. Recordó la niebla que había vuelto a Londres ese día. El frío que no le afectaba debido en gran parte al beso ardiente de Julian, apenas unos minutos antes. Recordó que había caminado casi medio kilómetro

flotando en una nube debido a ese mismo beso y a las palpitaciones que sentía en diversas partes de su cuerpo.

Había visto el Mercedes y contemplado durante unos segundos el sereno rostro de Athena en la parte posterior del coche. No parecía inquieta, solo pensativa. ¿Qué llevaba puesto? ¿Lo recordaba? Una camisa algo ancha de corte masculino, de color claro o de líneas muy finas. ¿Tal vez una camisa de Julian? Había visto el coche alejarse al arrancar el semáforo y en esa recreación Holly vio un tercer bulto en el coche. Justo al lado de Athena. A la izquierda. Una tercera persona. Alguien más la acompañaba en el asiento trasero.

¿Era un recuerdo sólido o algo que su imaginación estaba añadiendo con el paso de los días? No podría afirmarlo en un atestado policial.

En ese momento, pensó en alguien que sí conocía a Athena Richardson. Al menos más que ella. Cogió el móvil y buscó el número de su amigo fotógrafo. Ronnie. Le envió un mensaje que, por suerte, él contestó casi al momento:

*¿Has visto lo de Athena Richardson en las noticias?*

*Creo que la vi la noche en que desapareció.*

*¿Estás libre hoy para almorzar? Me gustaría que me hablaras de ella.*



## CAPÍTULO 8

—¿Y qué piensas hacer? —le preguntó Ronnie, mientras esperaba a que su curry se enfriase un poco.

Holly se encogió de hombros. Aún no había tomado ninguna decisión al respecto. Le había contado todo con pelos y señales a su amigo, desde el momento exacto en que Julian Danvers apareció por la puerta del Foxy en la noche del martes hasta que vio el Mercedes negro. Fue incluso más exhaustiva que con Asha, ya que también le contó la tensa escenita del baño entre Julian y ella.

—¿Tú hablarías con él?

—Yo sí. Por supuesto. Eso me daría una excusa fabulosa para presentarme en su oficina y retomar el contacto y quién sabe, ahora que Athena Richardson está fuera de la foto, ocupar su trono en ese increíble pisazo que él debe de tener en Newington.

—Eres una arpía, Ronnie.

—No, yo no. ELLA es una arpía, y lo sabes bien, querida. Tú misma lo comprobaste con tus ojos aquel día en la Tate Modern. Pero sé que harás lo correcto, como casi siempre.

—Lo correcto es ir a Scotland Yard y contarles lo que vi.

—Exacto. Eso es lo que harás. De todas formas, Holly, ¿por qué esto es un dilema para ti? ¿Por qué le das tanta importancia a hablar con él? Es solo un tipo que paso por tu bar una noche y con el que tuviste una conversación.

Lo miró en silencio. Ronnie solía encontrar las respuestas a todo por él mismo. No hacía falta que nadie lo iluminase. Habían quedado a comer en una de sus zonas favoritas en el East London, junto al Regent's Canal, de hecho no demasiado lejos del apartamento que compartía con Asha y Vera, la tercera en discordia, quien estaba de viaje de trabajo en Dublín durante las próximas semanas.

En el Café Lombardo había un gran bullicio a pesar de ser lunes. Habían tenido suerte de encontrar una mesa en el interior del local, ya que había estado toda la mañana lloviendo. Ronnie nunca hacía reservas en restaurantes. Confiaba en su buena suerte y en su amplia red de contactos.

—Es porque él te gusta, ¿no?

—Bueno, Danvers es un tío interesante. Un poco arrogante, ya que lo preguntas.

—Te pone. Bastante. Y encima te dejó con las ganas —le espetó, soltando una carcajada.

Ronnie era así. No tenía demasiado filtro entre el cerebro y la boca. Solía decir cualquier burrada que se le pasase por la cabeza. Por otra parte, era generosísimo en el aspecto laboral. Le había ayudado mucho con sus primeros encargos como fotógrafa, le pasaba regularmente aquellos con los que no podía comprometerse y era un crack absoluto con el Photoshop, el salvavidas al que siempre recurría cuando se encontraba en algún atolladero digital. Le debía mucho. Y se había convertido en un gran amigo en los últimos años.

—Eso no es relevante. El caso es que sería muy retorcido presentarme en su oficina.

—No hace falta que te plantes allí, Montgomery. Solo llámalo. Seguro que esta situación le está provocando bastante estrés. Se alegrará de tener noticias tuyas.

—Eso significaría que he tenido que investigar su número. Además, llamarle al trabajo...

—¿Y cuándo ha supuesto eso un problema para ti? ¿Averiguar un número de teléfono...

Estaba siendo egoísta y lo sabía. Solo pensaba en su fantasía peliculera en torno a un posible reencuentro con Julian, cuando la realidad era que su prometida estaba en paradero desconocido y que tal vez, incluso, ni siquiera recordase ya su nombre.

—Nah. Sería muy raro, eso es todo. Me acercaré a Scotland Yard esta misma tarde, les contaré lo que vi y seguiré con mi vida. Lo de la otra noche fue solo un espejismo. Estoy molesta con él, eso es todo.

—¿Por qué no ha vuelto a dar señales de vida? Tal vez tuviese toda la intención de regresar al Foxy para verte, Holly. Pero no creo que ahora sea el momento. No mientras no resuelva su...situación.

—No, no es por eso. Molesta porque me besara. Porque se me abalanzase encima. Y cabreada también conmigo misma por habérselo permitido. ¿Por qué la gente se empeña en besar a desconocidos? Es una invasión brutal del espacio personal.

Ronnie se rio.

—Entre otras cosas. Yo no me preocuparía por nada. Volverás a tener noticias tuyas, estoy convencido.

—¿Tú la conoces bien, no? Me refiero a Athena Richardson.

Una camarera los interrumpió un segundo para anunciarles que ya no quedaba mousse de frambuesas y *panacotta*, a pesar de que aún no habían llegado a los postres.

Ronnie meditó su respuesta durante unos segundos.

—Es una persona fría y sibilina, aunque bastante correcta. La relación que teníamos era estrictamente profesional, pero algunas veces me pidió que me quedase en algunos de los eventos, y me presentó a gente. Es extremadamente amable y servicial con sus clientes y un sargento con sus empleados. Algunas veces la vi con Danvers, en momentos en que él se pasó por alguna de sus fiestas. Una pareja rara. Muy robótica. En ningún momento les vi ningún gesto de cariño entre ellos.

—Rara, ¿en qué sentido?

—Una pareja no enamorada. Desde luego no una de esas parejas heterosexuales que se casa por amor. Y si me dices que él la había dejado, o que estaba a punto de hacerlo, pues tal vez eso tenga que ver con su desaparición, ¿no crees?

—Eso es una suposición arriesgada. ¿Quieres decir que él pueda saber dónde está? Ay, toda esta historia me está generando mal rollo, Ronnie.

Su amigo negó con la cabeza.

—No te montes películas, Holly. Mi apuesta es la siguiente: ella se enteró de alguna manera que él la iba a dejar y desapareció sin más. A eso lo llamo yo un buen golpe de efecto.

—¿Y los dos hombres que la acompañaban esa noche?

—¿Dos? ¿No era uno? ¿Con un diente de oro?

—El caso es que tal vez fuese acompañada por alguien más en el asiento trasero. Pero no estoy cien por cien segura.

Pidieron el único postre que quedaba disponible a esas horas. Casi eran los últimos que quedaban ya en el restaurante. Había dejado de llover, así que Holly pensó que dedicaría el resto de la tarde a dar un paseo por los alrededores del canal. Tal vez podría acercarse a Bloom Books, una librería que le encantaba en una de las calles adyacentes al parque de London Fields. Aquel asunto Danvers le estaba ya ocupando demasiado espacio en su cabeza, y para colmo, en su día libre. Necesitaba urgentemente retomar su rutina.

Le comentó a Ronnie su plan relajado para la tarde del lunes. Él la miró con espanto.

—¿Una librería? Suena encantador, pero tengo cosas que hacer. Voy a ir a Camden a recoger un nuevo objetivo para la cámara y después tengo una cita con mi entrenador personal.

—¿Una cita? ¿De qué tipo?

Ronnie era siempre tan enigmático para sus asuntos personales.

—Una cita para que me machaque un poco en el gimnasio esta tarde, querida. ¿Se te ocurre algo mejor que hacer en un lunes? ¿No trabajas esta noche?

—No. No vuelvo al Foxy hasta el jueves. Y ese mismo día, por la mañana, tengo un *shooting* para Teen Vogue. Voy a hacer fotos a unas raperas adolescentes...

—Uf. Toda la suerte del mundo, querida. Odio ese tipo de *shootings*.

—Genial. Si te encargan alguno y no te apetece, pásamelo.

—¡Ni lo dudes!

Se despidió de Ronnie a eso de las tres y media de la tarde en los alrededores de Broadway Market. Le apetecía dar un paseo y aclarar un poco sus ideas. Fue caminando hasta la librería, pero no vio ninguna novedad que le llamase la atención entre todas las novelas que se agolpaban en la mesa del centro del local. Saludó a la propietaria y salió de la tienda en dirección sur, de regreso al canal. Contempló los barcos-vivienda amarrados a la orilla y pensó en lo húmedo que debía ser dormir allí dentro en una noche lluviosa. ¿Pero no era húmedo todo Londres, siempre?

Había tomado una decisión con respecto al asunto Danvers. Así era como se refería a la situación en su fuero interno. Julian Danvers y su desesperante beso se habían convertido en “el asunto Danvers”.

Esa misma tarde Holly se dirigió a la comisaría de policía de Bishopsgate para contarle a una de las inspectoras que había visto las noticias esa misma mañana en la que daban por desaparecida a Athena Richardson. Que se había cruzado con un Mercedes en la noche del martes y que la había visto en el asiento de atrás. Que incluso sus miradas se habían cruzado durante varios segundos. Y que no había ninguna posibilidad de equivocación porque la conocía bien: había trabajado para ella en una inauguración en la Tate Modern.

La inspectora la escuchó atentamente, tomando nota de todo cuanto explicaba. Después le contó que ella no llevaba el caso, que era Scotland Yard quien había tomado diligencias y que necesitaba su nombre y un teléfono de contacto por si querían hablar con ella directamente.

—De todas formas, tu relato es bastante claro. Pasaré nota de todo al Inspector Marshall, a quien conozco personalmente. Estoy convencida de que te llamará. Hasta donde yo sé, no tienen ni una sola pista sobre el paradero de esa chica. Y están convencidos de que no se ha ido por su propia voluntad. O al menos lo estaban. Hasta ahora. Tu testimonio podría ser de mucha ayuda para esclarecer este caso.

## CAPÍTULO 9

No pasaron ni veinticuatro horas hasta que Holly recibió no ya la llamada del detective Nick Marshall, sino directamente su visita, en casa. Su semana empezaba a arrancar el martes y después de un día de relax absoluto, quedar para comer con Ronnie, pasear por su librería y por su zona de Londres favoritas (Regent's Canal), tocaba ponerse las pilas y trabajar un poco. Se acercaba la sesión fotográfica de Teen Vogue, que era un cliente que le interesaba muchísimo y con quienes había colaborado en muy pocas ocasiones. Holly se vistió y se preparó un café mientras Asha pululaba de aquí a allá por el apartamento, recuperada ya de su migraña y lista para marcharse a la tienda de ropa de Brick Lane en la que trabajaba desde hacía unos meses.

Justo entonces llamaron a la puerta. Asha se sobresaltó. ¿Quién se presentaba sin avisar en casa de alguien en el siglo veintiuno? Eso solo pasa en las comedias americanas. Ya lista para marcharse y con el bolso colgado del hombro, la chica de origen indio abrió la puerta

—Detective Nick Marshall, de Scotland Yard. ¿Es este el domicilio de Holly Montgomery?

Asha se quedó petrificada ante la impresionante planta del inspector de policía. Debía medir un metro noventa y era bastante corpulento. Encima del labio lucía un bigote que le añadía algunos más de los cuarenta que debía rondar. Iba vestido con un traje de color *beige*, claro.

Al ver que la chica no reaccionaba, Marshall le mostró su placa. Holly se levantó y se asomó a la puerta.

—Yo soy Holly.

—Esto...yo ya me iba. He de ir a trabajar. Si no me necesitas...—murmuró Asha, lanzándole a Holly una mirada lastimera.

—Solo serán unos minutos. Vengo a hablar con usted —dijo Marshall—, respecto a una declaración datada de ayer mismo en la comisaría de Bishopslane.

—Pase, por favor, agente. Luego te veo, Asha.

El policía dio unos pasos y echó un vistazo al minúsculo salón donde cohabitaban las chicas.

—Siéntese, por favor.

—No le robaré mucho tiempo. Estoy ocupándome de la desaparición de Athena Richardson. A última hora de la tarde recibí una interesante llamada de la Inspectora Owen de la City of London, y me aportó su testimonio. Tan solo vengo a corroborarlo. Obviamente no tiene por qué saberlo, pero cuando se trata de una desaparición, y más de una de este calado, el caso pasa directamente a Scotland Yard. Quiero decir, que está en mis manos y en las de mi equipo.

—Oh, no tenía ni idea. En tal caso habría ido directamente a su comisaría.

—No, es lógico. Por suerte no nos encontramos en estas tesituras tan a menudo. Me refiero a usted, Holly. Yo me las encuentro más de lo que me gustaría.

Nick Marshall aceptó su velada invitación y se sentó en el sillón en el que Asha solía apalancarse para ver sus *reality shows* de la tele. Estaba hundido por su contundente trasero, por lo que no debía ser nada cómodo para el detective, dada su envergadura.

Holly respiró hondo y repitió la historia tal y como se la había contado la tarde anterior a la otra policía. Le detalló los hechos de forma cronológica: que salía de trabajar del Fox and Forest

y que se cruzó con el coche muy cerca de Liverpool Street a eso de la una. Marshall tomaba notas, pero no demasiadas. Era como si hubiera memorizado el informe que sin duda ya le había llegado desde Bishopsgate.

—¿A qué hora termina habitualmente de trabajar, Holly?

—A las doce, aproximadamente. A veces nos entretenemos, o tomamos algo con mis compañeras.

—Si vio el coche a la una, y apenas hay veinte minutos a pie desde Cannon Street, imagino que esa fue una de esas noches en las que se entretuvo con alguien.

—Sí, creo recordar que sí.

—¿Se quedó un rato con sus compañeras de trabajo?

¡Maldita sea! ¿En qué momento había decidido ser una buena ciudadana y dar parte de lo que había visto? Aquella visita a traición no le había gustado un pelo. Ni siquiera había tenido tiempo de vestirse en condiciones. Aún llevaba puestos los *leggings* negros y una de las camisetas gigantes que utilizaba para dormir.

—Sí, correcto.

—Me interesa sobre todo el gesto de Athena, en el coche. Su expresión. Hemos corroborado que a la hora que usted dice pasó por esa esquina un Mercedes negro, pero por desgracia no tenemos la matrícula. O al menos todavía no. Diría que estaba tranquila, relajada...¿o angustiada?

—No tengo ni idea. Más bien un gesto neutro.

—Y le contó a mi compañera que usted conoció a la señora Richardson hace unos meses.

—Sí, soy fotógrafa. Me contrataron para hacer fotos en uno de los eventos que ella organizaba. Pero apenas hablamos un momento, solo me dijo lo que necesitaba y me dejó hacer mi trabajo. Ella estaba muy ocupada atendiendo a los invitados.

—Ya entiendo —dijo el policía, cerrando con un gesto rápido y certero la pequeña libreta en la que había hecho algunas anotaciones—. Ha sido de una gran ayuda. Inmensa, diría.

—Entonces, ¿creen que se ha ido por voluntad propia?

—Es probable. En estos casos lo más apropiado es buscar en su entorno. La gente más próxima a ella suele aportarnos las pistas más fiables. Un amigo cercano, un colaborador o un empleado, su pareja...

Holly se estremeció.

—¿Su pareja?

—Sí, estamos investigando qué hizo esa noche el señor Julian Danvers, por supuesto. Dejo caer su nombre porque, en fin, tengo entendido que ambos son bastante conocidos en ciertos círculos sociales de esta ciudad. No es ningún secreto que estaban haciendo preparativos para su boda.

—¿Estaban?

—Al parecer el compromiso estaba a punto de romperse...

De repente Nick Marshall cerró la boca, como si se hubiese dado cuenta de que estaba hablando demasiado.

—Vaya. Pero sí, tiene toda razón con respecto al círculo cercano. Trabajé casi dos años como abogada novata y tuvimos un caso similar. El marido estaba implicado en la desaparición de su esposa y...

—¿También es abogada?

—Estudié derecho. Pero no era lo mío.

—Abogada, fotógrafa y camarera. Es usted una caja de sorpresas —dijo, poniéndose en pie.

—¿Es todo? —preguntó Holly.

—No lo sé. ¿Es todo?

El detective Marshall la miró fijamente a los ojos y acto seguido, reformuló su pregunta. Había sonado demasiado imperiosa.

—Quiero decir, ¿hay algún detalle que no me haya contado que pueda ser relevante?

Mierda. ¡MIERDA! ¿Estaba metiéndose en un lío si le contaba que había pasado un rato con Danvers justo a la salida del trabajo y antes de que, presuntamente, su novia desapareciera?

—Nada que yo recuerde.

—Perfecto. Si recuerda algún detalle, puede llamarme directamente a este móvil. A cualquier hora del día o de la noche —contestó Marshall, extendiendo una tarjeta.

—Descuide. Lo haré.

—Muchísimas gracias por su ayuda, Holly. No le quepa duda que ha hecho lo correcto. Ojalá todo el mundo en este país fuese como usted.

Holly lo acompañó hasta la puerta.

—Yo tengo el suyo. Su número, quiero decir. Dudo que sea necesaria otra visita, pero la llamaré si tengo alguna pregunta más, ¿de acuerdo?

Asintió. De repente sentía que se le escapaba el control de la situación. Había querido pasar de puntillas, sin implicarse, y sobre todo sin arruinar la posibilidad de que los caminos de Julian y de ella volviesen a cruzarse. No le deseaba ningún mal a Athena Richardson, por supuesto, pero lo cierto era que había ido a aportar su testimonio solo porque sentía que era lo que tenía que hacer. Y ahora resulta que podría acarrearle algún problema por no haber sido más clara y haber dicho lo que tal vez aquel inspector ya sabía: que entre la hora del cierre del Foxy y el momento en que había visto a Athena en el coche había estado con el novio de la desaparecida.

Julian no tendría de qué preocuparse si Marshall insistía en hurgar en su relación y en sus agujeros negros. Holly era su coartada.

## CAPÍTULO 10

Julian Danvers contempló el ajetreo de la City a través de la enorme ventana del Café Cairo, a unos diez metros de la puerta giratoria que daba acceso principal al edificio de la NatWest. Se había concedido media hora de descanso durante el mediodía del jueves para tomar un café con su amigo Tommie, a pesar de que en los últimos días estaba evitando todo contacto humano que no fuese absolutamente necesario. En aquel caso, Tommie lo era. No se le ocurría nadie mejor para extraer unas palabras de consuelo, o de ánimo, o hasta alguna de las estupideces con las que lo hacía reír a menudo.

A pesar del férreo placaje que Susan estaba practicando, haciendo de filtro de todas sus llamadas y no permitiendo que nadie se acercara a su despacho si no era absolutamente necesario, se sentía culpable por el simple hecho de acudir a su oficina por las mañanas.

El cabreo de los Richardson, sus (ex) suegros, era más que palpable. No podían entender por qué no estaba buscando a su prometida con todo el ahínco del mundo. Él les había dicho que había puesto la denuncia y que estaba colaborando en todo lo que aquel detective, Nick Marshall, y su equipo requiriesen. Pero le había dicho muy claramente a Cynthia que no pensaba quedarse en casa esperando a que Athena regresase por su propio pie. Porque con el paso de los días, y pasado el susto inicial, había acabado por convencerse de que su querida ex prometida se había evaporado por voluntad propia.

Tommie Wightmore entró en ese instante en el Café Cairo, arrancándolo de sus tóxicas ensoñaciones al instante. Julian se levantó para saludarlo, en uno de esos semi abrazos que acaban con sendas palmadas en sus respectivos trajes de Armani. El local estaba bastante animado, como todos los mediodías. Desde que había entrado, Julian notaba las miradas de varias chicas, apostadas en algunas de las elegantes mesas negras. La mayoría almorzaba en pequeños grupos o bien solas, conectadas a sus smartphones a través de unos auriculares y absortas en el que contenían que les ofrecían sus dispositivos, pero sin perder ni un detalle del vaivén de la cafetería.

Julian Danvers estaba más que acostumbrado a las miradas femeninas. Pero no era ningún ingenuo. Sabía muy bien que la atención extra que estaba recibiendo en esos días era por sus apariciones en la prensa, debido a la fuga de Athena. Porque para él, y más desde la llamada de Nick Marshall durante la noche anterior, se trataba de una fuga en toda regla. Por eso no pensaba encerrarse en Newington hasta que a ella le diese por reaparecer.

—¿Cómo va todo, Danvers? —le preguntó Tommie, tratando de capturar su atención.

Se sentó delante de él y de espaldas al resto del local, apoyando la barbilla en la mano derecha y observándolo intensamente. Habían hablado bastante por teléfono en los últimos días. Desde luego habían hablado más que en los últimos tres meses. Tommie estaba poniendo en marcha su enésimo negocio y se había dejado absorber bastante por el trabajo.

—Pues al parecer, se confirman mis sospechas. Ayer me llamó el detective que lleva el caso

de Athena. Atención, porque no te lo vas a creer. Una testigo la sitúa en un Mercedes negro a la una de la madrugada del martes.

La sonrisa se borró del rostro de Tommie al instante.

—¿Una testigo? ¿Quién?

—No me lo ha querido decir. Alguien que la ha reconocido a raíz de ver su foto en la prensa, parece ser. Iba acompañada. Ella no conducía, por supuesto.

Tommie lo observó, como si estuviera midiendo sus palabras.

—¿Qué te hace pensar que se ha marchado por voluntad propia?

—Bueno, ella nunca me habló de ese tema, pero Cynthia me dijo que cuando era una adolescente solía escaparse de casa durante varios días...

—¿Y? No sé, Julian. Es que no me cuadra —reflexionó Tommie en voz alta—. Obviamente tú la conoces mejor que yo, pero, ¿por qué alguien como Athena iba a marcharse de manera repentina, en mitad de la noche, sabiendo la importancia que le da a su trabajo? No creo que ella aprobase salir en la prensa como desaparecida. No sé, no parece su estilo.

Una camarera trajo dos cafés solos, interrumpiendo la conversación momentáneamente. Eso le hizo pensar de nuevo en Holly. Cada vez se colaba en su mente más a menudo.

—Sí, no es propio de ella. Pero de repente es como si no la conociese, ¿sabes?

—Pero eso no te afecta, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—¿Recuerdas hace un mes y medio cuando nos vimos para jugar a tenis? Te invité a que vinierais a casa a cenar conmigo y con Joy y me dijiste que era una pésima idea. ¿Sigues pensando en dejarlo con ella? Me dio la sensación de que no estabas muy convencido...

—No. No. La decisión ya estaba tomada. Lo está, de hecho. Iba a hablar con ella la misma noche en que desapareció. O más bien a la mañana siguiente. Recuerdo que pensé que era mejor no tener esa conversación antes de dormir...

—Y ahora es como si no hubieses podido solucionar el problema y ya no estuviese en tu mano.

—Exacto.

—Danvers, espero no estar metiéndome en lo que no deba pero, ¿acaso hay otra?

Holly saltó de nuevo en su pensamiento como un resorte, y empezaba a ser preocupante, teniendo en cuenta que era la camarera de un bar al que había ido solo a tomar una cerveza y con la que había dado un paseo. Nada más. Y sin embargo, en ese momento Julian Danvers se dijo a sí mismo que iría de nuevo a verla. Le importaba una mierda que alguien de la prensa lo viese en un bar mientras Athena seguía desaparecida. Lo único que sabía a ciencia cierta era que tenía que ver a Holly de nuevo.

Y en cuanto a Tommie, lo notaba algo raro. ¿*Acaso hay otra?* Jamás hubiese imaginado que una pregunta de ese tipo saldría de su boca. Simplemente, nunca hablaban de esas cosas. No tenían ese tipo de conversaciones, a pesar de que sabía de buena tinta que *Tommie boy* lo aprobaría. No era el tipo más fiel del mundo, ni tampoco el más disimulado, y o Joy estaba ciega, o miraba regularmente hacia otro lado. Y sobre todo teniendo en cuenta el tipo de negocios en los que andaba metido últimamente.

—Creo que va siendo hora de regresar a la oficina. ¿Ves aquel tipo de allí? —indicó Julian, apuntando a alguien que había apostado junto a la calle.

—¿El de la chaqueta azul?

—El mismo. Es un fotógrafo de *The Sun*.

—Malditos tabloides. No sé cómo aguantas esta mierda, Danvers.

—No lo hago. Apenas he pisado la calle hasta ayer; cuando decidí que tenía que seguir con mi



vida, ir a la oficina... Esas cosas.

Se levantaron y se dirigieron a la barra, donde Julian pagó los cafés a la misma camarera que se los había traído.

—¿Quieres que te ayude a buscarla?

—¿A Athena?

—Sí. No sé. Me refiero a que si tienes la más mínima idea de dónde podría haber ido y quieres que hagamos un viajecito en coche, puedo arreglarlo para ir contigo.

—No sé, tío. Creo que es mejor dejarlo en manos de la policía. Entiéndeme. Quiero que aparezca sana y salva, pero supongo que por distintos motivos de los que cualquiera podría imaginar.

Salieron a la calle en Old Broad. El tipo que hacía guardia cerca del restaurante se acercó un poco a Julian, cámara en mano, pero se quedó lo suficientemente lejos como para no poder partirle la cara. Estaba harto de esos cabrones de la prensa. Él era la quintaesencia de la discreción. Nadie sabía nunca nada de él, no tenía redes sociales, no se dejaba ver demasiado. A veces se lo comentaba en broma a Susan, pero le encantaba crear esa especie de misterio en torno a él. Y lo hacía con todo el mundo, con sus clientes, con sus pocos pero selectos amigos. Incluso con su familia.

—Te acompaño —le dijo Tommie.

—No te preocupes. No necesito guardaespaldas —contestó Danvers, a la defensiva. No quería decírselo, pero no le había gustado que le preguntase si tenía algún otro lío. Había algo raro en Tommie ese día.

—De acuerdo. Te doy un toque esta semana, Danvers. Y, por favor, llámame tú si te puedo echar un cable con algo. Cuídate, tío.

Se despidieron en la puerta de entrada de la Torre 42, también conocido como edificio NatWest. Julian se dirigió directamente a los ascensores, aliviado de dejar atrás al pesadísimo fotógrafo. A veces malpensaba que era cosa de su suegro, alguno de sus tejemanejes para sacarlo de sus casillas. El señor Richardson se había jubilado hacía unos años, pero mantenía algunos negocios en un gran grupo de comunicación. Si él hubiese querido que lo de su hija no trascendiera a los medios, nadie se habría enterado de nada. Tal vez debería tener una conversación seria con él en los próximos días.

Llegó a la planta veintiséis en apenas unos segundos y ya desde el vestíbulo pudo leer el gesto de preocupación en el rostro de Susan. Cuando había salido para tomar un café con Tommie ella estaba en su hora del almuerzo, por lo que no había podido avisarla de que se ausentaría un rato. No llevaba el móvil encima, como casi siempre, y se había olvidado por completo de dejarle una nota a su secretaria para anunciar que solo estaría fuera una media hora. Se acercó a su mesa.

—Salí a tomar un café con Wightmore. ¿Todo bien por aquí?

—Sí. McKinney ha llamado para comentar contigo algunos detalles de su informe.

—Perfecto. Le devolveré la llamada.

Ya se retiraba de espaldas hacia su despacho cuando Susan lo reclamó de nuevo para que no se marchase. Tenía algo más que decirle.

—¡Julian, espera!

—¿Sí? —se acercó de nuevo a su secretaria.

—Tienes una visita. Te espera en el pasillo.

Julian bajó la voz.

—¿Una visita? Ahora mismo no tengo tiempo para...

—Es el detective Marshall —lo interrumpió—. No he sabido decirle dónde estabas, así que le he dicho que probablemente habías salido a comer fuera y que regresarías en un rato. Ha insistido en esperarte ahí...

Enarcó las cejas, sorprendido. Era la segunda vez que venía a verlo, pero la primera que se presentaba sin avisar.

—Lo siento, te he llamado al móvil pero ha saltado el buzón de voz...

—Sí, no te preocupes. Lo he dejado en el despacho. Tranquila Sue, hablo con él ahora mismo. Espero que me traiga buenas noticias, para variar.

La secretaria contempló a Julian mientras se perdía al fondo del pasillo que conducía hasta su despacho. Al fondo, junto a una de las salidas de emergencia de la planta veintiséis, lo esperaba el detective Nick Marshall. Lo que intrigaba a Susan —y de hecho era algo en lo que llevaba unos días pensando—, era por qué Julian, si realmente esperaba tanto esa buena noticia, jamás llevaba su teléfono móvil encima cuando salía a la calle. Era un chico demasiado raro para ser tan atractivo.

## CAPÍTULO 11

—Me alegro de verle, Nick. Disculpa, había salido a tomar un café. No hacía falta que me esperases —dijo Julian, extendiendo la mano al inspector de Scotland Yard.

Intentó sonar distendido, pero no, no se alegraba en absoluto. Desde el primer momento en que se vieron se había sentido incómodo en su presencia. No le gustaba la forma en que Marshall lo miraba, como si él fuese su principal objetivo.

—Sí, ya me ha informado su secretaria. Realmente no me importaba esperar. Nuestras oficinas están muy cerca.

—Ya. Habría pasado a verlo enseguida por allí.

—Me ha dicho la señora Laymon que no suele llevar el teléfono encima...

—Solo he estado fuera veinte minutos...Lo dejé en mi mesa.

Julian observó cómo algunos de los miembros de su equipo los miraban desde distintos puntos de la oficina, al otro lado del pasillo. Todo el mundo en la Natwest parecía ya estar muy al tanto de su situación personal, y de quién era exactamente aquel corpulento policía.

—Pasemos a mi despacho y hablamos tranquilamente —murmuró.

El móvil parpadeaba sobre su enorme mesa de trabajo, junto al teclado. Tenía dos llamadas de Susan y una de un número desconocido.

—He sido yo quien ha llamado a su móvil.

—Ya veo. No habrá tenido que esperar mucho rato entonces— dijo Julian, comprobando la hora exacta de esa llamada.

—Si me permite la recomendación, Julian, no descuide su teléfono móvil. Yo también odio estos aparatos...pero creo que en estos días sería interesante que estuviese localizable en todo momento, por si se produce alguna novedad.

Julian lo miró fijamente. No. Aquella visita no le gustaba ni un pelo. Ni tampoco le gustaba aquella sugerencia que sonaba a orden.

—¿En qué puedo ayudarle, Nick?

—Como ya le expliqué, tenemos un testigo que sitúa a Athena Richardson en un coche Mercedes de color negro el martes a la una de la madrugada, en una de las calles adyacentes a Liverpool Street.

—¿Han encontrado ya el coche?

—No, todavía no. Sin embargo, necesito que repasemos de nuevo lo que hizo usted esa noche, desde el momento en que salió de la oficina, después de cenar aquí mismo, sobre esta mesa, según me contó.

Julian se echó hacia atrás en la silla, apoyando la nuca en las palmas de sus manos, visiblemente contrariado.

—No entiendo, Nick. ¿Acaso sospecha de mí? Creo recordar que se lo detallé todo bastante. ¿Tal vez debería llamar a mi abogado?

—No, si no le detenemos. Y no voy a hacerlo, porque no estoy preocupado por usted. Solo le pido un poco más de colaboración, y así despejar más el camino. Como le decía oodría haber

resuelto esto por teléfono, si lo hubiese localizado hace un rato...

—Ayer le conté lo que me había revelado Cynthia, la madre de Athena, por teléfono. Me dijo que no era la primera vez que desaparecía...Que se había marchado de casa en varias ocasiones desde que era una adolescente. Algo que a mí ella nunca me ha contado, por cierto.

—Sí, sí. Lo sé. Y tengo una conversación pendiente con la señora Richardson. Pero también he hablado con...—hizo una pausa para mirar un nombre garabateado en su trilladísimo cuaderno —...Rachel. La becaria que trabaja con Athena. Ella insiste en que es muy poco propio de ella faltar a una cita de trabajo sin avisar.

Julian resopló.

—Está bien. Por supuesto que quiero colaborar. Es del interés de todos que aparezca lo antes posible. Sin embargo, como ya le dije ayer, creo que está más en su mano que en la nuestra, o en la de Scotland Yard, en este caso.

—Necesito revisar qué hizo exactamente al salir de la oficina, después de la videollamada con Athena —insistió Marshall.

No iba a sacárselo de encima hasta que no le dijese la pura verdad.

—Fui hacia casa. Caminando. Le había dicho a Athena que no me esperase despierta. Y decidí entrar en un pub a tomar algo. Envié un mensaje a un amigo por si por casualidad aún estaba en su despacho y quería acompañarme y pasarse por Cannon Street. No tenía previsto entretenerme demasiado, pero el caso es que...el ambiente era agradable y me quedé casi hasta la hora del cierre. Una hora y algo más tarde.

—¿La hora en que llegó a su casa?

—Tal vez eran las dos y media. Fui dando un paseo.

—Ya veo. Y me dijo que al llegar no fue directamente a ver si Athena estaba durmiendo, sino que se quedó en el sofá de la planta de abajo.

—Correcto. No quería despertarla. Así que me tumbé en el sofá y me dormí. Por tanto no comprobé si estaba en ese momento en casa, pero entiendo que si una hora antes alguien la vio en un coche en dirección este, es imposible que estuviese ahí, durmiendo.

Nick Marshall cerró la libreta y se recostó en la silla. *Dios, ¿cuánto tiempo piensa quedarse?*, pensó Julian.

—Solo hay algo que no me cuadra. Tal vez pueda aclarármelo. Si el pub que mencionó, el Fox and Forest, cierra a las doce, y llegó a su casa un poco antes de las dos y media...

—Tal vez eran las dos y cuarto.

—Bien. Las dos y cuarto. ¿Qué hizo en todo ese rato? Porque no hay dos horas de camino desde Cannon Street hasta Newington.

Julian lo observó con un gesto de evidente disgusto.

—No. Me quedé hablando un rato con una de las camareras del pub.

Nick Marshall lo observó.

—¿Podría decirme el nombre de esa camarera?

—Holly.

—¿Cuánto tiempo estuvieron hablando? ¿Una hora, aproximadamente?

—Sí, algo así. Dimos un paseo por London Bridge y luego la acompañé hasta que cogió un taxi. Ella se marchó, y yo seguí mi camino hasta Newington.

El policía se quedó pensando durante unos segundos.

—¿Se conocieron esa noche?

—Así es.

—Supongo que en un momento dado, si necesitase verificar las horas, podría localizarla y hablar con ella.

—Supongo. Y ahora si me disculpa, señor Marshall, tengo trabajo. ¿Necesita algo más?

El detective se levantó como un resorte, captando al instante que su tiempo allí había terminado.

—Bien. Nada más, por el momento.

—Para cualquier cosa, tiene mi teléfono móvil —dijo Julian, levantándose y recuperando al momento su infalible sonrisa.

Lo acompañó hasta la puerta de cristal de su despacho, y cuando el policía salió la cerró con demasiada intensidad. Holly, otra vez en su pensamiento, y por primera vez en muchos días, también en sus labios. Era la primera vez que pronunciaba su nombre en voz alta, y con solo mencionarla se había sentido mejor, mucho mejor, a pesar de notar el aliento de Nick Marshall en su nuca.

## CAPÍTULO 12

Eran las nueve y media de la noche del viernes y aún así Holly se tomó de un solo trago un café *expresso* que llevaba mareando en la mano un buen rato, mientras intentaba que se enfriase un poco. Se lo acababa de preparar Michelle, una de sus compañeras habituales del fin de semana tras la barra del Fox and Forest, no sin un pequeño gesto de disgusto cuando vio que Holly no estaba muy animada para alargar la noche. A veces salían juntas el fin de semana a tomar una copa. Les gustaba coger un taxi y dar una vuelta por el Soho algunos viernes o sábados a la salida del trabajo.

—Triste —le dijo Michelle—. Es muy triste que hoy que Clive no nos honra con su presencia no te animes a tomarte un cóctel conmigo.

Holly se rio.

—Lo que necesito es espabilarme, no emborracharme. No te imaginas la semanita que he tenido.

—¿Y eso? ¿Me he perdido algo interesante estos días?

Una cosa bastante divertida de trabajar los fines de semana con Michelle era que, a pesar de que se llevaban genial y disfrutaba mucho saliendo con ella de vez en cuando al acabar su turno en el Foxy, durante la semana no tenían ningún tipo de contacto. Ambas eran las “camareras oficiales del viernes y el sábado”, así que salvo que alguna de las otras chicas se pusiera enferma durante la semana, jamás coincidían de domingo a jueves. Y por tanto siempre tenían novedades que contarse cuando llegaba el fin de semana.

Lo primero que le vino a la cabeza a Holly, obviamente, era esa nueva constante en su vida llamada Nick Marshall. Aún estaba en shock por la llamada que le había hecho el inspector de Scotland Yard durante la tarde del jueves, justo después de trabajar durante casi diez horas en la editorial de moda de Teen Vogue que casi acaba con su paciencia.

Como siempre que se embarcaba en una sesión de fotos, Holly se concentraba al máximo en su trabajo y dejaba el teléfono bien guardado en el bolso. Aquella tarde, cuando salió del viejo almacén de Brixton donde estuvo haciendo fotos a un grupo de adolescentes alborotadas, se encontró con tres llamadas perdidas de un número que no tenía registrado. No esperaba noticias concretas de nadie, pero siempre devolvía las llamadas por si se trataba de algún trabajo de fotografía.

Cuando llamó al número que aparecía en su listado de llamadas perdidas se sorprendió al escuchar una voz femenina que decía “Scotland Yard, buenas tardes”, al otro lado de la línea. Colgó al instante, como si hubiese escuchado una maldición y el teléfono estuviese de repente en llamas. ¿Quién le habría mandado meterse en aquel lío?

Por una cuestión de probabilidad, la persona que trataba de localizarla no podía ser otra que el inspector Marshall. ¿Qué demonios querría ahora? Ella ya había cumplido con su cometido de buena ciudadana. Aquel condenado asunto de Julian Danvers la perseguía ahora casi todos los días, por si no fuera poco pensar en la despedida que ambos protagonizaron junto a la puerta

abierta del taxi.

De camino a casa, mientras caminaba ya del metro a su apartamento en Hackney, el teléfono volvió a sonar. Y esta vez sí, Nick Marshall logró dar con ella. Holly se detuvo en un banco y escuchó perpleja lo que el policía tenía que decirle.

—Necesito corroborar una información —le había dicho—. Se trata de Julian Danvers. He tenido una conversación informal con él hace tan solo un rato. Está colaborando con nosotros en la investigación que afecta a Athena Richardson. Le pregunté dónde estuvo la noche antes de su desaparición entre las doce y la una y media aproximadamente. Me ha dicho que estuvo charlando con usted, Holly. Necesito saber si es cierto. Habría sido interesante que me lo mencionara el día que fui a visitarla a su casa. Que conocía al señor Danvers, quiero decir.

Bum.

Holly guardó silencio. *Mierda*. Tendría que haber sido un poco más lista. Si Julian Danvers estaba mínimamente en el punto de mira —y era lógico, pues era una de las últimas personas con las que Athena habló antes de esfumarse— debería haberle dicho abiertamente a Marshall que había estado un rato con él al terminar su turno en el pub aquella noche. Era un tipo inteligente. Estaba claro que antes o temprano, si hacía bien su trabajo, lo iba a saber.

No tenía ningún sentido negarlo a esas alturas, obvio.

—Lo que le ha dicho el señor Danvers es correcto —le dijo Holly, notando como su mano derecha temblaba ligeramente al sujetar el teléfono—. Fue uno de los clientes de esa noche en el Fox and Forest, el pub en el que trabajo. Charlamos un rato mientras se tomaba un par de cervezas y continuamos la conversación cuando terminé mi jornada.

—Ya veo. ¿Puede confirmarme la hora en que se despidieron?

—Debía de ser la una o una y cuarto.

—Pero él me dijo que usted cogió un taxi. Sin embargo, en el testimonio que nos aportó nos indicó que cuando vio el Mercedes en el que iba Athena, estaba caminando hasta su casa en Hackney.

—Todo es correcto. Cogí un taxi, pero luego pensé que me apetecía caminar un poco. Así que pedí al taxista que parase y seguí mi camino a pie.

Nick Marshall suspiró. Hubo una pausa en la conversación, como si tomase notas.

—Perfecto, Holly. Eso era todo. Gracias de nuevo por su colaboración. De nuevo, me habría gustado saber que usted también conoce al señor Danvers, aunque haya sido en un encuentro tan...casual.

—Ya. A mí no me pareció tan relevante —dijo Holly fríamente—. Al fin y al cabo solo supe luego que él estaba relacionado con Athena, porque son, digamos...conocidos en ciertos ámbitos de la ciudad.

No había demasiada escapatoria, pero Holly tenía claro que no quería seguir con aquella conversación.

—Si me disculpa, señor Marshall, he de hacer unas compras esta tarde antes de que cierren el supermercado. Terminó ahora de trabajar.

—¿En el Fox and Forest?

—No. Tenía una sesión de fotos.

—Ah, sí. Cierto. Es usted fotógrafa. Gracias de nuevo, Holly. Espero que con lo que nos ha aportado hasta el momento esto sea todo.

Colgó el teléfono, bastante mosqueada consigo misma. Por su empeño en colaborar con Scotland Yard, había quedado como una mentirosa que había ocultado su encuentro con Julian

Danvers. Y probablemente Nick Marshall no tenía ni idea de por qué, pero para ella estaba más que claro. ¿Qué habría pasado si, esa noche, Julian se hubiese subido al taxi con ella y la hubiese acompañado a casa?

—¡Holly! —exclamó Michelle, chasqueando los dedos delante de su cara—. ¡Despierta! ¿Has escuchado algo de lo que he dicho en los últimos cinco minutos?

Volvió bruscamente a la conversación con su compañera de barra. Se había quedado ensimismada, pensando en la charla telefónica con el detective. Lo cierto era que no le apetecía contarle a su compañera sus líos policiales de los últimos días.

—Ah, sí. Esta semana. Hice una sesión de fotos para Teen Vogue —le dijo.

Holly empezaba a pensar que no era tan mala idea servirse medio cóctel, para animar un poco la noche. El pub estaba todavía bastante vacío.

—Ya... Teen Vogue.

Ya eran muchos meses trabajando codo con codo con Michelle para reconocer a leguas su sonrisa irónica.

—¿Qué pasa, no me crees?

—Por supuesto que sé que tu carrera fotográfica ya está despegando y temo que pronto nos abandones. Anoche trabajé con Sarah y me contó algo interesante.

Holly ya sabía lo que le iba a decir, pero la dejó hablar. Sarah era una cotilla, básicamente.

—Sorpréndeme.

—Me habló de tu nuevo ligue. Un tío buenísimo que te vino a buscar la semana pasada.

Se acercó para enjuagar la taza en la que se había servido el café.

—Para empezar, no me vino a buscar. Y segundo, si hubieses venido el fin de semana pasado te lo hubiese contado yo misma, sin necesidad de crear este halo de misterio que a Sarah le gusta aportar a cualquier tontería.

Michelle la miró con la boca abierta.

—¿Qué bien hablas, tía! De todas formas, te recuerdo que la semana pasada estaba de despedida de soltera “detox” en District Lake. Así que ponme al día.

La azotó con una de las balletas que usaban para limpiar la barra. Lo de despedida de soltera “detox” solo podía salir de la inconexa mente de Michelle Donaghue.

—¿Qué es lo que te dijo esa chismosa exactamente?

—No demasiado. Que un macizo con pinta de motero se aposentó en tu lado de la barra, él solito, y que te dio conversación. Que nunca lo había visto por aquí. Que te siguió al baño y que al final de la noche te fuiste con él a la salida en dirección London Bridge.

Todo eso era cierto, y sin embargo nada había sucedido como Sarah muy probablemente había imaginado. De todas formas, ¿por qué molestarse en desmentirlo?

—Veo que no se perdió detalle.

—¿Entonces es cierto? ¿Estás saliendo con él? ¿Lo conozco? Ya sabes, Holly, que es algo que no entiendo muy bien, pero me encantaría verte con un tío que te encante. Y tú a él, por supuesto. Se está muy bien soltera y eso, pero tal y como me lo describió... Yo le daría una oportunidad al tema. Y más teniendo en cuenta el montón de impresentables de la City que tenemos por clientes.

—Veamos. El reporte que ella te pasó es bastante exacto. Sin embargo he de decirte que no pasó nada. Era un tipo agradable, eso es todo. Se sentó a tomar unas cervezas, charlamos un rato y luego dimos un paseo por el puente. Si te digo la verdad, yo solo creo que se sentía un poco solo. Y debo reconocerlo: le di conversación porque era guapo.



Dos tipos se acercaron un momento a la barra a pedirle dos Jack Daniels con hielo a Michelle.

—Bueno, ¿y cómo era? Hazme soñar, como la princesa Disney que soy —dijo Michelle, seguido de un profundo suspiro—. ¿Volverás a verlo?

Holly se encogió de hombros. Al menos por aquel momento, era mejor no entrar en muchos detalles con respecto a Danvers. Con un poco de suerte, la llamada de Nick Marshall para corroborar su coartada sería la última vez que oiría su nombre. Le molestaba reconocer que estaba distraída, despistada. Soñaba despierta más a menudo de lo normal y su mente parecía vagar hasta ese beso.

Ese maldito beso junto al taxi.

—¿Y bien? —preguntó Michelle, impaciente.

Los dos tipos del Jack Daniels cogieron sus consumiciones y se largaron a una de las mesas de madera del fondo de la sala, a seguir hablando de sus negocios, algo que los clientes del Fox and Forest no dejaban de hacer ni un viernes por la noche.

Holly encaró a Michelle. ¿Por qué estaba tan pesada e insistente esa noche? Dio la espalda al resto del local y se apoyó en la barra.

—Alto. Rubio, con el pelo muy corto. Ojos azul grisáceo. Mandíbula potente, así como muy marcada. Labios carnosos, de esos que dan ganas de besar, ¿sabes? —cogió el ron con cola mini que Michelle en esos momentos le alargaba—. Demasiado buen gusto vistiendo para lo que se estila por aquí. Pantalón negro, cazadora de cuero, camisa remangada, diría que de color claro, de cuadros. Brazos definidos de gimnasio seguro, o de cortar leña a hachazos los fines de semana en la campiña. Y eso es todo, diría. Realmente no sé por qué de repente te has obcecado con este tema.

—Qué superficial eres, tía. ¿Solo me cuentas sus atributos físicos?

Si hubiese tenido la bayeta a mano se la habría lanzado de nuevo.

—En el poco rato que hablamos cuando él levantaba la vista de su móvil es lo poco que pude apreciar.

—¿Y durante vuestro paseíto?

Holly abrió la boca para soltarle una fresca a su compañera, pero la volvió a cerrar cuando el rostro de Michelle se desencajó por momentos. Reprimió severamente el impulso de girarse de golpe cuando le dijo:

—De todas formas, la descripción que has hecho encaja bastante con el tío que acaba de entrar por la puerta.

## CAPÍTULO 13

Julian Danvers acababa de entrar en el Fox and Forest y no solo capturó la atención de las dos camareras, especialmente de la que venía a ver, sino de prácticamente la totalidad del local. Y las razones podrían ser varias: la primera y la más evidente, su poderoso atractivo, y ese aura propio de alguien que parece moverse con total seguridad aún estando fuera de su ambiente. Lo segundo, Julian Danvers seguía siendo Julian Danvers, uno de los emprendedores más admirados de la City. Un auténtico portento con los números, y por si fuera poco, dotado de un olfato incuestionable que los inversores se rifaban.

El hecho de que estuviese en un pub de Cannon Street un viernes por la noche era lo llamativo en este caso. Danvers tenía fama de elusivo y reservado. Pocos lo conocían a fondo y tenía los mismos amigos desde su época de estudiante, entre ellos Tommie Wightmore. El tercer motivo para que todos los presentes le echasen un vistazo en cuanto puso un pie en el pub fue que a aquellas alturas era difícil encontrar a alguien que no supiese lo que había sucedido con su prometida, Athena Richardson. La información respecto a su huida en mitad de la noche en un Mercedes aún no había trascendido. Pertenecía al sumario de la investigación.

Por tanto, para cualquier mortal que no fuese la familia directa o los encargados del caso en Scotland Yard, Athena se había esfumado. Y el hecho de que mientras tanto su novio estuviese solo en un pub un viernes por la noche no le dejaba en el mejor de los lugares.

Menos mal que a Julian Danvers le importaba más bien poco la opinión de los demás.

Se acercó a Holly con una sonrisa en los labios. Para ella, el resto del mundo incluidos Michelle y cada uno de los pingüinos del Foxy desapareció en ese instante de la faz de la tierra. Se acercó despacio al punto exacto, al otro lado de la barra, donde él se había acomodado, justo en el momento en que la intensidad de las luces del pub bajaba, acorde con el avance de la noche.

—Buenas noches, Julian.

Era la primera vez que lo llamaba por su nombre de pila. ¿Era eso posible? Él le sonrió, a pesar del gesto tenso con el que había accedido al local, y eso la desarmó al instante.

—Hola, Holly. ¿Qué tal estás?

—Estoy...bien. Ha sido una semana interesante —carraspeó un poco y se acarició la nuca.

Era obvio que Julian estaba al tanto de que ella sabía lo de la desaparición de Athena, pero no podían arrancar la conversación en ese punto. O al menos así lo sentía. Decidió en ese momento dejar el rumbo de la charla en manos de él. Michelle, desde el otro lado de la barra, no les quitaba el ojo de encima.

Julian se quitó la cazadora, la puso en el asiento y se sentó encima.

—Hay colgadores debajo de la barra —dijo ella, sonriendo.

—Una cerveza, por favor.

—Marchando.

Alejarse de él unos metros le vino genial para escaparse de su poderoso influjo. Para Holly, todo en aquella atracción demoledora que sentía estaba mal, lo sentía como algo turbio. Por

mucho que el corazón se le hubiese acelerado en cuanto él entró por esa puerta, su razón le decía que Julian Danvers no era un hombre libre. No hasta que, por fin, apareciese Athena. ¿Podría ayudar ella de alguna manera a localizarla?

En cuanto colocó la cerveza sobre un posavasos ante él, entendió que no estaba allí solo para relajarse y tomar unas pintas un viernes por la noche.

—Habría venido antes —empezó en tono de disculpa—, pero imaginas que he tenido una semana complicada.

—Lo sé. Lo sé. Siento mucho lo que ha sucedido. ¿Tienes alguna novedad?

Él la miró. Realmente no le podía recriminar nada a Holly, pero sí había algo que tenía que sacarse de dentro.

—Me habría gustado que me lo dijese a mí. En lugar de acudir a la policía. O al menos, contármelo a mí primero. Pero a pesar de todo quiero darte las gracias. Por eso he venido esta noche.

Hizo una pausa para comprobar si ella sabía a qué se refería. No quería que se sintiera culpable, porque ni siquiera habían intercambiado sus números de teléfono aquella noche cuando pasearon por London Bridge. La verdad era que no le podía recriminar nada a Holly Montgomery.

—Supongo que hice lo correcto y lo más práctico. Lo siento, no tenía manera de localizarte.

Él se rio y con ello le quedó claro que no estaba enfadado.

—Tus habilidades con el Google demostrarían todo lo contrario —contestó.

—Ya. Julian... ¿Has hablado con Nick Marshall? Porque me llamó ayer para que confirmase tu coartada.

—Como abogada, Holly, no deberías de usar la palabra “coartada” tan a la ligera. No estoy acusado de nada. Ni siquiera me están investigando.

—Pues Nick Marshall vino a verme personalmente. A mi casa. Y yo diría que no estaba dispuesto a dejar ningún cabo suelto.

—Lo siento mucho.

—¿Qué es lo que sientes?

—Que esto te haya importunado. Hiciste lo que debías. Te lo agradezco. Solo espero que se solucione pronto.

A Holly no se le escapó que en ningún momento él deseó que ella apareciese. O al menos no lo manifestó. Solo quería que “se arreglaran las cosas”.

—Tal vez hay que verlo de otra manera. Gracias al Inspector Marshall nos hemos encontrado hoy de nuevo —contestó Holly, diplomática.

En ese momento, justo cuando la conversación entre ambos empezaba a fructificar, entraron varios grupos en el Fox and Forest, por lo que Holly se apartó momentáneamente de Julian y se afanó en atender a todos los que se iban acercando a pedir a la barra. Hubo un momento en que Michelle se acercó para ver si necesitaba ayuda, pero Holly le dijo que todo estaba bien. Le venía bien separarse por momentos de él y recapacitar un poco acerca de qué quería decirle.

¿Había alguna manera de enderezar aquella situación? ¿Alguna mínima posibilidad de conocerlo un poco más? Él parecía interesado, si su intuición no le fallaba. Pero las circunstancias no acompañaban lo suficiente como para intentar nada. Ella estaba libre, receptiva, y él...bueno. Julian Danvers tenía problemas que resolver.

Cuando los clientes le dieron un respiro, Holly se acercó de nuevo a él. Casi se había terminado la cerveza. Julian miró el reloj.

—¿Quieres otra? —le preguntó—. ¿O tienes prisa?

—¿Hoy también terminas a las doce?

Holly negó con la cabeza. Era viernes, el día más ajetreado en el pub, y su hora oficial era la una y media. Incluso las dos de la madrugada. A veces podían alargarse. Esa noche no estaba Clive para hacer el cierre, y eso solo significaba que sería Gordon, el dueño, quien se dejaría caer para cerrar el pub a última hora.

—Me temo que los viernes no hay una hora muy definida. Pero bastante más tarde, seguro.

—Entiendo. No voy a beber más hoy. Pero quería proponerte algo.

Athena, instintivamente, se acercó un poco más a él. Julian le propuso algo que la desconcertó:

—Como ves, por desgracia estos días llamo un poco la atención en cualquier lugar en el que estoy. Incluso este pub —echó una rápida mirada alrededor del bar. En efecto, justo dos o tres clientes parecían estar cuchicheando sobre él en aquel preciso instante.

Julian continuó hablando, con un tono de voz un poco más discreto:

—Quiero solucionar esto. Lo antes posible. Me refiero a la desaparición de Athena. No soporto tener un problema y no encontrar una salida lo antes posible. Me gustaría hablar contigo en un sitio más tranquilo y que me explicases exactamente qué viste. Cualquier detalle, absolutamente todo lo que recuerdes sobre el momento en que te cruzaste con ese coche.

Algo se quebró en el corazón de Holly. ¿Eso era lo que Julian pretendía? ¿Obtener la información, y ya está?

—Lo entiendo, Julian. Pero todo lo que vi ya se lo dije a Nick Marshall. No sé si debo seguir inmiscuyéndome en este asunto. Siento lo que está pasando, pero no sé si puedo ayudarte más.

—Por favor. Será solo un rato. Tal vez esta noche, cuando acabes, sería muy tarde para ti. Pero si no estás ocupada mañana por la mañana...

Julian sacó un boli de uno de los bolsillos de su chaqueta. Cogió una servilleta y garabateó una dirección. Cuando terminó, le extendió el papel en la barra.

—Vivo aquí. ¿Podrías venir mañana, cuando te despiertes? Estaré toda la mañana en casa.

Holly miró el papel, sin atreverse a cogerlo. ¿Qué pretendía Julian? ¿Ir a su casa? Su eterna alarma interior empezó a encenderse tímidamente. Era una sensación extraña y contradictoria. No había nada que le apeteciese más en ese momento que pasar un rato tranquilo a solas con él y desentrañar aquel misterio que representaba Danvers. Y no solo respecto a su novia desaparecida. Pero, ¿ir a su casa? ¿Un sábado por la mañana? Obviamente aquella propuesta no se parecía en nada a una cita.

—No sé, Julian...¿No es mejor dejar este asunto en manos de la policía?

—Me temo que Athena ha desaparecido por voluntad propia. Eres observadora y tal vez podrías ayudarme a encontrarla. He de zanjar todo este asunto lo antes posible y que todo vuelva a la normalidad.

No pudo evitar soltarlo:

—Me dijiste que era tu ex novia.

—Lo sé. Desde hace unos meses le daba vueltas al asunto. Quería, y quiero, deshacer ese compromiso. Pero necesito asegurarme de que ella está bien y de que podemos tener esa conversación. Siento mezclarte con esto, porque hay otra cosa evidente...

—¿El qué?

—Me gustaría conocerte un poco más. Y habría venido a decírtelo antes de no ser por...

—...la desaparición.

—Sí, exacto.

¿Qué hacer? ¿Qué hacer con él? ¿Por qué tenía la sensación de que por mucho que le apeteciese todo aquello no le traería más que problemas? Holly extendió la mano y echó un vistazo a la caligrafía pulcra y apresurada de Julian. Allí estaba, la dirección de su casa, y

también, presumiblemente el lugar exacto en el que el Mercedes negro habría recogido a Athena para llevarla hasta su paradero desconocido. No podía negar que a pesar de que Holly no era alguien a quien le gustase complicarse la vida, se moría de ganas por visitar aquella casa y observar cualquier detalle que a Nick Marshall le hubiese pasado por alto.

El hecho de que hubiese una cama en el mismo lugar en el que iba a estar Julian Danvers hizo que se estremeciera.

## CAPÍTULO 14

Newington no era una zona de Londres que Holly visitase a menudo. No estaba en ninguna de sus rutas habituales. Es más, últimamente había establecido su territorio, su base de operaciones, en esa zona tan impropia de ella, entre el sur de Hackney y la City, y costaba incluso animarla a que se dejase caer por el Soho, Camden o Regent's Park. Estaba cómoda en su zona de confort, y las monolíticas y silenciosas calles de Newington no pertenecían a ella.

Por suerte la noche no se había alargado en el Fox and Forest y Gordon apareció por el local a la una y media de la madrugada en punto. Apenas quedaban por allí ocho o diez clientes, que invitó a salir amablemente, deteniéndose a charlar un poco con ellos. Michelle aceptó resignada que esa noche no saldrían, pero entendió que Holly parecía dispuesta a aceptar la invitación “a desayunar” de Julian, así que la dejó marcharse a dormir sin insistir demasiado.

Y allí estaba, a las once de la mañana del sábado más raro que recordaba, plantada delante del número cincuenta y siete de Webber Street. Había salido del metro en Borough y descartado al instante la posibilidad de dar un paseo por el gran mercado de abastos, a pesar de que parecía un lugar perfecto para dar una vuelta, siempre animado a aquellas horas del fin de semana.

El edificio en el que vivía Julian era uno de esas moles de ladrillo rojo de poca altura, con grandes ventanales y, a buen seguro, exquisitamente diseñado por uno de los mejores despachos de arquitectura de la ciudad. En aquella zona había muchos antiguos edificios industriales rehabilitados y convertidos en modernísimas viviendas.

Mientras miraba embobada la fachada, sin animarse a llamar al timbre de la puerta que él había especificado en el trozo de servilleta que mantenía dentro del puño, hecha una bolita de papel, no pudo ver cómo él, el mismísimo Julian, se acercaba por la calle, con una bolsa de color marrón en uno de sus brazos.

—¿Admirando el edificio, Holly? Eres muy puntual.

Ella reaccionó enseguida al beso casual que Danvers le plantó en la mejilla y que hizo que se le erizara la piel.

—Creo recordar que no habíamos quedado a ninguna hora específica —repuso.

—Cierto. Pero ha sido acorde con mis cálculos, teniendo en cuenta la zona en la que vives, y la hora a la que, si nada se torció, te marchaste a casa.

—No lo tengo muy claro, teniendo en cuenta que justo cuando he llegado no estabas en casa —le replicó en tono irónico.

Lo siguió hasta la elegante puerta forjada de hierro negro. Empezaba a llover, pero eso no era ninguna novedad.

—En eso tienes razón —contestó Danvers—. Pero en mi defensa diré que he salido a comprar unos deliciosos *croissants* de mantequilla y frambuesa en Hollow's. Es una pastelería de la esquina que intento esquivar... es demasiada tentación. Pero la ocasión lo merece.

Lo siguió por el interior del edificio y prácticamente contuvo la respiración dentro del

ascensor. Ya había aspirado con disimulo cuando él se había acercado en la calle, pero es que Julian olía de maravilla. Holly era muy consciente de que estaba yendo a casa de un perfecto desconocido cuya novia, o lo que quiera que fuese, había desaparecido. Pero su instinto, que jamás se equivocaba, le había dado una contundente luz verde para que aceptase aquella invitación a plena luz del día. Le había parecido bastante prudente por parte de Julian que ni siquiera mencionase la opción de esperarla de nuevo a que terminase su turno en el pub la noche anterior y le hubiese propuesto directamente quedar en la mañana del sábado.

Además, uno de los pequeños placeres secretos de Holly era husmear en casas ajenas. Le encantaba fijarse en todos los detalles y tomar buena nota, tal vez porque aún no podía permitirse vivir sola en la ciudad y aquella era una cuestión sensible y en la que pensaba a menudo.

—Adelante —dijo él tras abrir la puerta en el tercer piso del edificio, la que daba acceso a un exclusivo dúplex decorado, como cabía esperar, con un gusto exquisito.

A Holly le sorprendió el espacio en el que entraron, un amplísimo y luminoso salón con una decoración bastante minimalista, y muy masculina, eso saltaba a la vista. No tenía la menor idea de si aquel gigantesco apartamento era el lugar donde Julian tenía previsto vivir con Athena, y tampoco pensaba preguntarle, pero a primera vista diría que era la casa de él, con todo lo que ello implicaba. No podía apreciar nada, ningún elemento, que le hiciese pensar en ella. Eso hizo que se relajara al instante. Holly era alguien muy sensible a los ambientes, y el lugar donde acababa de entrar la hacía sentir bien. Estaba limpio, ordenado y ventilado, y tenía pequeños toques que dejaban entrever la compleja personalidad de Danvers.

Pero fue el gran retrato, obra de la fotógrafa Nan Goldin, lo que enseguida captó su atención. Se plantó debajo de la obra de arte de inmediato.

—¿No me lo puedo creer! ¿Tienes obra de Nan Goldin? ¡Es mi fotógrafa favorita!

Julian sonrió. La foto se llamaba *Heart-Shaped Bruise* y mostraba un moratón con forma de corazón en la pierna de una chica.

—La mía también —le contestó tranquilamente, mientras se dirigía a la cocina—. ¿Has desayunado?

—Solo un café rápido cuando me levanté.

—Entonces, ¿qué tal uno lento ahora?

Holly se rio, sin poder separarse de la pared donde estaba la preciada fotografía enmarcada.

—Sí. Perfecto.

Se acercó a la magnífica mesa alta que presidía el espacio abierto donde se arrinconaba la cocina. Debía ser un sueño vivir en una casa así. A primera vista no conseguía encontrar ningún motivo por el que huir de allí en mitad de la noche, como había hecho Athena.

—Está un poco desordenado. Si te soy sincero, en los últimos días he dormido aquí abajo. En el sofá. Aunque tengo un cuarto de invitados, ese sofá es comodísimo. Es como si me absorbiera.

—¿Y eso?

—La policía ya ha venido dos veces a revisar el dormitorio. Es ahí donde estaba Athena antes de...irse. Cuando entré ahí, al día siguiente por la mañana, la cama estaba deshecha. Es decir, seguro que pasó al menos un rato antes de marcharse.

Julian puso en funcionamiento la cafetera y le dio la espalda durante unos segundos. Después regresó con una bandeja de fruta cortada que tenía una pinta deliciosa. Holly se sentó en uno de los taburetes de metacrilato que rodeaban la magnífica mesa. Había ocho asientos. Era el sitio ideal para reunir a los amigos, aunque ella podría contar a los suyos con los dedos de una mano. Amigos en los que podría confiar siempre.

—Aquí están los *croissants*... parece que hay muchos, pero créeme, en cuanto pruebes uno no

podrás parar.

—Espero que sí.

Él se quedó unos segundos en silencio, contemplándola, y Holly decidió que era el momento de abordar el que a todas luces parecía el principal motivo por el que estaba allí aquella mañana. Repitió con todo lujo de detalles todo lo que le había contado a la policía que la atendió primero en la comisaría, y después a Nick Marshall.

Julian lo meditó durante unos instantes, pero enseguida reconoció que no tenía ni idea de quién podría ser el conductor del Mercedes, el tipo del diente de oro. O al menos no le venía a la mente nadie en particular en ese momento. Se interesó por la expresión de Athena. Si parecía tranquila, si a Holly le dio la impresión de que podría estar en peligro.

—No, nada de eso —contestó ella—. Ya sé que todo es extraño, pero seguro que aparece muy pronto y todo tiene una explicación.

—No sé. No lo sé, si te soy sincero. Y eso que le doy muchas vueltas a este asunto. Si lleva días desconectada del mundo o si ha salido del país entonces entendería que ni siquiera se ha enterado de que los medios se han hecho eco de su desaparición, pero...

—¿Crees que eso sería algo que le importa? Tal vez, de cara a su trabajo...

—No. No lo creo. Athena no es alguien que se preocupe mucho de lo que piensan los demás. Y lo digo como una virtud. Siempre me gustó eso de ella. Yo tengo un poco más en cuenta las opiniones ajenas...

—Tenías razón —le interrumpió Holly—. Sobre los *croissants*, quiero decir.

—Me alegra que te gusten.

Se produjo el primer silencio incómodo entre ambos, uno de esos que Holly había aprendido con los años a no tratar de llenar con palabras de emergencia. Durante esos pocos segundos pensó que la conversación estaba girando demasiado en torno a la chica desaparecida. Entendía muy bien la situación y las circunstancias en las que ambos se habían conocido. Pero no podría olvidarse del beso ni del continuo asalto a sus pensamientos de Julian, desde hacía ya demasiados días.

Quería zanjarse el tema. Tanto como él. Quería que Athena apareciese y la vía quedase libre para seguir descifrando a aquel hombre enigmático. Mientras la conversación volvía a fluir, Holly desvió la mirada hacia el salón.

Siempre que inspeccionaba —con disimulo— una casa ajena se fijaba en si había libros. Ella era una gran lectora y si veía una pequeña biblioteca en cualquier rincón, por mínima que fuese, solía acercarse para cotillear los títulos. Desde la mesa de la cocina, donde ambos estaban apostados, prácticamente podía identificar la colección de libros. Clásicos imperecederos que podían encontrarse en cualquier hogar británico.

A Holly le gustó ver, en una estantería junto a una gran pantalla de televisión, una colección con unas cuarenta novelas de misterio de Agatha Christie.

Se levantó y se acercó al lugar exacto donde estaban los libros. Era una colección nueva y casi tenía preguntarle a Julian si los había leído, porque no parecían ajados, ni que tuviesen mucho trote. Podía tratarse de un elemento tan decorativo como la fotografía de Nan Goldin, porque allí quedaban de fábula. Todos los lomos blancos, con elegantes letras negras.

Julian se acercó a los libros y se colocó justo detrás de ella. Imaginó que deslizaba sus manos alrededor de su cintura, pero aunque estaba muy cerca y casi podía sentir su aliento en la nuca, él se contuvo.

—¿Los has leído? —le preguntó él.

—Sí, claro. Me encanta Agatha Christie. Pero hace demasiado tiempo. Los leí casi todos



cuando era una niña. ¿Y tú?

—Esta colección tiene una curiosa historia detrás. Hace un par de años ayudé a mi amigo Tommie con su última mudanza. Estos libros eran suyos, y quedaron abandonados en una de las últimas cajas. Cuando los vio, se quedó muy serio. Fue como si el humor le hubiese cambiado de repente, algo que yo asocié con el estrés propio de una mudanza.

Julian apoyó la barbilla en el hombro de Holly, un gesto que le sorprendió, y la alteró aún más si cabe. Él continuó hablando, pensativo:

—El caso es que puse los libros en la estantería y me olvidé por completo de ellos. Se mimetizaron con la pared, por así decirlo, y no es porque sean blancos. Fue Athena quien empezó a leerlos, hace unos meses. Recuerdo que me llamó la atención porque jamás la había visto con un libro entre las manos. De repente estaba enganchada a esas novelitas de misterio que encontramos en el desván de Tommie.

La colección no estaba completa. Faltaba el número treinta y dos de los cuarenta que había en total, aunque estaba convencida de que Agatha Christie había escrito muchos más. Era una escritora muy prolífica. Holly le señaló a Julian el treinta y uno y el treinta y tres.

—Falta uno, sí —murmuró él—. Es lo que te decía. Athena llevaba unos meses leyéndolos.

—¿Has encontrado el que falta, entonces? ¿Sabes si ella lo dejó en casa antes de marcharse?

Julian se encogió de hombros.

—No lo sé, no creo. No he visto ningún libro. ¿Por qué es importante?

—No sé si es relevante o no. He recordado que a mí me encantaban estas novelas de misterio. Y también he recordado otro detalle más.

—¿El qué?

—Agatha Christie también desapareció durante unos días, ¿sabes?

—Ah, ¿sí?

—Nunca se supo con exactitud qué sucedió. Solo que se ausentó unos once días de su casa y se largó a un balneario, abandonado a su marido quien, por cierto, le era infiel. Pero cuando regresó no recordaba casi nada de lo sucedido.

Julian se incorporó de nuevo y ya fue incapaz de controlar sus manos. Cogió suavemente la cintura de Holly y la atrajo hacia sí. Se moría de ganas de besarla a plena luz del día, la que entraba a raudales por las ventanas justo en aquel momento en que la lluvia londinense parecía haberles dado una pequeña tregua. Ambos entreabrieron los labios y algo explotó dentro de sus cuerpos. Lo que pasó a continuación fue producto de una química pura e incontrolable.

## CAPÍTULO 15

Julian y Holly se movían por el salón como autómatas practicando un baile descontrolado. Lo que había empezado como un simple beso frente a una colección de libros se había convertido en una carrera inevitable hasta la cama. Holly no pensaba, solo reaccionaba a las manos de él acercándose un poco más a sus labios. Ya habría tiempo de arrepentirse si se daba el caso. En ese momento no podía hacer otra cosa que seguir los pasos que él le marcaba, porque la verdad era que no deseaba nada más.

Y esos pasos, curiosamente, les condujeron hacia el dormitorio del piso superior. Aquel lugar casi convertido por accidente en un templo policial tras la desaparición de Athena. Fue un poco extraño, porque el enorme y comodísimo sofá del salón —donde Julian aseguraba que dormía, por cierto—, quedaba mucho más cerca.

Julian cogió de la mano a Holly y caminó delante de ella en dirección al piso superior, con una evidente erección dentro del pantalón vaquero.

Holly ya se preguntaba, en un fugaz segundo de raciocinio, si no estaban profanando una habitación en la que había sucedido algo que aún no comprendían, un misterio por el que, estaba convencida, cada vez se sentía más atraída.

—No dejo de pensar en esto desde el día que te acompañé hasta aquel taxi —dijo, sin dejar de besarla.

Estaban junto a la puerta del dormitorio principal. El cielo se había vuelto a encapotar, por lo que toda la habitación se había sumido en una cálida penumbra. Julian se había desabrochado los botones de la camisa, y se peleaba con ahínco con el cinturón que rodeaba el pantalón vaquero de Holly. De repente él se detuvo.

—Un momento. Esa noche...¿te bajaste del taxi?

—Sí. Decidí que quería dar un paseo. Aclarar un poco las ideas.

—¿Te das cuenta de que esa decisión ha desencadenado que nos volviésemos a encontrar?

—¿Es que no habrías vuelto al pub, Danvers?

Él enterró su mandíbula en el cuello de Holly y empezó a besarla.

—No lo sé. Tal vez sí. Seguramente habría vuelto y te habría esperado otra noche. Y todas las que hicieran falta.

Con un gesto certero sacó el cinturón que se le resistía, convertido en un látigo en el ambiente opresivo del cuarto del que se había esfumado Athena. Porque ella, de alguna manera, estaba allí presente. La cama seguía deshecha, algo que Holly no podía entender. Julian la tumbó sobre las sábanas con delicadeza, pero a medida que se movía encima de ella sus gestos fueron cada vez más contundentes, y sus caricias más íntimas.

Dios, ¿qué estaban haciendo? Holly seguía con la sensación de que se estaba metiendo en problemas si seguía dejándose arrastrar por la sutil y poderosa influencia de Julian. Pero ya era demasiado tarde para huir, porque no deseaba otra cosa que follar con él salvajemente. De repente, reaccionó, y con un giro certero se colocó encima de él.

Se quitó las zapatillas deportivas y los calcetines, y acto seguido se despojó de su camiseta. Él

se incorporó rápidamente, sentándose en la cama, debajo de ella, para quitarle el sujetador y recorrer sus pechos con la lengua. Holly echó la cabeza hacia atrás y suspiró con fuerza al sentir el primero de sus orgasmos. Desbordante y absolutamente explosivo.

Él se detuvo durante un segundo y sonrió, consciente perfectamente de lo que acababa de suceder.

—Ni siquiera he empezado a follarte, Holly —susurró—. Me encanta que no te puedas controlar.

El comentario, en cualquier otro momento, le habría parecido arrogante, pero en ese momento lo único que pudo hacer fue enterrar los dedos de su mano derecha en el pelo de él y agarrarlo con fuerza. Estiró hacia atrás para tener un mejor acceso a su boca impaciente.

Julian se levantó de la cama y rodeó a Holly con sus brazos. Era bastante más pequeña que él, ligera como una pluma. Le encantaba tenerla a su merced en aquella cama, recorriendo sus voluptuosas curvas con sus brazos.

Aquella cama.

La despojó de las últimas prendas de ropa que le quedaban puestas, y mientras Holly ya movía la mano sobre su creciente miembro, echó mano del cajón donde guardaba una caja de preservativos. Se colocó uno rápidamente y no dejó pasar ni un segundo más para introducirse en ella.

Holly gimió, liberándose por completo. Él empezó a moverse, cada vez más deprisa. Intentó concentrarse en la excitación que sentía y el paréntesis del preservativo le vino bien para apaciguar su voraz excitación. Obviamente le había encantado no tener ni que pedirle que se lo pusiera, pero debía reconocer que le extrañó un poco que, teniendo una pareja hasta hacía bien poco, los tuviese tan a mano. La mente de Holly empezó a ir por esos derroteros de la lógica, justo en el momento en que él la hizo regresar al planeta Tierra.

Sintió su pene a punto de desbordarse y de desbordarla.

—Uggghhhh —gimió él—. No sé si puedo aguantar mucho más...

La respuesta de Holly fue contundente. Rodeó el trasero de él con sus piernas y lo atrajo aún más hacia sus entrañas. Estaban tan cerca, habían unido sus cuerpos de una manera tan íntima, que pudo notar cómo su polla se tensaba aún más y, por fin, se liberaba, arrastrándola a ella en un intenso y violento segundo orgasmo.

Se abrazó con fuerza a su cuerpo sudoroso y se quedaron quietos durante varios minutos, hasta que él se incorporó y se tumbó a su lado. Le habría encantado dormirse de no ser porque, mientras ambos se sumían en un reflexivo silencio para recuperar la energía con la que habían encarado su cita matutina, se encontró observando la habitación en la que se encontraban. Porque Holly tenía el presentimiento de que en aquel enorme dormitorio lleno de toques masculinos estaba la clave de la desaparición.

Mientras Julian recuperaba el aliento y parte de su testosterona, Holly se deslizó boca abajo sobre las sábanas, asomándose debajo de la cama. Allí debajo había algo que, siguiendo la lógica, no debía ser muy relevante, de lo contrario los inspectores de Scotland Yard, con Marshall a la cabeza, lo habrían rescatado.

Holly estiró la mano y alcanzó el objeto de color blanco que había bajo el somier. Era un libro. Concretamente, era el número treinta y dos de la colección de novelas de Agatha Christie que Julian tenía expuestas en el salón.

—Mira lo que he encontrado. *Muerte en el Nilo* —dijo Holly en voz alta.

Julian salió de su letargo.

—¿Qué?

Levantó el ejemplar en el aire. Ese era el título del libro. Era obvio que alguien, seguramente Athena, lo había estado leyendo. Había un marcapáginas en la mitad del volumen.

Danvers estiró el brazo y lo cogió, observando la portada durante unos segundos.

—¿Lo has leído? —le preguntó a Holly, sin darle importancia alguna a que el libro estuviese debajo de la cama.

—Hace muchos, muchos años. Era de mis favoritos. Me encantaría releerlo, ahora que lo pienso —contestó ella.

—Imagino que este es el que estaba leyendo Athena en los últimos días. Puedes llevártelo, si quieres.

Holly se incorporó, buscando con la mirada su ropa interior, desperdigada alrededor de la cama.

—¿En serio no te importa si me lo llevo? Es una colección, a mi me volvería loca si me faltase uno.

Julian se rio.

—¿Acaso no piensas devolvérmelo?

Ella se levantó y empezó a vestirse.

—¿Qué haces?

—¿Tú qué crees? ¡No puedo estar toda la mañana en tu cama!

Lo dijo con un tono jocosos, pero lo cierto era que de repente se sentía mal por estar allí. No por haber sucumbido a los encantos de Julian. Eso estaba fuera de toda cuestión, porque no había posibilidad de resistirse. Pero era aquel dormitorio. Era como si, de alguna manera, ella estuviese aún presente. Le urgía al menos salir de esa habitación y de esas sábanas.

—¿Te estás vistiendo?—preguntó él. Se abalanzó sobre su cintura y Holly cayó de nuevo en la cama.

Ella lo besó.

—El desayuno ha sido delicioso. Muchas gracias.

—¿Qué vas a hacer el resto del día? ¿Estás ocupada?

—De hecho, sí. El jueves estuve trabajando en una sesión de fotos con adolescentes... Tengo que seguir arreglando esas fotos. Son un desastre.

Se quedó callada durante unos segundos. ¿Él iba a proponerle alargar aquella cita? Julian se incorporó y empezó a vestirse también.

—Yo tengo trabajo también.

—¿Sabes que todavía no me has dicho exactamente qué haces?

—¿No? Soy consultor.

—Eso es un concepto...amplio.

Se rio.

—Resumiendo mucho, hago que los ricachones de la City tomen las decisiones correctas respecto a sus fortunas.

—Pensaba que tú eras uno de esos ricachones.

Él respondió con una sonrisa enigmática. Sin duda entraban en uno de los terrenos en los que Julian se volvía hermético. Más incluso que en lo que concernía a su prometida desaparecida. Le encantaba jugar a su juego del misterio, ese con el que solo él se divertía.

—Me pregunto qué más piensas sobre mí —le dijo, mientras se acercaba al armario y sacaba de allí una nueva camiseta.

Holly tenía muchas ideas al respecto. Le gustaba. No, esa no era la palabra. Le encantaba. Y por razones obvias, no había llegado el momento de sincerarse con él sobre ese tema. Ella no era alguien que abriese su corazón a la primera de cambio y ni mucho menos lo iba a hacer después de haberse acostado con Julian. Eso nunca le salía bien.

Bajaron de nuevo al salón. Sentía la necesidad casi física de salir del dormitorio, incluso de su casa, y por suerte él no parecía que fuese a insistirle para que se quedase.

—¿En serio te marchas? —le preguntó él.

—Tan en serio como que lo puedes comprobar con tus propios ojos —le dijo ella, burlona.

—¿Estás ocupada mañana por la noche?

—¿Domingo?

Él asintió, y a continuación aclaró su propuesta:

—Me gustaría invitarte a cenar. Mañana por la noche. Aquí, en casa... ¿Te apetecería?

Holly abrió la boca para contestar que sí, pero antes de que se pronunciara, Julian añadió:

—Tengo miles de restaurantes favoritos a los que me gustaría llevarte y en los que nos tratarían genial, pero ahora mismo... preferiría un plan más discreto. Podemos dar una vuelta después de cenar, si quieres.

—No tenía ni idea de que supieras cocinar.

Él se rio.

—Me gusta comer. Cocinar...no es lo mío por desgracia, pero me defiendo si es absolutamente necesario. Pero no. Vendrá un chef a cocinar para nosotros. ¿Qué me dices?

¡Un chef a domicilio! ¿Qué le iba a decir? Intentó no parecer excesivamente emocionada, aunque lo estaba. Holly no estaba dispuesta a salir de allí sin las coordenadas específicas.

—Me encantará. ¿A qué hora te va bien que venga?

Él se acercó otra vez y la rodeó por la cintura con sus poderosos brazos.

—Lo que mejor me vendría es que no te fueras.

La besó, y Holly se planteó durante un segundo si lo decía totalmente en serio.

—Muy tentador.

—¿A las siete de la tarde?

—Siempre jugamos en tu campo, Danvers.

—Lo sé. Lo sé...—de repente su rostro se ensombreció—. Vayamos paso a paso, ¿de acuerdo? Lo del chef será divertido. Lo prometo.

—Aquí estaré. A las siete.

Julian la abrazó y la dejó ir. Una parte de ella se sentía algo aliviada por recuperar su espacio. Necesitaba pensar un poco, reflexionar sobre cómo se sentía después de lo que acababa de pasar. Y eso es algo perfecto para hacer en un trayecto de metro como el que le esperaba a Holly.

Pero no siempre sale todo como planeamos, porque Holly, sentada en aquel vagón de metro, hojeó el ejemplar de *Muerte en el Nilo* que había tomado prestado de casa de Julian, y encontrado tirado bajo su cama. Lo que ella creía que era un marcapáginas no era tal. Era una nota manuscrita que le llamó poderosamente la atención. Estaba firmada por un tal Tommie Wightmore.

## CAPÍTULO 16

Cuando Holly llegó a casa aquel sábado comprobó que Asha se había largado a Brighton —había dejado un post-it con una breve explicación en la nevera— y que muy probablemente no aparecería hasta el lunes a primera hora de la mañana. Estaba un poco misteriosa con aquel asunto, y sospechaba que tenía un ligue por la zona. A su compañera de piso le encantaba enterarse de la vida de los demás, pero a ella había que sacarle la información propia con sacacorchos. Y a todo esto Vera seguía en Irlanda sin dar muchas señales de vida.

Eso solo podía significar que Holly tenía toda la casa para ella durante el resto de fin de semana. Una gran noticia, sin duda. De camino a casa desde el metro había pasado por un Deli y había comprado comida india para llevar y una botella de coca-cola zero de dos litros. No se le ocurría mejor plan después de una sesión de excelente sexo matutino con aquel Dios del Olimpo con Problemas llamado Julian Danvers.

Era del todo cierto lo que le había dicho. Tenía fotos que retocar, pero si se ponía las pilas podía tenerlas listas en un par de horas, y contaría con el resto de la tarde, —al menos hasta las diez de la noche, la hora que empezaba a trabajar de nuevo en el Fox and Forest—, a su plena disposición para holgazanear. Además, quería dedicar un rato a investigar en Internet todo el asunto de Athena y, en concreto, alguna idea que se le había ocurrido con respecto a la nota que había encontrado dentro del ejemplar de *Muerte en el Nilo*.

Holly se dio una ducha rápida, se puso ropa cómoda y se sentó delante del portátil. Exactamente una hora y media después ya había terminado los retoques fotográficos que tenía pendientes de la sesión de *Teen Vogue*. Envío por email todos los archivos a la editora gráfica de la revista y puso en el microondas el curry con verduras que había comprado, dispuesta a darse un auténtico homenaje.

Después se atrincheró en el sofá con el portátil y el recipiente de cartón con la comida y la botella de coca-cola. A veces se maravillaba de lo poco que necesitaba para ser inmensamente feliz y no, aquello no tenía nada que ver con Danvers, sino con la paz interior y la dicha que le producía un rato de soledad en casa, no digamos ya un fin de semana completo.

Estaba feliz de haber concretado la cita con Julian al día siguiente. Para Holly era vital acordar el sitio y la hora, y esto era algo que había hablado con Michelle hasta la saciedad cuando ella sugería que “tal vez” tenía una cita con algún tipo y no estaba segura de si estaba disponible o no.

—Si no tienes sitio y hora no tienes cita —solía responderle Holly, sabiendo a ciencia cierta que no se equivocaba.

Pero, a todo esto, había salido de su alucinante dúplex sin que ninguno de los dos mencionase la posibilidad de intercambiar números de teléfono y aquello empezaba a resultar raro. No era algo premeditado, al menos por su parte. Simplemente había salido *flasheada* por los inesperados orgasmos de media mañana y por el hecho de que él la hubiese invitado a cenar al día siguiente. Por no hablar del asunto del chef.

Holly abrió de nuevo el Macbook portátil e hizo clic sobre el icono del navegador. Fue directa

a Google y buscó el nombre “Tommy Wightmore”, la persona que firmaba la inquietante nota que encontró dentro del libro y que, todo apuntaba que sería el mismo Tommy amigo de Julian que se desprendió de aquella colección de novelas. Lo que encontró le sorprendió.

Todo lo que encontró, después de tres horas de intensa búsqueda.

Tommy Wightmore era, aparentemente, un tipo con todo a favor para ser un triunfador. Se había licenciado en Administración de Empresas en Cambridge y se había casado con solo veintiocho años con una tal Joy Moore (es increíble la cantidad de información que somos capaces de compartir con redes como Facebook). Y este pensamiento no iba por él, sino por la propia Joy, cuyos perfiles en las redes sociales eran totalmente cristalinos.

Tenían dos hijas, unas gemelas de unos tres años con las que no tenían reparos en posar. En el parque, en Disneyland París, durante unas vacaciones en Grecia... La familia perfecta. Aparentemente.

La nota doblada que ejercía de marcapáginas en la novela decía lo siguiente:

*Un evento fabuloso. Una vez más, te felicito. Me gustaría organizar algo en The Kink y creo que tú podrías ser la persona perfecta. Al margen de eso, querría continuar nuestra conversación nocturna. Llámame a este número, no al que tiene J.*

*1-666-787-90876*

*O*

*Tommy Wightmore*

Había muchas cosas interesantes escritas en aquel trozo de papel que pasarían desapercibidas para cualquier mortal, pero no para la observadora mirada de Holly Montgomery. Fue la O, esa O sobre su nombre, lo que llamó poderosamente su atención.

Una nota manuscrita informal como aquella, que podría perfectamente haber sido entregada a Athena en mano (lo de “un evento fabuloso” era una buena pista), podría haber sido firmada simplemente con un “Tommy”. Al fin y al cabo era uno de los mejores amigos de su prometido, ¿no? Seguro que se conocían desde hacía tiempo. Y todo el mundo utiliza una “X” genérica si desea añadir algo a su firma. Una X es un beso. Un beso informal. Una letra a la que nadie daría importancia.

Una O no es solo un abrazo. Es una declaración de intenciones. Un posicionamiento. Una O es también un anillo que camufla las relaciones de dominación, y el hecho de que Tommy dejase caer las palabras “The Kink” en su nota le indicaba que los tiros iban por esa dirección.

Acto seguido, Holly buscó el club, evento o local “The Kink” en Google. Tuvo que escharbar bastante en la web para dar con algo de información veraz, pero era algo totalmente lógico. Si era un club de sexo lo más normal era que no se publicitase abiertamente en redes sociales. Encontró la referencia que buscaba en una página especializada de relaciones BDSM que recopilaba algunos de los clubs y tiendas más selectas de toda Europa.

The Kink era, en su esencia, un club de intercambio de parejas que estaba en el Soho londinense. Jamás había oído hablar de él, algo lógico, teniendo en cuenta que Holly no estaba muy interesada en esos temas. El local tenía una web bastante minimalista que, como ya esperaba, no decía nada respecto a los dueños del negocio. Podría indagar un poco más, encontrar la razón social y el registro mercantil, pero no era necesario. A todas luces y según su nota, Tommy estaba vinculado con la directiva del local, tal vez era uno de sus socios.

Y tenía sentido, porque echando un ojo rápido a su perfil de LinkedIn vio que era socio de un bar de copas en la misma zona, The Hub; y de un restaurante de comida fusión llamado The Farm.

The Farm, The Hub, The Kink. No hacía falta ser Sherlock para establecer una asociación entre esos negocios.

De repente se le ocurrió una idea. Cogió su móvil y buscó el chat que mantenía con Michelle. Casualmente la noche anterior se había quejado de que hacía tiempo que no salían juntas.

*Muy bien, Michelle, hoy es sábado y la noche es joven. Vamos a ver si realmente hablabas en serio ayer.*

Tecléo un mensaje a la velocidad de la luz:

*Hoy es sábado, no sé si te has dado cuenta. Te invito a tomar una copa en un sitio que me interesa visitar. The Hub, en el Soho. Después de nuestro turno en el Foxy. No acepto un NO ;)*

Realmente eso no le preocupaba, pero lo recalcó por si acaso. Michelle era unos cuatro años más joven que ella —diría que aún no había cumplido los veinticinco— y por tanto tenía mucha más energía. Tenía que estar cayéndose de fiebre o algo así para no querer salir a tomar algo después de trabajar.

Holly cotilleó durante un rato más en Internet acerca de Tommie Wightmore. Se fijó bien en sus idílicas fotos familiares, en busca de algún detalle que se le hubiese pasado por alto. Lo que más llamaba la atención de su aspecto era su pelo, ligeramente largo y ondulado, de color castaño. Tenía los ojos muy azules y un cuerpo a todas luces espigado y fibroso. Estaba en un equipo de piragüismo, algo “muy Cambridge”. Sin duda, era un tío muy atractivo —no tanto como Julian, estaba claro— y todo aquel asunto de The Kink lo hacía aún más intrigante si cabe.

Le había encantado aquel descubrimiento, porque de repente pensó que todo eso estaba un poco pasado de moda y le hizo ser consciente de que para muchas gente aquel estilo de vida nunca había sido una moda, sino una parte de su personalidad.

Cuando se quiso dar cuenta de la hora que era, prácticamente había llegado la hora de salir de casa para ir a trabajar al Foxy. Se colocó rápidamente unos vaqueros negros y unos elegantes botines de piel. Escogió una blusa de color beige y guardó una camiseta de repuesto en su bolso. No era fácil acabar la noche en el pub sin salpicaduras de cerveza en la ropa, por lo que el negro era siempre el color más socorrido.

Holly se maquilló un poco y guardó el móvil en el bolso, antes de comprobar que Michelle había contestado su mensaje de manera entusiasta. Lo cierto era que le encantaba salir con ella después de trabajar. Sabía de buena tinta que no iba a ser necesario convencerla. Le sorprendió, en cambio, que supiese exactamente de qué local le hablaba.

*¿The Hub? Uy, uy, uy. Me muero de ganas de saber qué se te ha perdido en ese antro. ¡Por supuesto que me apunto!*



## CAPÍTULO 17

Apenas era la una cuando bajaron del taxi que las dejó en Wardour Street, en pleno Soho. Por suerte habían terminado de trabajar a las doce y media en punto. Los sábados por la noche, paradójicamente, era la noche más tranquila en el Foxy, ya que sus apreciados clientes de la City tenían que fichar con sus familias, así que la hora oficial de cierre no solía pasar de las doce. Por eso era la noche perfecta para una nueva aventura nocturna de Holly y Michelle.

Obviamente, lo primero que hizo su compañera fue preguntarle por qué demonios quería ir a The Hub. Michelle, que se movía mucho más que ella de noche, sabía que era un bar elegante del Soho frecuentado por parejas y chicas aficionados al “swinging”.

—¿Te refieres a los tríos? —le preguntó Holly.

Habían intentado no hablar mucho del tema en el taxi, pero, ¿qué más da? Los taxistas están curados de espanto. Le interesaba saber si Michelle había estado allí antes.

—No. No he puesto un pie ahí en mi vida.

—¿Y eso? ¿Crees que es un sitio de viejos? —preguntó Holly.

—Nah. No lo creo. Ya sabes que soy más de salir por Hackney o, incluso Camden, si es una noche tranquila. Pero no pongamos el foco de este asunto en mí, por favor. No te vas a librar de contarme por qué tanto interés en ir allí.

Todo el asunto de Julian Danvers, de la desaparición de su novia, de la novela con la nota y de la repentina aparición en escena de Tommie Wightmore fue lo que ocupó la conversación entre ambas durante la primera media hora que pasaron en The Hub.

El local estaba en una callejuela del Soho. Holly dudó durante unos segundos sobre si entrar o no, ya que era uno de esos sitios en los que no se podía ver claramente el interior desde la calle. La puerta estaba custodiada por un fornido guardia de seguridad con cara de pocos amigos, pero ni se inmutó al ver allí a las dos chicas. Les abrió la puerta para que accedieran al local, casi sin darles opción a echarse atrás.

Michelle alucinó, por supuesto, y aunque intentó focalizar su atención en el inesperado *affaire* matutino de Holly y Julian en casa de él, ella insistió en que, por algún motivo, lo relevante de todo aquel asunto era su hallazgo de la nota de Tommie Wightmore dentro del libro. Se acercaron a la barra, pidieron dos cócteles y se retiraron a una mesa del fondo para debatir a fondo sobre el asunto.

—No lo sé —dijo Holly—. No sé si es solo mi intuición y tal vez en esta ocasión me está confundiendo, pero creo que esa nota tiene algo que ver con la desaparición.

La llevaba en el bolso. La sacó y se la enseñó a Michelle.

—¿Crees que estaban liados, Athena y el tal Tommie? ¿O que se liaron a partir de ese supuesto evento en The Kink?

—No lo puedo saber —contestó Holly—. No tengo ni idea. El tono de la nota es... raro. No lo sé. Él está casado.

Michelle se rio.

—¿Como si eso fuera un impedimento para nada en el siglo veintiuno!

Sabía muy bien lo que decía. Eso era algo que ambas veían día a día en el Fox and Forest. Generalmente era un pub para hombres de negocios, pero de vez en cuando se dejaban ver con alguna chica. Solían ser mujeres impresionantes de las que presumían ante sus colegas. Y eran clientes habituales de los que Holly y Michelle sabían de muy buena tinta que tenían familia en casa.

Londres era una ciudad infiel. Y esto lo achacaban a que todo el mundo vivía lejos del centro y tenían largos trayectos en tren o metro antes de llegar a su casa. Eso hacía que toda la gente que trabajaba en oficinas disfrutase más haciendo un poco de vida social a la salida del trabajo, con sus compañeros. Y eso, por desgracia, daba lugar a numerosas infidelidades. Era algo que veían día a día en el Foxy y no por ello dejaban de censurarlo y criticarlo. A Holly le daban un asco profundo las infidelidades.

—¿Y a tu nuevo novio? ¿También le va el rollo *kink*? —preguntó Michelle.

A Holly casi se le atragantó el Long Island que acaban de servirles.

—Para empezar, no es mi nuevo novio. No sé qué será, pero las cosas no han arrancado de la mejor manera posible, con un detective de Scotland Yard pisando nuestros talones. Y no, no puedo saberlo, pero diría que no se muere de ganas por esposarme y darme unos azotes en el trasero...

Se rieron.

—¿Tú crees? Obviamente no te lo iba a soltar el primer día. Yo diría que a quienes les va el rollo... “intenso”, por así decirlo, son bastante endogámicos y se agrupan bastante entre ellos.

—No me imagino a Athena Richardson atada a la cama.

—¿No? Ahora que me cuentas esta alucinante historia, recuerdo que la vi en las noticias hace unos días, sí. Eran imágenes un poco antiguas. Me recordó a esas modelos lánguidas y tristes con pómulos operados que se mueven de grupito en grupito en las fiestas. Yo me la imaginó perfectamente suplicando por unos buenos cachetes en su pequeño culo.

—Si Julian fuera dominante en ese aspecto...no sé...Imagino que habría visto algo que me hubiese llamado la atención en su casa. Pero no vi nada. Tal vez a partir de mañana pueda darte más información.

—Por todo lo que me has contado, yo diría que le gustas. Bastante. Lo del *chef* me ha vuelto loca. Yo me concentraría en todo eso y dejaría en paz a la novia desaparecida. Que se ocupe Scotland Yard. Tú ya hiciste demasiado yendo a la policía y aportando tu testimonio, Holly.

Michelle hizo una breve pausa para beber, y de repente la sonrisa que siempre la acompañaba se borró de su rostro.

—Entiendo lo que quieres decir —dijo Holly—. Al parecer, él iba a hablar con ella para dejar la relación justo el día en que desapareció. Ese es un detalle al que le he dado muchas vueltas, la verdad. Y sí, mi instinto me dice que le gusto, aunque tal vez lo de esta mañana haya sido un poco precipitado, no sé. Es como si sintiera que hasta que ella no aparezca y puedan tener esa conversación, Julian aún no es un hombre libre.

—Pero eso es algo entre ellos, Holly. No puedes echártelo sobre tus hombros. Intenta no obsesionarte con ese tema. Seguro que se resuelve pronto.

—¿Y si ella no aparece?

—Eso sería muy desafortunado. No puede haberse esfumado sin más. De todas formas, si él, en su mente ya se ve como un hombre libre, nada le va a impedir querer conocerte. Y parece que ya se lo ha propuesto.

\*\*\*

—¿Todo bien, chicas? ¿Os importa si me siento con vosotras un segundo?

Holly y Michelle levantaron el rostro de sus respectivos cócteles y se encontraron con una sonriente y exuberante mujer de unos treinta años con maneras de relaciones públicas, algo que ella les confirmó en cuanto se sentó en la tercera butaca de terciopelo granate que había junto a la mesa que habían elegido.

—Mi nombre es Alice. Soy promotora del local. Me gusta conocer un poco a nuestros clientes y no os había visto nunca por aquí. Solo quería daros la bienvenida, chicas.

Holly parpadeó. Eso sí que no se lo esperaba. The Hub apenas tenía ocho mesas y no era un local tan grande como para contar con una relaciones públicas en exclusiva. Además, eso era algo que no se estilaba ya demasiado en el Soho. Alice llevaba taconazos y un vestido cruzado que sugería un generosísimo escote. Su maquillaje no era nada sutil y marcaba de forma contundente las facciones de su rostro a pesar de la poca luz del local. Era como si se hubiese maquillado expresamente para pasar la noche casi a oscuras. En todo caso, le gustó su acercamiento franco y espontáneo. Y era como si hubiese esperado a que ambas se concentrasen en sus copas para no interrumpir la conversación.

Charlaron un poco con ella sobre temas insustanciales: el ambiente del Soho, las horas de cierre y las últimas prohibiciones del ayuntamiento. Michelle le dijo que trabajaban en un pub de la City y que solían terminar la noche tomando una copa. Aquel detalle interesó a Alice.

—Parecéis bastante jóvenes. No tenemos el placer de ver a muchas chicas como vosotras en The Hub. Y nos encanta —les dijo Alice, mientras se inclinaba levemente en el respaldo de la butaca. El escote de su vestido se abrió un poco más.

Entonces abrió el bolso de mano negro que había dejado en la mesa y sacó dos tarjetas de visita del mismo color.

—¿Conocéis The Kink? ¿Os suena?

Holly negó con la cabeza.

—No solemos venir mucho por el Soho —le dijo, para reafirmar la idea de que eran sangre nueva en la zona, aunque eso no era del todo exacto. Se dejaban caer por allí al menos una vez al mes.

Alice la miró fijamente, intentando calibrar si las chicas eran receptivas a lo que quería proponerles a continuación. Les soltó un discurso de vendedora, esforzándose por dotar a sus palabras de un aura especial de misterio.

—The Kink es nuestro proyecto paralelo. Es un pub algo más grande que este, pero mucho más interesante. Está especialmente pensado para clientes liberales, siempre dentro de un ambiente seguro y muy divertido. Está muy cerca de aquí y...no sé...si os apeteciese alargar un poco la noche y pasar por allí, me encantaría invitaros a tomar una copa.

Alice leyó al instante la cara de póker de Michelle. Se notaba que hacía muy bien su trabajo y que, de hecho, le encantaba. Se rio un poco para desdramatizar su propuesta.

—Yo tengo que seguir aquí un rato más, por desgracia. The Hub está bien, pero no es tan divertido. Es, digamos, una especie de sala previa a The Kink. Así lo vemos. Un ambiente introductorio. Si os apetece tomar otra copa, con estas tarjetas que os doy tenéis acceso libre esta noche y os invitarán al cóctel que os apetezca. Corre de nuestra cuenta. Es un club privado al que solo se puede acceder con invitación, así que yo diría que es una muy buena oportunidad si sois un

poco...curiosas.

Holly cogió una de las tarjetas negras que Alice había dejado sobre la mesa. Era un rectángulo negro con una sola letra dorada impresa en uno de los lados. Una K. En la parte de atrás, indicaba:

*Noviembre*

*Victoria*

*Kingly Street, 8*

No podía negar que estaba extremadamente interesada en ir a ese sitio. Quería verlo con sus propios ojos y, tal vez, si tenía suerte, cruzarse con Tommie Wightmore, a pesar de que nada le garantizaba que aun siendo uno de los socios de aquellos locales, estuviese allí esa noche. En absoluto. Echó un rápido vistazo al rostro de Michelle, intentando leer en él si estaba receptiva. Su amiga siempre estaba preparada para la aventura, pero no sabía si un local de intercambio de parejas sería cruzar la línea roja.

Anticipándose a esas dudas, Alice se pronunció de nuevo:

—Sé lo que estáis pensando. Las dudas son muy comunes cuando extiendes esta invitación a los nuevos clientes que se asoman por aquí. Algo que, por supuesto, no hago con todo el mundo. Pero me encantaría que comprobéis por vosotras que un local de intercambio de parejas es un sitio divertido y excitante.

Se acercó a ellas un poco más y bajó el tono de voz para amplificar la sensación de que estaba compartiendo con ellas una irresistible coincidencia:

—Pero nos encantaría que más chicas como vosotras se animasen a visitarlo y acompañarnos una noche. Os prometo que lo pasaréis bien y conoceréis gente que en ningún momento os hará sentir incómodas. Y, no debería ser necesario ni decirlo, pero el simple hecho de tomar una copa durante un rato y marcharos sin más sería más que suficiente para una primera toma de contacto con The Kink. No os obliga a nada más que a pasar un buen rato. Personalmente, me habría encantado recibir una oferta como esta cuando era más jovencita...

Michelle cogió la otra tarjeta de forma brusca e inesperada.

—Nos has convencido, Alice. Nos pasaremos a tomar algo por The Kink. Seguro que, como bien dices, será divertido —le dijo, con una sonrisa pícaro.

## CAPÍTULO 18

Holly y Michelle salieron de The Hub pasada la una de la madrugada con muchísimas ganas de doblar la primera esquina para poder comentar la jugada. La dirección que les había pasado Alice, y que también aparecía impresa en letras doradas en la exclusiva tarjeta de The Kink, estaba a unos diez minutos caminando de la calle en la que se encontraba el primer local, por lo que decidieron dar un paseo hasta allí.

—No me puedo creer que estemos yendo —dijo Holly, acompañando sus palabras con un par de saltitos de pura emoción.

—¿Acaso tenemos algo mejor que hacer? He de confesar que siempre había querido que me invitasen a un sitio así, así que simplemente estoy aprovechándome un poco de tus ansias por resolver el misterio de los Danvers para cumplir una de mis metas dentro del universo del ocio nocturno.

Holly la abrazó, emocionadísima.

—Qué bien hablas, tía. ¿Entonces podríamos decir que no te debo un favor, no? Ni por un momento había pensado que quisieras acompañarme.

—¿Estás de broma? He visto en tu mirada que estabas lanzadísima y prefiero no dejarte sola en un antro de lujuria y perversión. Además, ni de coña me gustaría perderme tu cara si nos encontramos con tu nuevo novio en el club de pervertidos de su amigo.

Glups. Holly no había pensado en eso. ¿Cabía la posibilidad, por mínima que fuese, de que Julian estuviese allí esta noche? Se paró en seco en mitad de la acera.

—Lo dudo muchísimo. Por lo que me ha contado, apenas sale de casa desde la desaparición de Athena. De hecho se disculpó porque no saliésemos a cenar fuera mañana. Y me parece normal, no es el mejor momento para estar por ahí tomando copas teniendo ese problema encima. No para alguien de su posición, me imagino. Los hombres de la City están obsesionados con guardar las apariencias.

Michelle la miró, perpleja.

—Me pregunto qué tiene ese Danvers que te ha trastocado tanto. Nunca les habías hecho el más mínimo caso a los tipos de la City.

—Él no es como el resto de hombres de la City. Al menos no como los que vemos cada noche en el pub. No sabría decirte, pero creo que es precisamente por eso. Tiene algo que no puedo desentrañar fácilmente. Algo misterioso. Es como si se esforzase por mantener las distancias con todo el mundo excepto conmigo. Ni siquiera tengo manera de contactar con él, ¿sabes? Sé dónde vive, obvio, pero no tengo su número de teléfono y es completamente invisible en Internet. Apenas hay rastro de él *online*. Solo he visto algunas referencias muy vagas en páginas de noticias económicas. Al parecer es un crack manejando el dinero de los demás.

Michelle chasqueó la lengua.

—Claro. Julian Danvers no iba a librarse de una de tus investigaciones *online*.

Holly se rio.

—Pues no te lo vas a creer, pero lo hice delante de él. Saqué el móvil delante de sus narices y

lo busqué en Google.

—¡No te creo! Y él, ¿qué hizo?

—Nada, se rio. No confirmó ni desmintió ninguno de los datos que le leí allí mismo, en la barra del Foxy. De todas formas, prefiero que sea él mismo quien me cuente lo que quiera.

—Claro, claro —afirmó Michelle, rodeando su brazo derecho—. Concentremos las pesquisas en su amigo Tommie “The Kink”. Y por cierto, en cuanto pongamos un pie ahí dentro y tengamos un gin-tónico en la mano, debemos comentar con todo lujo de detalles ese “momento Alice”. Dudo que algo pueda superarlo esta noche.

\*\*\*

La puerta del local no daba ninguna pista de lo que se cocía en el interior, como solía pasar con casi todos los lugares de ese tipo. El club estaba entre una perfumería y una tienda de bolsos de lujo y no había ningún tipo de rótulo o señal que lo identificase. Tan solo, en un lateral de la pared, en una pequeña placa dorada del mismo tamaño que la tarjeta que les había dado Alice, había la letra K, seguido de las palabras “club cultural”.

Michelle soltó una discreta carcajada al leerlo.

—Shhhhh —siseó Holly—. Estoy convencida de que hay cámaras.

Alice les había dado instrucciones muy precisas para acceder a The Kink. Tenían que llamar al timbre negro que encontrarían encima de la pequeña placa dorada y enseguida se abriría una ventanita donde alguien les pediría la palabra de acceso del mes, que era exactamente la que estaba escrita en la tarjeta que les había dado.

Victoria.

—Durante este año hemos utilizado los nombres de casi todas nuestras reinas inglesas—había dicho Alice, orgullosa, como si hubiese sido una iniciativa suya—. La puerta se abrirá al instante y una de mis compañeras nos conducirá hasta el interior. Decidle que venís de The Hub y que habéis hablado conmigo. Alice.

Había repetido su nombre por si por alguna casualidad no lo hubiesen retenido durante su presentación.

—Victoria —murmuró Michelle ante los ojos perfectamente maquillados que aparecieron en un espacio rectangular en la puerta de entrada.

Al cabo de un minuto una chica muy parecida a Alice, con el mismo estilo de vestir y —según Michelle—, probablemente también mismo cirujano les dio una calurosa bienvenida a The Kink.

—Venimos de parte de Alice —de repente Michelle había tomado la iniciativa en aquella aventura nocturna.

—Pasad, por favor. Mi nombre es Eileen —les dijo, echándoles un vistazo de arriba a abajo—. Nos encanta ver caras nuevas por aquí. Os acompaño hasta el bar. Estáis invitadas a tomar lo que queráis.

La siguieron escaleras abajo, observando con atención el absoluto dominio que tenía sobre sus altísimos zapatos de tacón, mucho más que extremos que los de su compañera Alice. Era como perseguirla por un laberinto cuya salida sería difícil de encontrar.

Holly no era ninguna ingenua. No era que aquella chica, Alice, de repente hubiese visto a dos jovencitas desvalidas resguardándose en su local de la fría intemperie londinense y hubiese decidido ofrecerles una diversión para el resto de la noche. Tenía una idea bastante acertada —o al menos eso creía— de cómo funcionaban los locales como The Kink, revestidos artificialmente

de ese ambiente de exclusividad y misterio.

Por muy cerrado que quisieran mantener el círculo, siempre necesitaban nuevas incorporaciones, sobre todo si podía tratarse de dos chicas jóvenes y atractivas como ellas dos. Pero Holly no era de las que se amilanaban o se asustaban ante algo que no compartiese a título personal. Siempre había tenido una mentalidad muy abierta. Tal vez no lo suficiente como para participar en una experiencia sexual como las que allí se llevaban a cabo, pero sí para, al menos, aceptar la invitación que les habían extendido aquella noche. Y para ser sincera, tenía que reconocer que se sentía muy intrigada por aquella O y por Tommie Wightmore, alguien tan cercano a Julian.

Llegaron a la sala principal del club. Nunca había estado en un sitio tan oscuro y tan bonito al mismo tiempo. Había puntos de luz roja y violeta que salpicaban la gran estancia. Las superficies eran de cristal negro y las paredes cubiertas de papel pintado estampado con tonos grises y plateados. La música era, sin duda, de gran importancia en aquel sitio. Sonaba una melodía “dubstep” tranquila y relajante. Holly ubicó un DJ al fondo de la sala, pero no era nadie que le sonase.

Había bastante gente, teniendo en cuenta el tipo de local que era, unas veinte personas, todos ellos mayores que ellas. La edad media podría ser de unos cuarenta o cuarenta y cinco años más o menos. Había varias parejas sentadas en la barra, y algunos pequeños grupos reunidos en las mesas que bordeaban la pared decorada con motivos victorianos.

Se acercaron a la barra con Aileen, que llamó enseguida la atención de un guapísimo camarero.

—Prepárales lo que te pidan. Son amigas de Alice.

Él asintió y les hizo un pequeño gesto con la mano para indicarles que enseguida estaría con ellas.

Aileen extendió durante unos segundos sus brazos alrededor de las cinturas de Holly y Michelle.

—Chicas, he de atender unos asuntos, pero estaré por aquí. Como podéis ver The Kink es un club de lo más normal, simplemente la gente es mucho más abierta a la hora de entablar conversación con otros clientes —dijo, exhibiendo su sonrisa profesional—. Al fondo está el pasillo que conduce al Vivero y allí, si os aventuráis, es donde todo se vuelve un poco más...excitante. En ningún momento os sintáis obligadas a participar en nada. Esto solo puede ser divertido, si no no tiene ningún sentido. También podéis mirar, simplemente. Si tenéis cualquier duda, podéis preguntarme a mí o a cualquier otro cliente. Todos nuestros socios son encantadores. O también podéis hablar con Tommie. Bienvenidas a The Kink, chicas.

—¿Tommie? —Holly intentó contener su repentina excitación.

Eileen la miró fijamente, como si no terminase de ubicarla, que era algo que pasaba con frecuencia con las esporádicas “presas” de Alice.

—Tommie es aquel chico, al fondo de la barra. Es uno de los socios del local y le gusta conocer personalmente a todos los que bajan aquí. Le diré que venga a saludaros. Y ahora, si me permitís...

No había ningún tipo de duda posible. Allí, al fondo de la elegante barra del bar, estaba el mismísimo Tommie Wightmore, vestido con un impecable traje de pantalón negro y camisa azul marino, observándolas con muy poco disimulo. Estaba muy cerca de puerta acolchada de color oscuro que daba acceso al “Vivero”, un nombre que casi había provocado una de las explosivas carcajadas de Michelle.

El camarero se acercó a tomarles nota. Holly estaba tan absorta intentando fichar a Tommie que no se dio cuenta, así que Michelle pidió por ella.

—Dos gin-tónicos.

—¿Bombay Sapphire va bien?

—Sí, perfecto.

Michelle se sentó en uno de los taburetes de espaldas al fondo del local, por lo que le vino genial para seguir observándolo disimuladamente. No sabía si era por aquel ambiente nocturno y excitante, pero era mucho más atractivo en persona que en las absurdas fotos del Facebook de su mujer. Charlaba distendidamente con otro de los camareros y con otro cliente. De repente, la posibilidad de que Julian pudiese aparecer por allí la ahogó un poco, una vez comprobado que The Kink no era la mazmorra que se habían imaginado.

—Las copas aquí deben costar un ojo de la cara —soltó Michelle, en cuanto el camarero plantó los dos gin-tonics en unos preciosos posavasos de madera y se alejó de ellas.

Se abalanzó enseguida sobre la bebida.

—Está increíble —le dijo.

—Tus gin-tonics son memorables, Michelle. Seguro que no tienen nada que envidiarles a estos.

Su amiga echó un vistazo por las paredes del local. No era como esperaban. Había pequeñísimos detalles fetichistas aquí y allá, pero por lo demás era un sitio exquisitamente decorado y con un ambiente muy agradable.

—¿Te imaginas trabajar aquí? —preguntó Michelle.

—Sería divertidísimo.

—Estoy convencida de que no acabaríamos la noche con la ropa empapada de cerveza.

—¿Estás preparada para que te den unos azotes, Holly? ¿Crees que vendrá alguna parejita a “entablar conversación” con nosotras? ¡Qué nervios!

Michelle se aseguró de dibujar las comillas en el aire, pero en aquel preciso instante Holly no estaba para sus chascarrillos irónicos. Le apretó rápidamente la rodilla, un código infalible entre ellas para avisarle que cerrase el pico de inmediato. Tommie Wightmore se acercaba a ellas.



## CAPÍTULO 19

El mejor amigo de Julian Danvers era de un atractivo casi intimidante. Extendió su mano derecha, primero a Holly y después a Michelle, a quien se la estrechó durante unos segundos más de la cuenta. Les preguntó cómo se llamaban y después confirmó con ellas que había sido Alice quien las había invitado.

—Perdonad la intromisión. Pero quería daros la bienvenida personalmente —les dijo. Acto seguido alcanzó uno de los taburetes con un gesto ágil y espontáneo y se sentó junto a ellas.

Como mecanismo de defensa, Holly agarró su gin-tónico y dio un trago un poco más largo de la cuenta. Allí estaba, el mismísimo Tommie Wightmore, charlando distendidamente con ellas, sin ser consciente de que ella sabía a la perfección quién era. Lo miró con curiosidad. No debería ser mucho mayor que ella, (¿tal vez unos cinco o seis años más?), y allí estaba. Al frente de, al menos, tres negocios. Holly siempre había sentido admiración por los emprendedores y por aquellos que lo dejaban todo para lanzarse a la conquista de sus sueños. Ella misma estaba en esa cruzada.

El sueño de Tommie Wightmore era ir construyendo poco a poco un imperio subterráneo londinense para los amantes del fetichismo. Eso les contó, sin amilanarse demasiado. Era muy expresivo y movía las manos cuando hablaba, y en ellas podía apreciarse, sin ningún disimulo, una alianza de casado.

Holly se preguntó si Joy, su esposa, estaba plenamente al tanto de los negocios de su marido. Era lo más lógico, teniendo en cuenta que se ausentaría bastante a menudo de casa y muchas noches, como aquel sábado, tendría que estar al frente de alguno de sus locales.

Tommie le sonrió cuando vio que había visto su alianza de bodas, aunque no dijo nada sobre su pequeña indiscreción.

—Me ha encantado conoceros, chicas, pero he de resolver un asunto. Os puedo dejar con unos amigos míos que vienen a menudo, y si tenéis algo que preguntarles, ellos son los más indicados.

Tommie se levantó del taburete, y lo primero en lo que pensó Holly, absurdamente, fue que ahí se escapaba su oportunidad de averiguar algo sobre su nexa con Athena. De todas formas, no tenía ninguna opción de preguntarle de una manera que resultase casual. Sería forzosísimo sacar el tema de repente.

—¿Te gustaría que te enseñase el Vivero? —le preguntó Tommie a Michelle, sonriendo, y sin ningún tipo de tapujo. Era una invitación directa a la trastienda de The Kink y se la estaba formulando a su amiga.

Michelle lo meditó durante unos instantes, pero no le dijo un no rotundo.

—Tal vez más tarde.

—Cuando tú quieras.

Él se dio por satisfecho con aquella respuesta e hizo un gesto con la cabeza al fondo de la sala, donde un elegante matrimonio de mediana edad parecían cuchichear sobre las recién llegadas.

—Aquellos son Susan y su marido, David. Son geniales. Les encantaría charlar con vosotras un rato y conoceros. Solo si os apetece, claro. Basta con que os acerquéis a la mesa.

—¿Vienen mucho por aquí? —preguntó Holly.

—Oh, sí. Prácticamente todos los sábados, y no se pierden ni uno solo de nuestros eventos especiales.

—¿Qué tipo de eventos?

Tommie ya se iba y de repente vio que Holly parecía más interesada de lo normal.

—Te lo pregunto porque soy fotógrafa y de hecho, además de editoriales de moda, también cubro eventos. Presentaciones, exposiciones...

Tommie le sonrió.

—¿Así que fotógrafa? ¿Por qué no me das una tarjeta? A veces necesitamos colaboradores...

Holly abrió su bolso y sacó una de sus cochambrosas tarjetas de visita. En ese momento se arrepintió de haber dado un paso adelante, aunque hacía tiempo que había perdido la timidez para hacer contactos y ofrecer sus servicios. El tema era que su nombre, Holly Montgomery, aparecía impreso bien clarito y si por algún motivo Julian lo veía...

*Oh, dios. Holly. ¿Es que no te puedes relajar ni un momento el sábado por la noche? ¿Por qué se preocupaba por eso ahora?*

Tommie miró la tarjeta durante unos segundos y luego la guardó en el bolsillo interno de su chaqueta.

—Echaré un vistazo a tu web —le dijo—. En The Kink cuidamos mucho la estética, así que me interesa ver tu portfolio. Respecto a los eventos...habla con Susan, si te interesa. Ella te contará más. O con Alice, aunque creo que aún no está por aquí...

El empresario levantó la cabeza y echó un vistazo por el local. Acababa de entrar un grupo de dos parejas, a los que saludó con la mano.

—Son fiestas privadas. Y *performance*, sobre todo. Artistas de todo tipo. Bondage, dóminas... Es bastante divertido. Ojalá pudieseis venir a alguna. Perdonadme, chicas— tocó de nuevo el brazo de Michelle—. Dime algo después.

Michelle abrió la boca para contestarle pero no pudo articular palabra. En cuanto Tommie se alejó de ellas llamó de nuevo al camarero y le dijo, con un aspaviento, que “por aquí vamos a necesitar un par de chupitos de Jack Daniels”.

—No sé si me interesa beber más esta noche —anunció Holly, que pasaba completamente de tener resaca durante su cita con Julian.

—No seas aguafiestas, tía. Has quedado para cenar. Puedes dormir durante toda la mañana.

—Está bien. Solo uno. Tal vez el chupito y una copa más y fuera.

—¿Me estaba tirando los trastos? —le preguntó Michelle.

—Sin ninguna duda.

—Está tremendo. ¿Tú lo has visto?

Holly se estremeció.

—No. Ni se te ocurra. No estarás considerando en serio acompañarlo a la mazmorra esa, ¿no? Interpretó el momentáneo silencio de la loca de Michelle como un “tal vez”.

—No te voy a dejar que vayas. Lo sabes, ¿no?

—Yo tampoco te voy a dejar a ti que vayas a saludar a los “perverts” del fondo.

—Oh, vamos a ir a saludarlos un momento. Quiero hablar con la tal Susan.

—¿Para qué?

—Me gustaría averiguar cuál fue ese evento para el que Athena Richardson fue contratada y si sucedió algo...entre ellos.

Michelle suspiró.

—¿En serio? —preguntó decepcionada—. No entiendo, Holly. ¿Por qué quieres seguir hurgando en ese tema? Todo apunta a que la tal Athena se largó por su propia voluntad, muy

posiblemente tras averiguar que su novio iba a dejarla y cancelar su boda. Y aparecerá cuando menos lo esperes. Y mientras, has empezado algo con su hasta ahora novio. ¿No prefieres quedarte con eso? No creo que si él lo supiera le hiciese mucha gracia y para colmo, ese tío bueno de ahí es amigo suyo.

En cierto modo no le faltaba razón, pero Holly creía que, ya que ella misma era la única persona que al parecer la había visto durante su huida, debía de hacer algo al respecto. Aunque quisiera no lograba dejarlo atrás. El encuentro con Athena en el coche, la visita del inspector de Scotland Yard, aquella extraña sensación en el dormitorio de Julian y la nota dentro del libro. El simple hecho de que hubiesen llegado a The Kink aquella noche mediante una invitación del todo inesperada, y que Tommie Wightmore se encontrara allí durante su visita era una señal contundente.

—Voy a hablar un momento con esa pareja —anunció de repente Holly—. Si te incomoda lo entiendo perfectamente. Solo serán unos minutos...¿qué quieres hacer?

De repente el ambiente entre ellas se había tensado un poco, pero no era la primera vez que sucedía algo así, y tanto Holly como Michelle siempre sabían reconducir la situación. La apreciaba mucho, pero Michelle era alguien que siempre decía lo que pensaba, sin cortapisas. Y eso en general es una virtud, pero ella no estaba en esos momentos en la mejor disposición como para, ya que habían conseguido entrar allí y conocer a Tommie, limitarse a tomar una copa y salir de allí.

Michelle retomó su gin-tónico.

—Ve, tranquila —le dijo, aplacando su tono de voz—. Te espero por aquí.

—Serán solo cinco minutos —añadió Holly.

Se levantó, estirando las piernas por primera vez desde que se habían acomodado junto a la barra. Notó la cabeza ligera, volátil. El alcohol había empezado a ejercer sobre ella su efecto y con los años había aprendido a reconocerlo a la perfección —algo que a Michelle aún se le escapaba—. Estaba justo en esos últimos momentos de claridad mental en los que sabía que no podía seguir bebiendo si quería evitar la resaca a toda costa.

Tal vez esa leve intoxicación fue lo que la empujó a acercarse a una de las distinguidas clientas de la noche en The Kink, la secretaria Susan Laymon y a su elegante marido. Los saludó con diligencia, y mientras se sentaba en el acogedor sillón de terciopelo que la señora le señalaba observó como, al fondo del bar, Michelle se perdía en “el Vivero” de la mano de Tommie Wightmore.

## CAPÍTULO 20

Holly dudó un momento sobre si debía abortar su conversación con el matrimonio interesado en conocerla, o bien seguir a Michelle y Tommie a la mazmorra, o lo que fuese que había detrás de aquella puerta, y sacarla de allí enseguida. ¿En qué estaba pensando esa chica? Miró su reloj con disimulo, en un momento en el que David Laymon levantó la mano para llamar la atención del camarero y pedir una copa para Holly.

—Tomaré una coca-cola light —dijo ella, a pesar del pequeño gesto de decepción de los Laymon.

—¿Planes para el domingo, entonces? —preguntó la señora—. Creo que Tommie ya te ha hablado de nosotros. Soy Susan. Él es mi marido, David.

—Es un placer. Yo soy Holly, y mi amiga Michelle...

Holly miró de nuevo hacia la puerta, inquieta.

—No te preocupes por ella. Está en muy buenas manos. Tommie es todo un caballero —le dijo Susan.

—Lo sé. Ese no es el problema. Es que ella no... Es muy joven y tiende hacer cosas de las que se arrepiente por la mañana. Hemos venido esta noche por casualidad.

Susan se rio.

—Lo sé, querida. No va a pasar nada que ella no quiera. Si Tommie le ha dicho que le enseñaría el Vivero, hará literalmente eso.

Holly respiró hondo y trató de calmarse. Iba a conseguir la información que quería, después sacaría a Michelle del local y se largarían de allí lo antes posible. Ya habían tenido bastante Soho por esa noche. Mientras el camarero le servía el refresco, aprovechó para observar el perfil de la dama que se había interesado por ella. Dudó un segundo sobre si debía aclarar de entrada que no estaba interesada en irse a la cama con ellos. A ella misma le parecía obvio, pero entendió que no todo el mundo que fuese asiduo a The Kink entendería que dos amigas, dos chicas de menos de treinta años, fuesen allí solo para “tomar una copa”.

Susan debía tener unos cincuenta y pico años, pero parecía bastante joven. Tenía una piel madura súper cuidada, brillante, casi esculpida, sin arruga alguna, más que alguna línea de expresión junto a sus ojos azules. Vestía una camiseta negra sin mangas y sus brazos se veían bien firmes y tonificados. El cabello lo llevaba corto, recogido a lo *garçon*, teñido de un rubio incandescente. No la había podido ver de pie, pero en general parecía conservarse fenomenal.

El marido era claramente mayor que ella. Al menos unos diez años más. Tenía la piel del rostro algo roja y abotargada, algo típico en los hombres ingleses demasiado aficionados al alcohol. Vestía una americana negra, apuntalada con unos gemelos que tenían pinta de costar lo mismo que un mes de su alquiler.

—¿A qué te dedicas, Holly? —le preguntó Susan, recibiendo con ganas su nueva copa de Martini.

—Soy fotógrafa. Trabajo sobre todo en eventos y haciendo editoriales de moda. Pero me interesa todo tipo de fotografía. Esa es mi pasión. ¿Y vosotros?

—Yo soy secretaria de dirección en la City, en una consultoría financiera. Y aunque suene aburridísimo, también me apasiona mi trabajo. David es cirujano vascular.

Holly se debatió durante unos instantes sobre si preguntarle un poco más acerca de ese puesto que amaba como secretaria de algún tiburón de la City; o bien si debía ir al grano con el asunto de aquel misterioso evento en The Kink para el que se requirieron los servicios de Athena Richardson. Pero no quería pasarse allí el resto de la noche, y tampoco tenía ningún interés, al contrario que Michelle, en explorar la trastienda del local.

—Antes le comentaba a Tommie —dijo Holly—, que estaría disponible para cualquier sesión de fotos que pudiera surgir aquí, en The Kink, o en cualquier otro de sus locales. Ya me habían hablado de los eventos privados que organizan a veces.

—Oh, sí. Nosotros venimos a menudo.

—¿Cuándo fue el último?

—Hace tres semanas.

De repente David Laymon se llevó la mano derecha al rostro y se tapó los ojos, como si le hubiesen recordado algo que había enterrado en su memoria y no le hiciese una especial gracia. Su esposa captó el gesto al vuelo.

—Oh, David. ¿Aún sigues con lo mismo?

—Fue un completo desastre. Ni me lo recuerdes.

—¿Qué pasó? —preguntó Holly.

Susan clavó sus ojos azules en ella. Como clientes “VIP” del negocio de Tommie Wightmore sentían cierto compromiso con la confidencialidad que envolvía todas las actividades del local. Pero aquella chica, por algún motivo, había despertado su curiosidad desde que había entrado en la sala. David y ella no estaban especialmente interesados en tener relaciones con terceros. Susan no era bisexual, aunque puntualmente accedía a alguna de las proposiciones que le hacían chicos jóvenes. Igual que su marido.

Les gustaba el ambiente de The Kink porque era distinguido, por su amistad personal con Tommie y con Joy y porque tanto a ella como a David les encantaba mirar a otras parejas. Hacía casi cuatro años que acudían regularmente al local, al menos dos veces al mes. Llevaban veintitrés años casados y siempre se habían interesado por las posibilidades del sexo fuera de la intimidad del lujoso dormitorio en el barrio londinense de Kensington, donde vivían.

Lo que había pasado aquella noche, hacía tres semanas, pertenecía a lo que a Tommie le gustaba considerar como “la intimidad de la familia de The Kink”, y tenía mucho que ver con la repentina aparición de Athena Richardson en el club ese día, en principio contratada para organizar una pequeña recepción en honor una dominatrix china llamada Kwong Li.

El trabajo de Athena, —quien para colmo era la prometida de su jefe, Julian Danvers, uno de los mejores amigos de Tommie—, era sencillo y en un principio no albergaba ninguna dificultad. Debía recoger a Kwong Li —quien vivía casi todo el año en Berlín— en su hotel, cerca de Picadilly Circus; y traerla sana y salva a The Kink. Tenía que invitar a algunos periodistas, tres o cuatro, y organizar un pequeño catering y un testimonio gráfico. Es decir, contratar un fotógrafo.

—Lo que pasó fue, resumiendo, que Athena, la chica encargada de organizar el evento, perdió por completo los papeles. Ella jamás había venido por aquí. O al menos yo no tenía constancia de que le interesaran este tipo de ambientes—dijo Susan.

Holly parpadeó más rápido de lo normal al escuchar el nombre de Athena y ahora sí: sentía que estaba metiéndose donde no le llamaban. Y era demasiado tarde para sacar la cabeza de allí porque por supuesto que quería enterarse bien de cómo había perdido los papeles.

—No me extraña que haya huido —murmuró su esposo—. Yo también me habría largado de

Londres en mitad de la noche.

—No seas exagerado, David.

—Entonces, ¿qué sucedió?

Susan respiró profundamente.

—La dominatrix que actuaba aquella noche, la china Kwong Li, pidió una serie de voluntarios para que ejercieran de muebles esa noche. Tommie despejó toda esta sala, quitó sillas y mesas. Y los muebles fueron varios de los invitados.

—¿Ejercer de muebles? —preguntó Holly. No tenía la menor idea de lo que estaba contando, pero prefería preguntar y quedar como una ingenua que largarse de allí sin despejar hasta la última de sus dudas.

—Fornifilia —repuso David.

Holly lo miró, arrugando graciosamente el entrecejo. Eso solía evitar que tuviese que insistir en su pregunta. Por suerte los Laymon tenían la lengua algo suelta aquella noche. Más le valía cuidarse mucho de no contarles nada más sobre sí misma.

—Es muy simple, en realidad —argumentó Susan—. Una práctica fetichista que consiste en hacer de mueble. Sillas, mesas, lámparas. Esa noche Kwong Li quería decorar el local con gente desnuda ejerciendo de mobiliario. Nos pilló por sorpresa a todos, porque había bastante gente, pero Athena se ofreció voluntaria a hacer de mesa.

—Desnuda —recalcó David Laymon.

Su esposa suspiró.

—Eso aquí no es ninguna novedad, y no es una práctica que se suela ver en The Kink. Pero al parecer era una de las especialidades de la dómina china. Me sorprendió porque sabía de muy buena tinta que ni esa chica, ni su pareja, que es muy amigo de Tommie, habían venido jamás por aquí. Al menos a uno de los shows.

—Ah. Ya veo. Pero entonces, ¿es habitual ver ese tipo de actuaciones por aquí?

—No, no. Hay una noche al mes en la que las cosas van un poco más allá. Pero Tommie siempre lo enfoca desde un punto de vista artístico. The Kink es simplemente un club. Un local donde las parejas acuden a conocerse, y, si hay química, se produce un intercambio. Nada más.

—¿Y por qué decías que ella perdió los papeles?

Susan volvió a dar un trago largo a su copa. ¿Había bebido demasiado y por eso estaba hablando más de la cuenta?

—No me cabe en la cabeza que esa chica totalmente *vainilla*, que había sido contratada solo para organizar el evento y no tiene nada que ver con este mundo, de repente se prestase voluntaria a desnudarse y a que Kwong Li pusiera dos copas de *champagne* sobre su espalda.

»Lo que pasó después me dejó más perpleja aún. Cuando Kwong dio por finalizada la sesión, Athena empezó a hacer algunos... gestos obscenos. Tommie se la llevó al Vivero un rato, para ver si se calmaba. En fin... Fue extraño, algo incómodo de ver para los que estamos acostumbrados a presenciar prácticas de ese tipo.

Susan hizo una pausa en su relato.

—¿Te gustaría acompañarnos a casa esta noche, Holly?

Holly sonrió, y notó como sus mejillas se encendían. Dirigió la vista al fondo de su vaso, ya casi vacío. Al parecer, los Laymon daban por finiquitada la sesión de cotilleo acerca de Athena Richardson. Era extraño que hablasen de ella en esos términos...

—Yo...no. Me temo que no voy a acompañaros.

—Nada de muebles —dijo David, soltando una carcajada—. ¿De verdad no te animas?

Susan la miró fijamente, entendiendo que no serviría de nada insistir. Era una mujer intuitiva y

orgullosa. Encajó el “no” con elegancia, pero a continuación le pidió sutilmente que los dejase continuar la noche.

—Ha sido un placer charlar un rato contigo, Holly. Tienes un brillo especial en la mirada. El mismo que yo tenía hace muchos años, justo antes de darme cuenta de que no era como el resto de la gente. Espero que Tommie te tenga en cuenta y podamos disfrutar de tus fotos.

Holly sonrió. Cómo se alegraba en ese preciso instante de no haber continuado bebiendo.

—He de ir a buscar a mi amiga. Tenemos que marcharnos.

—Si está con Tommie, es mejor esperar a que salgan del Vivero.

—Gracias, pero tengo que sacarla de ahí.

Se levantó, cogió el bolso y la chaqueta y salió disparada hacia la puerta de color violeta.

Susan se había levantado casi al instante, siguiéndola.

—¡Espera, Holly!

Abrió la puerta y se encontró con una estancia de un metro cuadrado más o menos. Y otra puerta. Claro. Para evitar miradas curiosas, pensó.

Estaba preparada para encontrarse cualquier tipo de escena, pero junto a la puerta, apoyada en una pared de intenso color granate, estaba Michelle, riéndose por algo que Tommie le estaba susurrando al oído. Holly no vio si había nadie más allí dentro, pero tampoco se detuvo a comprobarlo.

—Tenemos que irnos. Ahora —le dijo a Michelle. La agarró del brazo y la sacó del cuarto rojo.

—¡Espera, espera! ¿Ha pasado algo?

Sin soltarla del brazo y ante el desconcierto de Tommie Wightmore, quien probablemente ya nunca la contrataría para hacer fotos, Holly susurró en el oído de Michelle.

—Tenemos que salir ya de este antro. Vámonos a Hackney.

Cruzaron la sala en dirección a la salida, a toda velocidad, mientras el cabreo de Michelle iba en aumento. Cuando subían por las escaleras que conducían hasta la calle se cruzaron con un hombre alto y apuesto, de unos cuarenta años. Iba vestido con un traje y corbata y no destacaría demasiado en relación al resto de clientes que poblaban The Kink cuando las chicas se marchaban, excepto por un pequeño detalle que se hizo patente cuando les sonrió educadamente y que hizo estremecer a Holly: tenía un diente de oro.

## CAPÍTULO 21

Holly practicaba con frecuencia la gratitud, y eso siempre le daba buenos resultados. O al menos eso quería creer. Aquella mañana de domingo, antes de levantarse de la cama, dio las gracias al universo por no tener resaca, porque Michelle no se hubiese cabreado del todo después de sacarla a rastras de The Kink, porque Asha seguía sin aparecer y tenía de nuevo el apartamento para ella sola, por tener toda la mañana libre, por haber sido lista y haberse marchado a casa antes de las tres de la madrugada para poder disfrutar de la mañana y, sobre todo, por no haberle dado a Julian Danvers ninguna posibilidad de contactar con ella para cancelar su cita de aquella noche.

Aquello iba a suceder, y tenía todo el día para prepararse para su encuentro y reflexionar sobre lo sucedido en The Kink. Holly dio un salto de la cama y ya con los pies en el suelo se estremeció ante la cantidad de cosas que habían pasado en las últimas dos semanas. Se dirigió a la cocina y sacó su vieja y amada cafetera italiana de uno de los armarios. La preparó y la puso al fuego. Después fue al baño a buscar su ordenador portátil, que por algún motivo se había quedado encima de la pila de ropa para lavar.

Ya con una buena taza de café en la mano, Holly se acomodó en el sofá, preparada para llevar a cabo una nueva investigación. Preparada no. Saltó del sofá, puso uno de sus discos favoritos de David Bowie y encendió una vela con un ligero aroma a jazmín.

Buscó en Google información sobre el término que había utilizado David Laymon.

Fornifilia.

*Dios, qué mal suena esa palabra, pensó Holly.*

*Fornifilia: parafilia que consiste en convertir el cuerpo de una persona en un mueble.*

Reflexionó un poco acerca de lo que le había contado el matrimonio. Según había entendido, lo que les llamó la atención, y el motivo por el que consideraban que aquello era una anécdota que merecía la pena contar, era que Athena se hubiese ofrecido voluntaria a hacer de mueble durante la *performance*, y que después viviese una especie de éxtasis en público que Tommie sintió la necesidad de aplacar.

Holly fijó la vista en la vela con aroma a jazmín que ardía con consistencia a un metro de ella. En ese instante, un mosquito se acercó a la superficie de cera derretida que había alrededor de la llama. Quedó atrapado en ella, muriendo al instante. *Mosquito idiota, pensó Holly. ¿Has pensado que era agua?*

¿Qué había pasado entre Tommie y Athena en aquella trastienda? Y lo que era aún más relevante, ¿estaría Julian al tanto de lo que había sucedido? Algo le decía que no, pues tal y como le había contado Susan, lo que pasaba en The Kink tenía que quedarse necesariamente entre sus paredes.

—Algo que puede contarte aquí, con total tranquilidad, mientras tomamos una copa, no es algo que te contaría ahí fuera —le había dicho Susan, señalando hacia la escalera de salida.

Pero si no era todo una sarta de apariencias, Tommie era muy amigo de Julian. ¿No le había



contado lo que había experimentado su prometida ese día, delante de sus clientes habituales? Tal vez, si estaba al tanto de que estaban a punto de dejarlo, había sentido la necesidad de pasarlo por alto.

Algo que tenía sentido sería que Athena hubiese tenido una especie de revelación mientras hacía de mesa durante la performance de Kwong Li. Buscó información sobre la artista china, y ahí sí encontró mucho más material. Li era muy activa en las redes sociales, y echando un rápido vistazo a su perfil de Instagram vio que en el momento presente estaba en Berlín, justo donde Susan le dijo que residía de forma habitual, a pesar de que viajaba a menudo por toda Europa.

Se deslizó por el perfil de la artista, buscando las fechas aproximadas en las que había tenido lugar su show en The Kink. ¿Cuánto tiempo debía haber pasado? ¿Unas tres semanas? Encontró una foto de Kwong Li de compras en Harrods, otra en Trafalgar Square, y ya envuelta en su traje de látex y en un ambiente de color rojo que tenía toda la pinta de ser el local de Tommie.

Obviamente ningún rostro de aquella imagen, donde algunos cuerpos desnudos ejercían de sillas, mesas o lámparas, se podía apreciar con claridad.

Holly cerró el ordenador y se tumbó en el sofá, con la mirada clavada en el techo, hilvanando pensamientos a toda velocidad. Básicamente, estaba alucinando desde la noche anterior. Había dos ideas que le rondaban, y sentía que había llegado el momento de decidirse por una de las dos.

Podría contarle a Julian lo sucedido, y decirle que había visitado el local de su amigo y que, de manera casi confidencial, le habían contado lo sucedido con Athena que, por cierto, podría estar relacionado con su repentina desaparición. O bien podría seguir indagando por su cuenta hasta encontrarla por sí misma. Una tercera vía era, directamente, utilizar la tarjeta que le había dado el inspector de Scotland Yard, llamarlo y ponerlo en antecedentes. Pero Holly descartó esa idea de inmediato. Julian no le perdonaría que acudiese de nuevo a Marshall antes que a él mismo.

No podía pasarse el resto del día pensando en su cita de aquella noche. Dio un salto del sofá y acudió al dormitorio a vestirse. Quería dar un paseo, aclarar un poco sus ideas. Se puso unos *leggings* y un jersey gigantesco de esos que tanto le gustaban. Se recogió el pelo en un moño alto y se colocó unas zapatillas deportivas, dispuesta a dar un paseo junto a las tranquilas aguas de Regent's Canal.

Cogió del perchero uno de sus abrigos favoritos. Era una parka de estilo militar que tenía bolsillos grandes, donde podía llevar su tarjeta de crédito y llaves sin tener que preocuparse del bolso. Siempre que salía a pasear por el canal dejaba el móvil en casa. Abrió la puerta y de repente se detuvo en el descansillo.

Holly cerró y volvió a entrar en el piso. Se le había ocurrido algo. Encendió de nuevo el ordenador, de pie, sin desprenderse de la chaqueta y tecleó el nombre de Susan Laymon en “Google”. No era un nombre común, y añadiendo la palabra “secretaria” encontró, para su disgusto, lo que jamás habría querido encontrar.

No hacía falta ni entrar en ningún link para comprobar rápidamente que la esposa de David trabajaba en Danvers Holdings, y que, siendo secretaria de dirección, su jefe no podía ser otro que Julian Danvers.

\*\*\*

Eran las siete en punto cuando Holly se plantó de nuevo frente al edificio de Webber Street en

el que Julian tenía su lujoso apartamento. Se detuvo durante un par de minutos al otro lado de la calle, mirando hacia las ventanas del último piso. No podía negarlo, estaba nerviosa. Y no era solo porque él le gustaba demasiado y apenas las veintiocho horas que habían pasado sin verse le habían parecido una eternidad. Lo que le inquietaba en particular era la información que había ido recopilando sobre la desaparición de Athena y cómo iba a compartirla con él.

Había calibrado muy bien las consecuencias que podían acarrear contarle lo que sabía, pero no le quedaban muchas más opciones. Cuanto antes apareciese Athena, antes podría seguir él con su vida. Esa era la realidad.

Justo en aquel momento, observó una sombra junto a uno de los ventanales del último piso y alguien que agitaba su mano. *Debe pensar que soy idiota, aquí parada mirando hacia arriba, esperando no se sabe muy bien qué*, pensó Holly.

Se acercó al portal y el zumbido que indicaba que la puerta estaba abierta la hizo reaccionar. No tuvo tiempo de echar un último vistazo a su aspecto antes de salir del ascensor. Julian la estaba esperando allí mismo, con la puerta de su apartamento abierta de par en par y una copa de vino tinto en la mano.

Estaba descalzo, vestido con unos vaqueros desgastados y una camiseta de color gris claro. El pelo rubio algo revuelto. Con esa única imagen, él esperándola para cenar en aquella tarde de domingo, sintió que todo estaba bien mientras él la recibiese así, expectante.

Julian la atrajo hacia sí agarrándola por la cintura y la besó.

—No tendría que haber dejado que te marcharas ayer —le dijo.

—No podemos pasarnos la vida encerrados en casa.

—En la cama —especificó él—. He estado leyendo, para hacer tiempo mientras volvías. *Muerte en la Vicaría*, de Agatha Christie.

—Qué apropiado —contestó Holly, olisqueando el ambiente—. Huele fenomenal.

—El chef ya está trabajando.

Echó un vistazo a la cocina. Un hombre asiático vestido completamente de negro se movía con dos grandes sartenes en la mano. Julian le extendió la copa de vino con la que la había recibido.

—Era para ti. Es un tinto Calissanne del año 2010. Espero que te guste.

—No puedo creer que lo del chef fuera en serio.

—Yo no bromeo con la comida, *Miss Montgomery*. Yoshi es uno de los chefs de Solomon's, uno de mis restaurantes favoritos de Londres. Y tenemos la suerte de que cocine esta noche para nosotros.

Yoshi observó a la recién llegada, y la saludó, inclinando gentilmente la cabeza, mientras Julian le quitaba el abrigo de los hombros.

—¿Le ayudamos? —susurró Holly.

Julian se rio.

—¿Estás de broma? Yoshi no quiere a nadie en su cocina cuando está trabajando. Sería prácticamente un insulto si entramos ahí y empezamos a incordiarle. Cuéntame qué tal tu fin de semana, acompáñame al sofá.

Aunque ella creía que sí, lo cierto era que apenas lo conocía aún, pero sí le daba la sensación de que en ningún momento lo había visto tan de buen humor como esa noche, antes de que le contase lo sucedido en The Kink. Julian sonreía y eso acentuaba aún más su atractivo. Se acomodaron en el sofá del salón, que él prácticamente había convertido ya en su cama.

—Acércate —le dijo, y no pasaron ni dos segundos hasta que empezó a besarla de nuevo.

Julian la miró fijamente a los ojos, ahora que estaban a pocos centímetros de él.

—¿Me das tu número de teléfono?

La pregunta la pilló por sorpresa.

—¿Mi número?

—Sí, para llamarte, durante la semana. Si quieres. claro. Yo...te puedo dar el mío.

Vaya, aquello sí que era una novedad. Julian Danvers ofreciendo su número de teléfono, perdiendo la cabeza por la camarera del Fox and Forest. No sabía qué le estaba sucediendo, pero hacía días que no pensaba con claridad. Necesitaba que Athena apareciese de una vez para poder recuperar las riendas de su vida y poder empezar su historia con Holly como había estado planeando.

Holly suspiró y empezó a dictarle el número, que Danvers apuntó en la agenda del teléfono que reposaba encima del sofá.

La besó de nuevo, y fue entonces cuando Yoshi los interrumpió con un carraspeo, para avisarles de que la cena ya estaba lista en la mesa alta de la cocina. Tal y como Julian había advertido, no había querido que se acercasen hasta que no estuviese todo preparado.

Se levantaron de un salto del sofá, mientras Holly observó que Yoshi ya se estaba poniendo la chaqueta para marcharse. La mesa que había preparado era espectacular: sushi y gyozas de varias clases, shabu-shabu, sopa de miso y los fideos favoritos de Julian. Todo un festín del que Holly dudaba que pudiesen terminar.

—¿En serio no quieres cenar con nosotros, Yoshi? —le preguntó él.

A Holly le encantó ese gesto auténtico. El chef se rio, sin contemplar esa posibilidad ni un segundo.

—Me encantaría, pero he de seguir trabajando esta noche. Disfruten de la comida.

Los dejó solos, y durante los primeros minutos la comida ocupó todo el espacio de silencio que se abrió entre ellos. Estaba todo tan delicioso que a Holly le parecía un sacrilegio interrumpir la cena con cualquier menudencia relacionada con la noche anterior. Pero Julian quería hablar. O más bien, escucharla.

—¿No me quieres contar que has hecho este fin de semana?

La sonrisa se había borrado de su rostro.

## CAPÍTULO 22

Holly clavó muy despacio el tenedor en uno de los mochos de fresa que tenía delante. En circunstancias normales habría devorado el que era uno de sus postres favoritos del mundo, pero en aquel momento le era imposible concentrarse en su textura.

¿Y si Julian lo sabía? Su secretaria había estado allí. Su mejor amigo también y además, se había sentado con ellas a charlar. Había sopesado qué ganaba quedándose callada y abandonando por completo su implicación en la investigación. A aquellas alturas, no ganaba nada.

—Hoy me ha llamado Marshall —dijo Julian, apartando su plato—. Se retira de la investigación de la desaparición, y la denuncia que puse queda desestimada.

—¿Ha sucedido algo?

—Sí. La mismísima Athena llamó ayer por la tarde a la comisaría en la que él trabaja.

—Eso es una buena noticia, ¿no?

—Sí y no —dijo Julian—. Al parecer estaba indignada. Defendió con vehemencia su derecho a perderse durante unos días. Sus argumentos tenían bastante que ver con lo que solía decirle a su madre cuando reaparecía en casa tras unos días de aventura. Pidió que dejaran de buscarla, que ella misma contactaría con su familia y con su equipo en el momento adecuado. No hizo ninguna mención a mí, según el inspector. Así que las cosas entre nosotros están bastante claras. Eso es en teoría. En la práctica, necesito que aparezca ya por aquí, que recoja sus cosas y que podamos dejar nuestras diferencias en el pasado.

—Ayer estuve en The Kink —le soltó Holly de sopetón.

Julian levantó de nuevo la mirada para encontrarse con sus ojos, y por un segundo sintió miedo. Miedo de que aquello que tenía delante, y por lo que estaba dispuesto a pelear, pasando página de su azarosa relación con Athena, pudiera por un momento desmoronarse.

—Conocí a Tommie Wightmore. Es tu amigo, ¿verdad?

—Sí.

Él se levantó y rodeó la mesa alta de la cocina. Se sentó a su lado en uno de los taburetes de diseño que la rodeaban y apoyó el codo en la mesa, dispuesto a escuchar lo que tuviese que decirle. El nombre de Tommie era siempre sinónimo de problemas. Es el tipo que siempre quieres tener a tu alrededor, salir a tomar una cerveza con él, escuchar sus increíbles aventuras, esas que suceden de forma paralela a su ejemplar vida familiar. Y nada más. Lo mejor con respecto a Tommie es que jamás se cruce en el camino de ninguna de las mujeres que te importan.

—Después de trabajar en el Foxy —empezó Holly su relato—, fuimos a tomar algo al Soho. Mi compañera Michelle y yo. Dimos con un bar llamado The Hub. Allí conocimos a una chica llamada Alice que nos habló de un club privado de intercambio de parejas que estaba muy cerca de allí. Nos invitó a tomar una copa en ese otro lugar.

—¿Y fuisteis? —preguntó Julian.

Holly se encogió de hombros.

—Continúa, por favor.

Quería medir sus palabras. Prefería no decirle que quien le había contado aquella turbulenta historia sobre Athena era su mismísima secretaria, porque ella simplemente se había presentado como Susan.

—Nos pareció divertido. No es algo que a priori a Michelle o a mí nos llamase la atención. Nunca habíamos ido a un club de ese tipo. Supongo que nos pudo la curiosidad.

Imaginó que lo que en realidad quería saber Julian era si frecuentaba ese tipo de lugares. Se imaginó yendo con él. ¿Le gustaría intercambiar a Julian?

Por supuesto que no. Quería colmarse de él, no compartirlo. Aunque no estaba en la posición de poder que requería una sentencia de ese tipo.

—Tommie se acercó. Charló con nosotras un rato. Nos invitaron a una copa. Después hablé un rato con un matrimonio que estaba por allí. Me hablaron de un evento que tuvo lugar en su local hace tres semanas....

—¿Cómo sabías que Tommie es amigo mío, Holly?

—Por esto.

Sacó la nota que había encontrado en el libro que había tomado prestado el día anterior y que había guardado en el bolsillo trasero de sus pantalones.

—Estaba dentro del libro que había bajo tu cama.

Julian leyó la nota. Después la arrugó y apretó el puño. Holly no sabía interpretar si estaba enfadado o no, pero decidió que lo mejor sería no guardarse el resto de la información. Quería demostrar que estaba de su lado, que podía convertirse en alguien de su completa confianza.

—Aún hay más —le dijo.

Los ojos azules de él se clavaron de nuevo en los suyos.

—Holly, espero que él no... Intentase nada.

—Oh, no. No. Puedes estar tranquilo. Se comportó perfectamente —prefirió, por el momento, pasar por alto la pequeña indiscreción de Tommie y Michelle.

—Sigue, por favor. No quería interrumpirte.

—Bien. Toda la noche fue un cúmulo de casualidades. El hecho de que acabásemos allí, y que la conversación que tuve después con una de sus clientas, me hizo pensar en la nota que encontré en el libro. No sé, Julian, tal vez debería haber hablado contigo antes de proceder con todo este asunto, pero...

—Lo sé. No tenías mi teléfono. Sigue, por favor. ¿Qué pasó después?

Holly le explicó de la manera más clara y expositiva que supo lo que le contó Susan. El único detalle que se guardó fue la identidad de la clienta, porque ella misma no tenía por qué haberle dicho que trabajaba para Julian, como de hecho así había sido, y porque Julian, aunque ya sabía de su cuestionable afición a buscar información sobre la gente con la que se cruzaba en Google, no necesitaba saber en ese instante que tal vez su secretaria no era alguien del todo confiable.

Le habló de personas que quieren ser muebles, de la aparente revelación de Athena en ese evento para el que Tommie la contrató, de la artista china Kwong Li. Julian la escuchó atentamente.

—¿Tommie no te contó nada? —le preguntó Holly.

—No. Nunca hablamos de sus negocios, ni de lo que sucede dentro de esos locales. Es una parte de su personalidad en la que no estoy especialmente interesado. Es su vida privada. Ni siquiera sé si Joy, su esposa, está al tanto de todo.

—¿Qué? ¿Ella no sabe que tiene un club de ese tipo?

—En realidad él es solo uno de los socios. Son tres. Y Tommie tiene muchos otros negocios.

Siempre me ha dado la sensación de que Joy no está muy interesada en saber los detalles. No tenía ni idea de que él fuese regularmente a ese sitio. Y menos aún un sábado por la noche.

Aquello le provocó a Holly cierto rechazo. Recordó el anillo en su mano. Obviamente no lo sabrían. No le dijo a Julian lo que Susan le había contado después: que Tommie se había llevado a Athena a su trastienda hasta que se calmase.

Julian se quedó pensando durante unos segundos.

—Hace unos cuatro meses, cuando todo se empezó a desmoronar entre nosotros, vine a casa una noche y la encontré acurrucada en el suelo. A oscuras.

—¿Qué? ¿A Athena?

Él asintió.

—Si te digo la verdad, creí que estaba haciendo yoga. Lo que me llamó la atención es que iba completamente desnuda. Me desconcertó. Estaba inclinada sobre sus rodillas, con la frente apoyada en el suelo. Agarraba sus talones y respiraba muy despacio. Tuve que pronunciar varias veces su nombre para que me contestase. Me asusté un poco, la verdad. Fui rápido al dormitorio a buscar una manta y la envolví en ella. Pasados unos días, observé que casi nunca se sentaba cuando estábamos juntos. Insistía en estar de pie durante horas, en varios puntos de la casa. Pero no lo asocié con la noche en que volví a casa y la encontré así por primera vez. No sabía explicarlo, era todo muy sutil...

Julian interrumpió su relato durante unos segundos, como si estuviese atando cabos a toda velocidad. La miró y le pidió que continuase. Holly obvió también que fue a buscar a Michelle a aquella suerte de cuarto oscuro.

—Terminé mi copa, le dije a Michelle que nos marchábamos y cogimos un taxi hasta Hackney. Es solo que...por algún motivo he relacionado el episodio de la actuación de Kwong Li con la desaparición.

—¿Por qué?

—Cuando salíamos nos cruzamos con un hombre que tenía un diente de oro. Exactamente como el del hombre que conducía el Mercedes. Tal vez no significa nada pero...lo asocié.

Julian se levantó de repente de su lado y dio una vuelta a la mesa de la cocina mientras reflexionaba acerca del relato de Holly.

—Un diente de oro...

Holly lo observó. Se alegró de haberle contado lo sucedido la noche anterior a Julian. Estaba convencida de haber tomado la decisión correcta.

Él se detuvo y la miró fijamente desde el otro lado de la cocina.

—Me contaste que los lunes solían ser tu día libre. ¿Sigue siendo así?

—Sí.

—¿Querías acompañarme a un lugar? Si hacemos un pequeño viaje, ¿vendrías conmigo?

—¿Cuándo? ¿Mañana?

—No. Ahora.

—¿Dónde quieres ir, Julian?

—Creo que sé dónde está Athena.

## CAPÍTULO 23

Eran las nueve y media de la noche del domingo cuando el coche de Julian, un lujoso Aston Martin Rapide, salió del parking de su edificio en Webber Street, en dirección oeste. A su lado, en el asiento del copiloto iba Holly, algo inquieta, pues no había conseguido que le contase exactamente dónde iban.

Antes de salir de casa Julian había tratado de localizar a Tommie por teléfono, sin éxito. Finalmente, antes de ponerse tras el volante, le envió un mensaje escueto:

*Llárame en cuanto leas esto. No importa la hora*

Enfilaron la autopista A40 en dirección a Buckinghamshire. A esas horas de la noche del fin de semana el tráfico era casi inexistente, debido en gran parte a la época del año, cercana al principio del invierno. Julian apretaba la mandíbula, y observaba el espejo retrovisor. Su mente iba a toda velocidad, y tenía que agradecer a Holly las piezas para resolver el misterio de la marcha de Athena.

—Es una media hora de trayecto —dijo de repente— Vamos a un pueblo llamado Amersham. Si todo va bien, estaremos de vuelta en casa alrededor de la medianoche.

—¿Has estado allí alguna vez?

Julian tardó en contestar.

—Cuando has mencionado al tipo del diente de oro bajando por la escalera del local de Wightmore todo hizo clic. Sé perfectamente de quién se trata. Es Gideon Brock. Lord Brock.

—¿Un *lord*? ¿En serio? ¿En The Kink?

—Si te paras a pensarlo, tiene todo el sentido. He coincidido con Brock en un par de ocasiones. Es uno de los socios de Tommie. Lo conoció hace un par de años en un torneo de pádel. Brock vive en una mansión a las afueras de Londres, llegando a Chiltern Hills. Concretamente en Amersham, que es adonde nos dirigimos.

Holly sacó el móvil de su bolso y Julian soltó una risita. Parecía que su humor mejoraba por momentos.

—No te molestes en buscarlo. Los tipos de su calaña borran todo su rastro de Internet.

Julian tenía razón. La búsqueda “Lord Gideon Brock” le devolvía resultados del todo infructuosos.

—¿Cuándo lo conociste? ¿Crees que Athena puede estar con él?

—Tommie y yo nos conocemos desde que tenemos diecisiete años. Nos hemos peleado mil veces por gran cantidad de motivos, pero él es una especie de constante en mi vida. Es, en el fondo, un excelente amigo. Si ha sucedido lo que sospecho tendrá que darme explicaciones, la verdad. Él sabía perfectamente lo que estaba sucediendo entre Athena y yo. Sabía que nuestra relación tenía fecha de caducidad y que iba a dejarlo. Entiendo su silencio, y que no me haya contado lo que pasó esa noche en su club. Tienen un código de discreción que respeto, y ella es una adulta que, probablemente entonces ya se sabía libre. Pero va a tener que darme una

explicación sobre por qué la ha dejado en manos de Gideon Brock, sabiendo además que Scotland Yard estaba implicada en la búsqueda.

—Pero, ¿quién es ese tipo?

—Brock es un millonario sin escrúpulos. Lo he rechazado como cliente en dos ocasiones, a pesar de que la suma que me ofrecía era mareante. Es un fetichista, pero no al nivel de Tommie, que lo ve todo más como un negocio con posibilidades. La mansión de Brock está dedicada exclusivamente a sus perversiones. Al principio Tommie me hablaba de él escandalizado. Hasta que empezaron a hacer negocios juntos. Hace mucho que no me habla de él.

—Entonces, ¿crees que Gideon Brock llevaba a Athena a su casa la noche en que desapareció?

—Es muy probable. Una vez organizó una fiesta de cumpleaños en esa mansión de Amersham, el lugar al que nos dirigimos. Yo fui con Athena, y allí nos encontramos con Tommie y con Joy. La mansión tiene una casa anexa en el jardín, y ese fue el epicentro de la fiesta. No permitió que nadie entrase en la casa principal. Y Tommie me contó lo de las estatuas humanas.

—¿Estatuas?

—Yo ya sabía que Brock era un excéntrico. Empezando por su diente de oro y terminando por esa afición que tenía por pagar a modelos para que ejercieran de estatua en su casa durante un número determinado de horas al día, cuando él estaba allí. Al principio creí que vivía allí durante todo el tiempo. Después me contaron que alternaba su estancia en ese *cottage* con un apartamento en Chelsea.

—¿Estatuas? ¿En serio?

—Sí, estatuas. Ornamentos. El rumor corría por la fiesta y a nadie se le permitió entrar a comprobar si aquello era cierto o se trataba de una ridícula leyenda urbana. Pero hubo alguien que sí se coló allí dentro. Y esa fue Athena.

—¿Y después te lo contó?

—No. No hizo el más mínimo comentario al respecto. Vi cómo se colaba dentro por una de las puertas laterales de servicio. Apareció a mi lado veinte minutos después muy pálida. Parecía indispuesta y me pidió que nos marchásemos. Yo le pregunté si se había colado en la casa principal y me dijo que prefería no hablar del tema, a pesar de que le insistí medio en broma, para que me contase si los rumores acerca de las excentricidades decorativas de Brock eran ciertas.

—Tiene sentido —dijo Holly—. Todo empieza a tener sentido. Julian asintió.

—Si ella está allí y la encontramos, solo me faltará saber el papel de Tommie en todo esto. Y espero que sea capaz de aclarármelo.

La mano derecha de Julian Danvers se posó sobre la rodilla de Holly. La apretó con suavidad, y eso hizo que ella se relajara enseguida.

—Gracias por acompañarme. No tenías por qué hacerlo. No sé qué va a pasar esta noche, pero tal vez no sea muy agradable. Necesito solucionar esto ya.

—Lo entiendo, y no tienes que darme las gracias. Tal vez necesites mi ayuda. No soy alguien que se asuste fácilmente, no te preocupes.

—El plan es averiguar si Athena está allí, hablar con ella y traerla de vuelta a su apartamento en Londres. No es necesario que entres en la casa, por supuesto.

—No tengo problema en ir contigo, Julian.

—Prefiero no correr ningún riesgo. Pero quería que estuvieses al tanto del sitio al que me dirijo, y qué mejor que alguien que está en contacto con el inspector Marshall. ¿Tienes permiso de conducir?

—Sí.

—Perfecto. Te quedas a cargo de mi coche mientras hablo con Brock, o con quien sea que esté



en esa casa. Te prometo que la próxima cena será normal.

Julian desvió la mirada de la carretera y posó sus ojos azules en ella durante unos segundos. No podía esperar más a solucionar aquel entuerto para poder explorar a fondo todas las posibilidades que veía al lado de Holly.

Pasaron el resto del trayecto en silencio mientras la noche terminaba de caer sobre la campiña inglesa y dejaban atrás el cemento y la piedra de la capital británica.

\*\*\*

La mansión de Gideon Brock era exactamente tal y como Holly se la había imaginado durante la recta final del trayecto. El terreno estaba rodeado por un muro de piedra rojizo que rodeaba toda la propiedad, bien iluminada gracias a una serie de fanales de hierro forjado salpicados a lo largo del jardín.

Julian aparcó el coche junto a la puerta principal. La mansión estaba en lo alto de un promontorio y al fondo, en un valle cercano, brillaban las luces nocturnas del pueblo de Amersham.

—¿Has pensado en el pequeño detalle de cómo vamos a entrar? —preguntó Holly—. ¿O vas a llamar a la puerta sin más?

—Vamos a llamar.

—Tal vez él no está. Si anoche estaba en el club de Tommie, es muy probable que siga en Londres.

Julian observó la verja de hierro negro que daba acceso a la casa de Lord Brock.

—¿No estarás pensando en saltar, no, Julian? —Holly empezaba a estar preocupada y a preguntarse si había sido una buena idea conducir hasta Buckinghamshire en plena noche.

—Lo he pensado, pero creo que no es lo más oportuno.

No le dio tiempo a contestar, porque Danvers ya estaba con el botón en el timbre. Lo pulsó con energía, y aguardó a que alguien contestase.

—Tal vez deberíamos apagar las luces del coche —murmuró.

En aquel instante se escuchó un zumbido al otro lado del intercomunicador. Allí sonó una voz de mujer.

—¿Quién es?

—Soy Julian Danvers. Vengo a ver a Athena.

Tras unos segundos de silencio que se hicieron interminables, un nuevo zumbido se extendió por la verja. Holly dio un paso adelante y agarró uno de los barrotes.

—Nos han abierto.

—Espera. No creo que sea del todo seguro que entres conmigo, Holly.

—¿Crees que es mejor que me quede aquí sola?

Julian miró a izquierda y derecha, sopesando las opciones. No, no se quedaría del todo tranquilo si Holly lo esperaba junto al coche, y en el fondo si lo hacía dentro tampoco. Recordó la historia que le había contado acerca de su aventura nocturna. No era alguien que se amilanase y estaba perfectamente al tanto de todo lo sucedido con Athena. Sentía que confiaba en él.

—Está bien. Vamos. Acompáñame. Pero no te separes de mí ni un segundo.

Accedieron a los jardines de Lord Brock a través de un sendero de piedra que conducía la puerta principal de la mansión. Holly no podía dar crédito respecto al tamaño del jardín, que se perdía más allá de donde alcanzaba su vista.

—La verdad es que este sitio es mucho más propio de Athena que mi casa de Newington —murmuró Julian—. Siempre quiso vivir en el campo...

Al fondo, una luz se encendió en lo alto de la escalera. La puerta de la mansión se abría despacio al tiempo que Julian y Holly avanzaban por el camino empedrado. La mano de él se deslizó para alcanzar la de Holly justo en el momento en que, a contraluz, una figura femenina se interponía entre ellos y el interior de la casa de Gideon Brock. Ambos contuvieron la respiración. Estaban a unos treinta metros de la entrada.

La figura femenina se cruzó de brazos y apoyó uno de sus hombros en el marco de la puerta, aguardando a que llegasen allí. De repente, se separó de la madera, erguida, y dio unos pasos adelante. Fue entonces cuando Holly la reconoció.

Era Alice.

Allí estaba, subida en los mismos interminables tacones de la noche anterior. Llevaba un vestido elástico de color rojo intenso que le llegaba casi hasta rodilla, una gargantilla de terciopelo, un *blazer* negro y unas medias oscuras negras que dejaban entrever el buen tono general de sus piernas. Entreabrió sus labios rojos en cuanto reconoció a Holly y la vio acompañada del mismísimo Julian Danvers.

—Buenas noches, Alice —dijo Julian, cuando llegaron a los pies de la casa—. Vengo a hablar con Athena. Sé que está aquí.

—Me temo que Gideon no se encuentra en casa en este momento, Julian. Tal vez deberías esperar a que...

—No he venido a ver a Brock —la interrumpió.

Alice respiró hondo. Entendió al instante que iba a ser inútil tratar de pararle los pies a Danvers. Él subió los tres peldaños, acompañado de Holly.

—Ahora no podéis verla —insistió Alice—. Dejadme que hable con ella primero. Yo acabo de llegar y ella está a punto de terminar su turno.

Julian la ignoró, avanzando junto a su lado y entrando en el gigantesco recibidor de la casa.

Entró hasta el salón principal y lo primero que pensó, cuando vio aquel espectáculo, fue en lo perturbado que tenía que estar alguien como Gideon Brock para tener muebles humanos cuando ni siquiera él estaba en casa en ese momento. En aquel salón había seis chicas desnudas y petrificadas. Dos de ellas estaban acurrucadas ante uno de los sofás, con unas espaldas tan rectas que podrían sujetar copas sin derramar ni una gota de su contenido. Otra estaba muy quieta, su cabeza cubierta por una pantalla de tela. Una cuarta estaba bajo una de las ventanas, formando una L perfecta con su espalda. Sostenía tres libros.

Y al fondo, a cada lado de la chimenea, dos siluetas perfectas subidas en un pedestal, sosteniendo cada una de ellas, una vela encendida entre sus labios. Julian observó las tímidas llamas. Los cirios estaban colocados de manera que ni una sola gota de cera hirviendo cayese sobre el cuerpo de las chicas.

—Todo un detalle —murmuró Julian.

La chica de la izquierda no era otra que Athena Richardson, que no se inmutó cuando vio entrar a su hasta entonces prometido en el gran salón del mobiliario de Gideon Brock.

Fue en ese momento, cuando un antiquísimo reloj dejó ir una serie de campanadas, anunciando que había alcanzado la medianoche. Athena parpadeó y, muy despacio, retiró la vela de sus labios. Su cuerpo, cuyas manos estaban sujetas a una barra que salía de la pared, por encima de su cabeza, se estiró con precaución. Después bajó del pedestal con mucho cuidado.

—Creo que tenemos una conversación pendiente, Julian —le dijo, cuando sus dos pies tocaron el frío suelo de mármol—. Acompañame a la biblioteca.

## CAPÍTULO 24

Athena se sirvió de uno de los batines de seda que había en uno de los elegantes percheros que adornaban lo que parecía un antiguo salón de armas, revestido de ricas telas y madera noble. Se lo colocó sobre los hombros y se lo anudó alrededor de la cintura, mientras miraba de arriba a abajo a Holly, la acompañante de Julian. No se molestó en presentarse, ni Holly dio ningún paso en dirección a la biblioteca. Se había quedado petrificada en la antesala del gran salón, mientras observaba impresionada el perfecto mobiliario humano.

Alice, la anfitriona, dio un paso adelante, tratando de salvar la incómoda situación.

—Puedes esperar aquí conmigo, Holly —le dijo, señalándole uno de los sofás—. Qué sorpresa verte aquí esta noche, acompañando al señor Danvers...

Julian la miró, buscando su aprobación.

—No tardaré —le dijo.

Holly asintió.

Athena la contempló por encima del hombro, entendiéndolo al instante que aquella chica ocupaba ahora el corazón de su prometido. No dijo nada al respecto. Se dio la vuelta y se encaminó hacia la biblioteca. Julian la siguió y una vez dentro cerró las puertas para salvar su despedida de oídos indiscretos.

—Seré breve, Athena —dijo Julian, con el mismo tono decidido que utilizaba en todas sus reuniones de negocios—. Creo que esto ha llegado demasiado lejos. Necesito que te vayas inmediatamente y que regreses conmigo a Londres o...

—¿O qué?

Athena, con su figura alta y desgarbada, se movía con toda confianza por aquella biblioteca, forrada de volúmenes antiquísimos. Abrió el cajón superior de una cómoda y de allí sacó una caja con tabaco de liar y papel. Después se dirigió a una de las grandes ventanas que encaraba el jardín nocturno y empezó a liarse un cigarrillo. Julian se acercó a ella.

—No has venido para sacarme de aquí —le dijo ella, sin levantar la vista—. Has venido para decirme que no habrá boda. ¿Es así?

—Lo importante ahora es que regreses conmigo a Londres.

—Contigo y con tu nueva novia.

Julian guardó silencio un instante. Sintió que debía ser muy cuidadoso con sus palabras. Athena aprovechó su tregua para dar rienda suelta a su discurso:

—Mi sitio ahora está aquí, Julian. En la casa de Gideon Brock. Sirviéndole. Mimetizada con estas paredes. Por fin soy feliz. Ayer hablé con la policía, así que no debes preocuparte por eso. Volveré a Londres a liquidar unos asuntos de trabajo y regresaré de nuevo aquí. Este es ahora mi hogar, por fin he descubierto quién soy.

—No puedo entenderlo, Athena. ¿Qué es esta locura? No te reconozco...

—¿Ah, no? Yo diría que sí. Ahora es cuando me estás mirando, por primera vez. Antes solo me veías.

—Solo dime una cosa, ¿hay algo entre tú y Tommie?

Athena suspiró. Después empezó a sonreír.

—Tommie me abrió los ojos. Me ayudó a ver quién era en realidad y qué quería.

Julian apretó los puños para no estamparlos contra uno de los jarrones chinos que decoraban aquella biblioteca. ¿Cómo había podido Wightmore llegar tan lejos? ¿Cómo había podido tomar un café tranquilamente con él hacía solo unos días, sabiendo con exactitud lo que estaba sucediendo con Athena?

—¿Él sabe que estás aquí? —preguntó. La ira empezaba a nublar su juicio.

—Lo sabe desde hoy.

—¿Desde hoy?

—Sí. Tommie llegó esta tarde.

—¿Wightmore está aquí?

En ese preciso instante oyeron un murmullo masculino tras las puertas, en la dirección del salón del que procedían. Poco después, una risa estruendosa que Julian conocía muy bien. Se dirigió rápido hacia la puerta, seguido de Athena.

—Julian, espera. No hemos terminado nuestra conversación.

—Yo creo que está todo muy claro.

Abrió las puertas de par en par, y allí estaba Tommie, en el sofá que había justo delante del que se habían acomodado Holly y Alice.

—¡Maldito seas, Wightmore!

Julian se abalanzó sobre él, incapaz de contener su monumental enfado, aunque Tommie de alguna manera ya esperaba su reacción, pues pudo apartarse justo a tiempo para no recibir uno de los contundentes puñetazos de Danvers. Lo había visto en acción frente a un saco de boxeo en varias ocasiones, por lo que si de algo estaba seguro era que debía evitar cualquier enfrentamiento físico con él.

—¡Para, Julian! Todo tiene una explicación, si me dejas hablar... —exclamó Wightmore.

Alice y Holly saltaron del sofá como un resorte, incapaces de reaccionar ante la escena, pero el resto de las chicas-mueble que permanecían en aquel momento en el salón no se inmutaron ante el agresivo encontronazo entre los dos amigos.

—Vamos a la biblioteca y te explicaré todo —dijo Tommie, visiblemente alterado y respirando muy deprisa.

—No tengo tiempo para tus juegos, ni tengo ninguna necesidad de esconderme —contestó Julian—. Holly y yo nos marchamos de aquí.

—Déjame que te explique. Brock y yo...

Cada vez que alguien pronunciaba la palabra “Brock” Julian se sulfuraba más y más.

—Solo dime una cosa. ¿Sabías que Athena estaba aquí cuando nos vimos el jueves en la City?

—¡No! Lo supe anoche. Brock vino a verme al local a última hora de la noche y me contó que Athena había decidido venir a pasar su prueba.

—¿Su periodo de prueba? Estáis enfermos. Y no mientas, Tommie. ¿O acaso no eras tú el tercer ocupante del Mercedes en el que Athena abandonó la ciudad en mitad de la noche? ¿Vas a negarme que la escoltaste tú mismo hasta este...antro?

—No permito que me juzgues, Julian —le espetó Athena.

—Todas debemos pasar la prueba, señor Danvers—dijo Alice—. Y Athena ha cumplido con ella a la perfección. Está preparada para dar el siguiente paso.

Holly contemplaba la escena, preguntándose si era mejor seguir con la boca cerrada o tratar de rebajar la tensión que allí se respiraba.

De repente, una voz grave y masculina les interrumpió.

—Tal vez debería ser yo el que te dé la explicación que tanto ansías, Danvers.

Todos se giraron hacia la voz que retumbaba en la entrada de la señorial mansión, y que se colaba por la penumbra del salón de las estatuas humanas. En aquel momento se aproximaba a ellos el mismísimo Gideon Brock. Holly no perdió la oportunidad para contemplar al hombre con el que se había cruzado la noche anterior en las escaleras del club de Tommie, y que ahora se acercaba al grupo con un dominio pleno sobre el espacio y el conflicto. Si alguien podía aclarar lo que allí había sucedido, ese era Lord Brock. A la luz de las lámparas que decoraban su casa se apreciaba mejor su atractivo. Era un hombre maduro de unos cincuenta años, con un corte de pelo a lo Beatle, demasiado moderno para no marcar un brutal contraste con aquel diente de oro que brillaba a través de su media sonrisa.

Su presencia pareció ejercer un efecto calmante casi instantáneo. Incluso Holly, que jamás había cruzado palabra con él se sintió en cierto modo intimidada y a la vez segura de que en su presencia todo iba a salir bien.

—Tomen todos asiento, por favor —dijo Brock—. Es evidente que la señorita Richardson puede hacer lo que le venga en gana, y eso incluye, Danvers, pasar a formar parte de mi equipo.

—¿Tu equipo?

—Esto que veis a vuestro alrededor no es una casa, Julian. Yo no vivo aquí. Vivo en Chelsea, bien lo sabes. Este solo era, hasta ahora, mi pequeño espacio de recreo.

—Es nuestro nuevo negocio —añadió Tommie.

—The Club —dijo Brock—. Y tengo el honor de poder contar con Athena en mi equipo.

Athena soltó un grito ahogado de emoción.

—Oh, no me lo puedo creer. ¿Estoy dentro?

—Por supuesto, querida —contestó Brock, quien ni corto ni perezoso, se acercó a ella para darle un afectuoso beso en la mejilla—. No podía ser de otra manera.

Julian los contempló alucinado. Se debatía entre seguir pidiendo explicaciones o coger a Holly de la mano y salir de inmediato de aquella casa de locos.

—The Club —repitió, apoyando las dos manos en la cabecera del sofá frente al que Brock y Tommie se habían acomodado.

—Una nueva sociedad secreta. Un lugar en el que todo fetichista que se precie podrá venir a descansar durante unos días y dar rienda suelta a sus fantasías, especialmente aquellas que requieren de más privacidad —dijo Gideon—. Aún hemos de perfilar exactamente qué se podrá hacer y qué no, pero Tommie y yo esperamos ganar mucho dinero con este nuevo negocio.

—Muchísimo dinero —recalcó Tommie.

—Necesitaba una persona de confianza que gestionase con buena mano la organización de eventos...especiales. Y Tommie tenía a la persona indicada.

—Athena —dijo Julian, atando cabos a la velocidad de la luz.

—Lo supe en cuanto Athena se mostró encantada de participar en la actuación de Kwong Li en mi club —dijo Tommie, estirando su mano para estrechar la de ella.

Gideon Brock se levantó y se extendió un poco más acerca de cómo se estaba preparando para dar el salto en sus peculiares actividades empresariales. Él ya era millonario. Saltaba a la vista. No le hacía falta ninguna nueva inversión porque ya estaba podrido de dinero. Parecía bastante claro que hacía todo aquello por pura diversión.

—¿Qué es eso de la prueba? —preguntó Julian.

—Como ya os he dicho, es una sociedad secreta. Necesito saber que mis colaboradores no van a contar nada a nadie. Y que van a ser del todo fieles a mi proyecto. De ahí que se hayan establecido estos turnos de fornifilia; para ver hasta dónde son capaces de llegar por The Club.

Mi equipo debe demostrarme que quiere el mejor trabajo del mundo, haciendo de estatua humana aquí durante unos días. A Athena, por suerte, esa pequeña condición no le ha supuesto ningún sacrificio.

—Ya no es tan secreta —murmuró Holly.

—¿Perdón?

—Digo que ya no es tan secreta. La sociedad.

Gideon Brock alcanzó el vaso con whisky con hielo que en aquel momento le traía Alicia.

—No lo es, porque habéis irrumpido aquí sin mi permiso. ¿No es así, Danvers? ¿Qué vamos a hacer al respecto?

En aquel instante Tommie se acercó al oído de Lord Brock y murmuró algo que nadie más en la sala pudo oír. En el rostro de su socio se dibujó una enigmática sonrisa.

—Necesito a alguien que se ocupe de la proyección financiera. Y hemos pensado en ti —dijo Gideon, completamente en serio.

Julian soltó una carcajada.

—Holly, creo que ya he oído bastante por esta noche. Vámonos de aquí y sigamos con lo nuestro.

—También necesitamos una fotografía de confianza para eventos puntuales —dijo Tommie.

—No podéis estar hablando en serio.

—No estoy dispuesta a hacer de estatua humana...delante de esas cámaras.

Holly señaló una pequeña cámara negra en una de las esquinas de la habitación.

—Tampoco lo haría si no hubiese cámaras —puntualizó Holly.

—No voy a trabajar contigo, Brock. Athena puede hacer lo que le dé la gana, obviamente. Había venido aquí esta noche para hablar con ella, para decirle que nuestra boda no tendrá lugar, y para pedirle que se comunique con su familia y tranquilice a su madre... ¿y tú me ofreces que trabaje para ti?

—¿Mi madre? —preguntó Athena. Soltó una tímida carcajada —. Mi madre sabe perfectamente donde estoy, Julian. Mañana iré a Londres a despedir a mis colaboradores y anunciarles que voy a centrarme en un nuevo proyecto fuera de la ciudad.

—Esto es de locos. Holly, vámonos ya de aquí por favor.

Holly vio que Julian hablaba en serio y que el agobio empezaba a hacer mella en su gesto, se puso de nuevo en pie y saltó por encima de las piernas estiradas de Alice. Agarró la mano que él le extendía.

—¡No puedes irte sin darme una respuesta, Danvers! —exclamó Gideon —. ¡Tendrás una oferta detallada mañana sobre tu mesa! Me ocuparé de que Susan Laymon te la haga llegar.

*Basta. Es suficiente.* Julian y Holly salieron al jardín por la puerta principal, ignorando al grupo que dejaban atrás. Él respiró aliviado, como si a pesar de lo que acababa de suceder entre esas paredes estuviese más que preparado para pasar página, con Holly a su lado. En cuanto se subieron al coche, puso la llave en el contacto y arrancó.

Se miraron durante unos segundos y Holly identificó ese instante como su primer momento de complicidad.

—No puedes irte sin darle una respuesta, Danvers —repitió Holly, con tono jocoso.

La carcajada explotó en las gargantas de ambos en ese instante. Julian la miró y se congratuló de haber encontrado a Holly, alguien con quien podría dejar atrás aquel mundo de una vez por todas. La besó y le preguntó si estaba lista para regresar a Londres.

—Estoy lista para regresar a Londres, y para hacer de mueble a tu lado si es necesario.

## EPÍLOGO

*Un mes después*

Julian Danvers levantó la vista de la novela que estaba leyendo en cuanto Holly entró en el salón. Era *El asesinato de Roger Ackroyd* de Agatha Christie. La sola aparición de Holly con una pequeña caja de cartón entre los brazos hizo que lanzara el libro por los aires y esye aterrizase en el sofá.

Se acercó a ella, la descargó del bulto, que aparcó rápidamente en el suelo y la abrazó por la cintura.

—¿No nos estaremos precipitando con todo este asunto de la mudanza? —le preguntó Holly—. Si hubieses cambiado de opinión me lo dirías, ¿verdad?

—No.

—¿No?

—Quiero decir, no. No nos estamos precipitando. Este apartamento es enorme Holly, y no hay necesidad de que sigas viviendo en Hackney en un espacio reducido y con dos personas...Además, me encanta encontrarme contigo en casa cuando llego por la noche.

—Eso sí es una razón de peso. Aunque técnicamente solo es una persona...Vera siempre está de viaje, así que solo vivo con Asha.

—Vivías.

Holly sintió un escalofrío de puro placer recorriéndole la espalda. A veces tenía la sensación de estar yendo demasiado deprisa, pero la realidad era bastante contundente: Julian y ella no se habían dejado de ver ni un solo día desde la visita a la mansión de Gideon Brock.

Hacía tan solo un par de semanas que Athena, la flamante nueva relaciones públicas de la perversa sociedad secreta de Tommie y Gideon, se había presentado en casa de Julian para recoger sus cosas, y Julian no había perdido ni un segundo en proponerle a Holly que se mudase allí. A pesar del vértigo que sintió, no tardó ni dos segundos en decirle que sí. Optó por no ser racional. Escogió fiarse al cien por cien de lo que le decían a voz en grito la intuición y el corazón: ambos le daban luz verde para explorar la vía Danvers. Una luz verde intensa y parpadeante.

Observó el papeleo que Julian había aparcado sobre la mesa del salón para ponerse a leer un rato la novela a la que se había enganchado. Acababa de descubrir que era un voraz lector de novelas de misterio, gracias a las recomendaciones de Holly.

—No me puedo creer que al final hayamos aceptado la propuesta de Brock —le dijo Holly. Julian suspiró.

—Ya. Lo sé. En realidad no me supone tanto trabajo. Solo he de revisar sus cuentas una vez al trimestre y, entre nosotros, no creo que haya tortas por apuntarse a su club de campo.

—A lo mejor nos sorprendemos...

—Simplemente pensé que era la mejor manera de terminar con lo de Athena de una manera más o menos civilizada. Y tratar de reconducir la situación con Tommie...

Holly abrió la boca para contestar, pero la cerró enseguida. No terminaba de entender el empeño de Julian por reconciliarse con su amigo Tommie Wightmore, a pesar de que le había ocultado información relevante sobre la huida de Athena. Pero al fin y al cabo, Tommie estaba en su vida desde hacía muchos años, era su mejor amigo, y la situación no debía ser tan fácil. Prefería pensar que así se ponía de manifiesto el excelente fondo de Julian y su predisposición para arreglar las cosas.

Él la contemplaba embelesado.

—Qué. ¿Qué ibas a decir?

—No. Nada —se acercó para darle un sutil beso en los labios, algo imposible cuando lo tenía tan cerca: él la retuvo entre sus brazos durante casi dos minutos.

—¿Estás segura de querer ir a hacer las fotos a la primera fiesta de la mansión Brock? Estamos a tiempo de anularlo. Puedo inventarme cualquier excusa y librarte de esa tortura.

—No. No te preocupes. Realmente no es para tanto, Julian. Iremos, haré las fotos, será divertido. Y seguro que tendremos tema de conversación durante días.

Se rieron.

—Semanas —le corrigió Julian—. En fin, si cambias de opinión, no tienes más que decírmelo.

Holly asintió. Cogió la última de las cajas que quedaba por colocar y que tan solo contenía su mínima colección de bolsos.

—Voy a guardar esto en el vestidor y salimos a cenar, ¿te parece?

—Sí, por favor. Tengo hambre.

Subió las escaleras del dúplex con la caja entre los brazos y sin poder ver exactamente dónde pisaba. Había hecho la mudanza definitiva hacía apenas tres días y lo que pensaba que iba a suceder no sucedió. Creía que se sentiría como una intrusa en el increíble apartamento de Julian, que era demasiado pronto para que el fantasma de Athena se hubiese evaporado del todo.

Julian, por su parte, tenía más o menos la certeza que la historia de Gideon Brock y de Athena había prendido tan rápido como la suya propia, la de Julian y Holly, pero no había sido capaz de emitir ningún juicio al respecto, ninguna valoración. *Me da exactamente lo mismo lo que hagan*, había dicho. Pero después añadió que tenía sentido. Que alguien como Athena encajaría a la perfección con Lord Brock y sus perversiones. Y que ya se las apañaría. Se había molestado mucho por la manera en que ella decidió hacer las cosas y por todas las incomodidades que provocó a su alrededor, policía incluida, pero el paso de los días y la presencia de Holly había mitigado su enfado.

Para no causar problemas, ambos habían decidido atender la petición de Brock y colaborar puntualmente con su proyecto, con la esperanza de desvincularse a la mínima oportunidad. Holly en el fondo casi lo deseaba en secreto. Tenía ganas de volver a la casa de las estatuas humanas y moverse entre ellas con su cámara de fotos.

Entró en el dormitorio y se dirigió directamente con la caja al vestidor anexo. Casi suelta un nuevo grito de emoción al contemplar aquel auténtico espectáculo. Un vestidor del tamaño de una habitación, casi a su completa disposición. Julian tenía muy poca ropa y solo ocupaba la mitad de la pared derecha. Toda la izquierda estaba vacía, y era presumiblemente la que había ocupado Athena en alguna ocasión, aunque nunca, le había dicho Julian, se había instalado allí durante más de una semana.

De repente la vio.

No recordaba haber visto aquella caja antes. Era un recipiente negro de grandes dimensiones, colocada en la estantería superior, donde Holly ya había pensado ordenar sus zapatos y bolsos.



Qué raro. ¿Estaba allí la última vez que entró?

Dejó los bolsos en el suelo y alcanzó la caja que acababa de ver. La tapa estaba bien encajada, pero no dudo ni un segundo en intentar abrirla. ¿Hacía bien? De repente se detuvo y miró por encima de su hombro. Seguramente Julian seguía leyendo en el piso de abajo.

Lo que encontró dentro no le podía sorprender, pero sí lo hizo. Allí dentro había dos pequeños látigos, tres fustas de madera y dos de cuero de diversos tamaños, una máscara elástica tipo pasamontañas y dos fotos. Dos mujeres desnudas posando con las máscaras, dejando entrever una gran sonrisa en la abertura que correspondía a la boca. Detrás de ellas había dos inscripciones. *Constance, 2012. Jane, 2014.*

Cerró la caja de golpe y volvió a dejarlo todo donde estaba. Durante unos segundos meditó acerca de lo que acababa de encontrar. Era la típica caja en el altillo de un armario, perfecta para enterrar esos secretos del pasado de los que eres incapaz de deshacerte aunque pasen los años.

Oyó un ruido a su espalda. Allí estaba Julian, con aquella sonrisa a la que ya se había malacostumbrado. ¿Acababa de llegar?

—¿Estás lista? ¿Salimos ya a cenar? —le preguntó.

—Sí, claro.

Holly agarró la mano que él le extendía, y se puso de pie de un salto.

—Oye, ¿seguro que hay nada más de Athena por aquí?

Julian echó un rápido vistazo al vestidor.

—No. Todo lo que queda es mío.

Holly lo miró indecisa y él se acercó, aplacando con un simple beso su enorme y creciente curiosidad por el pasado de Julian Danvers. Al fin y al cabo, esperaba contar con toda la vida para desentrañar el misterio del que se había enamorado.

## **SOBRE LA AUTORA**

Elsa Tablac combina su trabajo en el ámbito del marketing con su gran pasión: la escritura. También disfruta con la música en directo, el cine y las novelas románticas y policíacas. Actualmente reside en Barcelona. Aunque escribe desde hace muchos años, las tres historias que componen la trilogía CATRIONA son sus primeras novelas, seguidas de LA ESPÍA QUE TE AMÓ o CINCO VERANOS HASTA ENCONTRARTE, entre otras historias. Puedes contactar con ella y seguir sus novedades a través de Facebook o Instagram (@elsa\_tablac).

¿Te ha gustado esta historia? ¡Genial! Te agradecería eternamente si pudieras dedicar un minuto a escribir un breve comentario en Amazon, Goodreads, o tu propio blog o redes sociales favoritas. Las reseñas, aunque sean breves, son cruciales para los autores independientes y me ayudarán enormemente a publicar nuevas historias. ¡Mil gracias! :)

\*\*\*\*\*

Si deseas estar informada sobre mis próximas publicaciones, apúntate a mi newsletter haciendo clic [aquí](#). Recibirás un email cuando publique una nueva historia. ¡Nada de spam, prometido!

## LA ESPÍA QUE TE AMÓ



Emma trabaja en una agencia de detectives. Y las cosas no le van nada mal, si no fuera por su desastrosa vida sentimental y en especial por ese cantamañanas de Mateo, que no le trae más que quebraderos de cabeza. Así que lo mejor es, hasta que amaine el temporal, pasar de los hombres. Centrarse en el trabajo, el yoga, el gato, las amigas... Hasta que un buen día cae en sus manos el misterioso caso de Lloyd Cooper, un guapísimo británico que va y viene por la ciudad desde hace unos meses, con una turbia historia familiar a sus espaldas y al que Emma deberá investigar.

Hasta aquí todo bien.

Siempre y cuando no te enamores del hombre al que has de seguir.

Ni él de ti.

**LA ESPÍA QUE TE AMÓ es un nuevo romance urbano, fresco y con un toque de intriga, de la autora de la trilogía CATRIONA.**

[CATRIONA. TRILOGÍA COMPLETA](#)



**Este pack reúne en un solo volumen las tres novelas cortas PRISCILA DESLUMBRADA, PRISCILA DESBORDADA y PRISCILA CAUTIVADA. Una historia de amor urbano plagada de arte, música y fantasmas de carne y hueso.**

*El problema cuando te enamoras de un músico es que el escenario lo agiganta y a ti te empequeñece. Pero a mí no me pasará...*

Ni en un millón de años Priscila hubiera imaginado que caería tan rápido en las redes del atractivo Matt McAllen, cantante y líder del grupo de rock Catriona, tras su ruptura con Álex. Y sin embargo, lo que parecía ser solo un fugaz amor de verano en la ciudad está a punto de arrasarla. ¿Acaso creía que iba a ser fácil?

[CINCO VERANOS HASTA ENCONTRARTE](#)



**¿Puede un amor interrumpido durante cinco años volver a ser el que era?**

Miranda vuelve a casa después de cinco años viviendo en Noruega, soltera y dispuesta a empezar una nueva vida. El verano está al caer, tiene vacaciones hasta septiembre e incluso Ruth, su mejor amiga, está en la ciudad para pasar unas semanas. Pero se acerca el solsticio de verano. La quinta noche de San Juan desde que Miranda se separó de Isaac, ahora convertido en un saxofonista de jazz de gran éxito. Esa noche Isaac, derrotado, aceptó su marcha y el desmoronamiento de su relación, al tiempo que le rogaba que se encontrasen en el mismo sitio y a la misma hora, dentro de cinco años.

No lo ha visto desde aquella noche. El momento se acerca y la curiosidad puede con ella. En su memoria solo quedan buenos recuerdos, así que no puede evitar asomarse a uno de sus recitales en un club de jazz nocturno. Y ahí está él. Convertido en el hombre más atractivo que ha visto en siglos. Miranda siente que la llama podría encenderse de nuevo y convertirse en toda una hoguera durante esa noche de San Juan, pero, ¿se acordará Isaac de su cita?

**Un nuevo romance urbano, breve e intenso, de la autora de LA ESPÍA QUE TE AMÓ y la trilogía CATRIONA. Perfecto para devorarlo en una tarde de verano...y en cualquier momento del año!**